Silhouette Desire

CHRISTINE RIMMER

Punto sin retorno

La última vez que Caitlin
O’Neill
vio a Jake Strand, él iba vestido con poco más que una sonrisa. Sin embargo, ella apenas lo notó porque su mundo estaba a punto de desmoronarse.

Jake nunca olvidaría la mirada de desdén de Caitlin. Por ello, se hizo el firme propósito de conquistar a aquella mujer, pero surgió algo con lo que no había contado: el amor.

Christine Rimmer

Punto sin retorno

ePub r1.0
jala 01.11.16

Título original: *No Turning Back*
Christine Rimmer, 1988
Traducción: Sylvia López Martínez
Publicado original: Mills and Boon Desire (MD) - 418 y en: Silhouette Desire (SD) - 418

Editor digital:
LDS
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

La ciudad de Los Ángeles era víctima de una gran ola de calor. En el exterior, el ambiente no era refrescado por la brisa y resultaba demasiado pesado.

En el interior de la Neworks Arena West, donde tenían lugar las actividades del taller de teatro *Play* wright, la temperatura era soportable, mas aumentaba con rapidez. Caitlin
O'Neill,
la directora artística, continuaba su discusión con el productor teatral, la cual ya duraba un mes. Oveja Negra. —Es que él quiere trabajar contigo.

—Matthew —expresó Caitlin con un suspiro—, aún no podemos estar seguros de ello.

—El te llamó a ti en especial, ¿o no? Además, la obra es perfecta. Toda actuación. Toda relaciones. Eres una buena directora… y lo sabes.

Caitlin le dirigió una mirada de soslayo a Pauline, la administradora literaria quien se encontraba sentada en una silla de tijera a su lado. No obtuvo ninguna ayuda. Pauline limpiaba con gran ostentación los cristales de sus gafas de montura oscura.

—Cuando el año anterior quisiste que yo me encargara de la extravagancia de vacaciones, insististe en que era un «genio del efecto teatral» —le recordó Caitlin a Matthew con sequedad.

—En ese momento mi exageración fue necesaria. Pero ahora puedo decirte con honestidad que respecto a lo que sucede entre los personajes, ¡es donde te remontas a las alturas!

—¿Te importa que mantengamos los pies sobre la tierra hasta que en realidad estemos seguros de que el hombre desea una producción nuestra? Todo lo que pidió fue lectura y crítica. Además, apenas si lo conozco. Por lo menos dame la oportunidad de hacerlo antes que me obligues a adaptar su última obra.

Matthew frunció el ceño al captar un dejo extraño en la voz de Caitlin.

—¿Hay algo que no me hayas dicho?

—Por supuesto que no —ella se puso de pie y se acercó a Matt.

—Se trata de Jake Strand, Caitlin. —Matt pareció sentir un placer especial al pronunciar ese nombre—. Y quiere trabajar contigo.

Caitlin le dirigió una sonrisa.

—Esperemos a ver, ¿de acuerdo?

Matthew hizo una mueca de disgusto al negarse ella a admitir lo que para él era obvio. Entonces se tocó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata.

—¿Por qué hace tanto calor aquí? Cielos, ni siquiera puedo respirar.

—Tú fuiste quien ordenó que el aire acondicionado se apagara a las seis de la tarde cuando no hay función —señaló Pauline con dulzura al colocarse las gafas sobre el puente de la nariz.

Matthew hizo caso omiso de la pulla.

—Por lo menos deberíamos abrir las puertas que dan hacia el estacionamiento —sin esperar otra opinión, bajó de la plataforma del escenario.

Al desaparecer Matthew tras bambalinas, Caitlin se sintió agotada. La disposición de la escenografía y el llevar cosas de un lado a otro la habían dejado exhausta.

—Vuelvo en seguida —dijo mientras tomaba su bolso y se dirigía a la platea para encaminarse hacia las puertas por donde habitualmente salía el público.

Al cruzar frente a las puertas abiertas de otra de las salas, pudo ver a Cliff Jacobs, director técnico de Neworks, que ajustaba uno de los reflectores de la puerta superior. Sus miradas se cruzaron por un instante y Cliff le guiñó un ojo como gesto de saludo.

Ya en el tocador, Caitlin se lavó la cara y se aplicó brillo en los labios y un poco de colorete en las mejillas. Mientras se arreglaba el

pelo reconoció la necesidad de acudir al estilista… si es que alguna vez lograba contar con una hora libre para ella misma. Practicó su cordial y fría risa ante el espejo y se preguntó si debería haber escogido un traje más formal. Volvió a sonreír.

Una lectura con Jake Strand no era merecedora de cambiar su estilo habitual. Además, no deseaba darle a Matt la impresión de que estaba tan ansiosa como él de conseguir esa obra para Neworks. Aunque la verdad era que Matt tenía razón. Ella estaba ansiosa. Pero al mismo tiempo no dejaba de sentir inquietud.

No conocía a Jake Strand; no obstante, tenía el presentimiento de que el hombre actuaba con alguna intención premeditada desconocida para ella.

El la había llamado hacía un mes, y cuanto más pensaba sobre la extraña familiaridad de su voz áspera y baja, más raro le parecía que sus caminos no se hubiesen cruzado con anterioridad, pues el pequeño mundo del teatro profesional tenía varios conocidos en común. Incluso, el ex esposo de Caitlin, quien era actor, fue el personaje principal de una de las obras de Strand.

Strand aseguraba que conocía el trabajo de ella y que lo admiraba. Pero entonces, ¿por qué no habría intentado antes que fueran presentados? ¿Y por qué, después de cinco minutos al teléfono con él, percibió ella algo extraño en su interior?

Al principio no sintió hostilidad; por el contrario, le agradó saber que Jake Strand estaba en la línea. Mas desde el momento en que se saludaron, le dio la impresión de que él deseaba colgar el auricular a la menor oportunidad. Durante treinta rápidos segundos trató de halagarla, mencionó los nombres de unos cuantos conocidos mutuos y anunció que tenía algo para que ella le echara un vistazo. ¿Estaría interesada?

Caitlin apenas dio su consentimiento, cuando él le informó de que ya contaba con algunos actores, manifestando su deseo de empezar el trabajo lo antes posible.

Determinada a recuperar cierto control antes que él la abrumara por completo, lo pasó a la extensión de Paulino, después de comentarle que todas las lecturas tenían que ser canalizadas a través del departamento literario.

—De acuerdo, señorita
O’Neill.

El extraño énfasis sonó incriminatorio, sin ninguna razón por supuesto, al usar ella el apellido de su padre y no el de su ex esposo.

Caitlin había pasado las últimas tres semanas intentando explicarse el motivo por el cual el hecho de pensar en Jake Strand la ponía tan nerviosa. Sin embargo, al fin decidió no pensar más en ello.

Al mirarse en el espejo, se dio cuenta de que fruncía el ceño, por lo que hizo todo lo posible para relajarse. En unos cuantos minutos se encontraría frente a frente con ese hombre y tendría que tranquilizarse.

Enderezó los hombros, tomó su bolso y se dirigió de nuevo hacia el escenario del taller de teatro.

Cuando volvió a entrar en la sala, dos cosas llamaron su atención. Un hombre alto y delgado, que se encontraba en el escenario y hablaba con Pauline, y el hecho de que, a pesar de la ligera brisa que penetraba por el estacionamiento, sentía mucho más calor que diez minutos antes.

—Ya llegó —exclamó Pauline al dirigir su mirada de miope al pasillo por el que caminaba Caitlin.

Los tacones de las zapatillas de Caitlin parecían hacer más ruido que nunca.

Strand se volvió y, al mirar Caitlin hacia arriba, se encontró a un hombre vestido con unos pantalones vaqueros y una costosa chaqueta de color gris bajo la cual llevaba una camiseta con el logotipo «La vida es dura. Después se muere». El extendió un brazo en ademán de saludo y le ofreció a ella la mano para ayudarla a subir. Una vez que estuvo a su lado, notó que la altura de ese hombre sobrepasaba la suya en mas de treinta centímetros.

—Señor Strand —liberó su mano con un firme tirón—… esperaba esta ocasión con ansiedad.

—¿De verdad? —preguntó él con su profunda y áspera voz.

Usaba una gorra gris con visera, del tipo de las usadas siempre por el héroe en los antiguos «filmes» de detectives. Ella lo observó fascinada cuando se la echó hacia atrás y descubrió el azul intenso de sus ojos. Al verlo, tuvo que ahogar un jadeo de sorpresa, pues recordó, ruborizada, dónde se habían visto antes.

El se acercó aún más y habló en voz tan baja, que sólo ella podía oírlo.

—¿Sorprendida?

Coa todos sus sentidos alerta, Caitlin podía percibir el aroma de su loción para después de afeitarse, sutil, un poco picante y fresca. La penetraba con la mirada, haciéndola sospechar que él se daba cuenta de que su corazón latía con fuerza.

—¿Y por qué iba a sentirme sorprendida? —preguntó, con la intención de que Strand captara la indirecta y fingiera, como lo había hecho por teléfono, que nunca se habían visto antes.

—Pues —replicó él aún con suavidad—, me encuentro tan sobrio como un miembro de Alcohólicos Anónimos. Y si eso no fuera suficiente para sorprenderla, no me falta ni una sola prenda de ropa. A diferencia de lo sucedido hace cinco años.

Caitlin tuvo que abandonar la idea de las sutiles indirectas.

—De acuerdo, me encuentro sorprendida —declaró con aparente tranquilidad—. Me sorprende que haya tenido usted el atrevimiento de sacar eso a colación. Yo ya lo había olvidado todo.

—Mentirosa —expresó él con suma gentileza—. Tan orgullosa como siempre, ¿no es así?

—Señor Strand, haga el favor de reservar la retórica para sus obras —le espetó ella con creciente malhumor, a pesar de sus intensos esfuerzos por controlarse.

El se echó a reír. ¡Movió hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada!

—No le veo ninguna gracia a este asunto, señor Strand —comentó ella.

De pronto, él dejó de reír y pareció algo turbado.

—Me río de mí mismo. Debí imaginar que reaccionaría como gato acorralado.

—Debía haber sido honesto conmigo —se quejó ella con resentimiento, aunque un poco más tranquila, al darse cuenta de que él no se reía de ella.

—¿Podríamos empezar, jóvenes? —preguntó Matt desde la primera fila—. Alguno de estos días me gustaría llegar a casa antes de la medianoche.

Aliviada al contar con una legítima excusa para alejarse de Jake Strand, Caitlin bajó con agilidad del escenario.

—Tú eres el jefe, Matt —le respondió a su productor con una sonrisa un poco forzada.

—Espero que no lo olvides —bromeó Matt.

La pequeña cantidad de personas invitadas habían empezado a llegar. Pauline se encontraba en el extremo derecho del escenario con una silla de tijera bajo cada brazo.

—¿En dónde quieres que ponga esto, Jake?

—Alinéalas con las demás.

Caitlin respiró hondo. Por lo menos ya no se encontraba bajo la mirada de aquellos penetrantes ojos azules. Tomó su cuaderno de notas y se sentó en una de las sillas, en un extremo.

El secreto del mundo, escribió en la parte superior de la página, por Jake Strand.

Al final de la obra, el héroe, cuyo nombre era Eddie, era salvado por su amor; sin embargo, eso era posible sólo en la ficción, según Caitlin. Para ella, el amor no era así.

Y Jake Strand lo sabía muy bien, aunque sin duda la experiencia le parecería de una ironía deliciosa. Era realmente contradictorio que le hubiera presentado una obra basada en el amor verdadero, siendo consciente de lo que le había sucedido a ella con «el verdadero amor».

El había sido testigo del momento en que se hundió su vida. Y no obstante, fue tan cruel de fingir que no tenía ningún conocimiento personal acerca de ella.

—Señorita
O'Neill,
¿cree que podríamos conseguir que nos pusieran aquí un poco más de luz? —La pregunta hizo saltar a Caitlin, que se encontraba pensativa en su asiento. Strand estaba en medio del escenario y la miraba fijamente. La ligera curvatura de sus labios la hizo preguntarse si él sabría lo que ella estaba pensando. Caitlin levantó la barbilla en un gesto de desafío. ¿Y por qué iba a importarle lo que pensara ese hombre? ¿Y qué que se hubiera reído a sus espaldas? Sobreviviría a eso.

Se levantó a encender las luces, e inmediatamente volvió a su asiento. Strand, a quien le daba de lleno la luz de los reflectores, que hacía que su pelo reluciera, empezó la presentación de los actores. Pero antes se despojó de su gorra.

Al observarlo, Caitlin reconoció que al hombre no le faltaba atractivo… por lo menos en el sentido físico.

«Piensa demasiado; por lo tanto, es hombre peligroso», se dijo mentalmente, recordando las palabras de Shakespeare. Sonrió con indulgencia. Quizá él fuera repugnante; ¿pero peligroso? Los hombres como él solían ser peligrosos sólo si una mujer se acerca demasiado. Y eso nunca le sucedería a ella. Además de cualquier otra consideración, él trabajaba en el teatro. Y, desde su divorcio, ella había vivido de acuerdo con una sola regla: no salir nunca con alguien que tuviera la más mínima relación con el negocio del espectáculo.

Al notar en Strand cierta expresión anhelante, se preguntó cuál sería el motivo, si a los treinta y cinco años de edad gozaba de un éxito que seguramente muchos envidiarían.

—Nick Lacy leerá la parte de Eddie —anunció Strand, y Caitlin dedicó su atención a la obra.

Nick Lacy estaría bien en su papel, si es que se llegaba a realizar esa puesta en escena, mas los demás actores, de acuerdo con el instinto profesional de la joven, tendrían que ser cambiados. Sobre todo la sofisticada pelirroja, que era completamente inadecuada como Frannie, una ingenua chica campesina. Ya en mitad del primer acto, Caitlin estuvo segura de que su instinto no la había engañado, y llegó incluso a pensar que quizá Strand hubiese escrito el personaje de Eddie pensando de antemano en Nick Lacy. Los demás eran actores competentes, pero no apropiados para representar los papeles que les habían asignado.

El desarrollo de la obra le pareció bastante flojo a Caitlin, mas la declaración final de amor entre Eddie y Frannie la hizo sentir un nudo de emoción en la garganta. Sin querer, dirigió la mirada hacia la primera fila.

Por supuesto, Strand se había vuelto en su asiento hacia ella y la contemplaba con sus fríos ojos azules.

Pauline se puso de pie, les dio las gracias a los actores y anunció que en el vestíbulo se servirían vino y bocadillos de queso; asimismo, se invitaba al público a que volviera después de veinte minutos para la crítica. Los actores se retirarían, pues la discusión estaría centrada en la obra, no en la actuación.

Mientras tomaba un sorbo de Chablis, Caitlin decidió hablar con cada uno de los actores de manera personal para agradecerles tanto su presencia como su trabajo. En la barra de refrescos, Matthew

había arrinconado a Strand y a un distinguido caballero de pelo plateado, el cual, según supuso Caitlin, debía ser el agente del autor de la obra.

—Hace dos semanas trabajé tres días en Corazones inquietos —al oír mencionar ese drama, Caitlin dirigió toda su atención a Nick Lacy, quien le sonreía con titubeante simpatía.

Una rápida mirada a su rostro no reveló ningún signo de premeditada malicia.

—Entonces supongo que conoció a Spencer Thomas —dijo ella —. Y me imagino que él le pidió que no se olvidara de saludarme.

—Bueno, ya sabe cómo es esto —el joven metió las manos en los bolsillos y fijó la mirada en sus zapatos—. Cada vez que varios actores se juntan, es inevitable hablar de lo que sucede en el medio. Spencer mencionó que él también estuvo en una de las obras de Jake, allá en Nueva York, y que a usted la conocía muy bien.

—Hace algún tiempo estuvimos casados —respondió Caitlin con una sonrisa.

—Gulp.

—No se preocupe —le reconfortó ella—. Spencer es un maestro de las insinuaciones y le encanta asegurarse de que la gente hable de él aun cuando no esté presente.

El actor se sonrojó.

—Parece que esta vez ha tenido éxito. Espero no haber…

Caitlin sonrió irónicamente.

—Creo que sería mejor que cambiáramos de tema.

En la barra. Matthew llenó un vaso de plástico con vino para Jake Strand.

—Jake me llamó hace seis semanas —declaró Nick al notar la dirección de la mirada de ella—, y me informó que tenía algo para mí —miró de nuevo hacia sus zapatos, avergonzado. Y aunque Caitlin pensó que era algo calculado para recordarle que el papel era «suyo», de cualquier manera, sonrió—. Jake es un gran escritor —manifestó Nick con gran sinceridad—. Y muy buen compañero.

Allí en la barra, Strand le dijo algo a Matthew, quien de súbito cerró la boca y tomó de nuevo la botella de Chablis. Entonces el productor empezó una intensa conversación en voz baja con el caballero de pelo plateado, mientras el dramaturgo se dirigía hacia Caitlin y Nick.

—El administrador literario ha dado la señal para el inicio de la crítica. ¿Lista? —le ofreció el brazo a Caitlin. Nick musitó un hasta luego y se dirigió hacia las grandes puertas dobles que se abrían sobre Vine Street.

Strand tenía puesta de nuevo su chaqueta y se había recogido las mangas hasta los codos, por lo que Caitlin se encontró en contacto directo con su piel, lo cual le pareció de una absurda intimidad y sintió que los lóbulos de sus orejas enrojecían.

El tenía que dirigir la vista hacia abajo para mirarla a ella, quien de nuevo se fijó en el extraño color de aquellos ojos. Un brillante azul eléctrico que contrastaba con sus cejas y pelo negro. Ella le indicó a él que tendría que ocupar el lugar central y seleccionar las opiniones que quisiera oír y, asimismo, detener el asunto cuando lo considerara necesario.

—¿Y ser consciente entonces que si hay algún abuso es culpa mía? —inquirió Strand.

Caitlin no pudo evitar reír.

—Es la primera vez que la oigo reír. Me gusta su risa.

—Pues… —Caitlin se aclaró la garganta—. Gracias.

—Supongo que es usted implacable.

—¿Implacable?

—Al exteriorizar sus críticas.

—Bien, eso depende.

—¿De qué?

—De la cantidad de estímulo que según pienso necesita el escritor. Si algunos de ellos no reciben una gran cantidad de elogios, se sienten abatidos por completo. No obstante, a otros les hace bien la verdad escueta.

—Yo me encuentro dentro de la segunda categoría —aseguró él —. Inicié esta obra hace años y necesito una opinión honesta — contempló al pequeño grupo de escritores y productores en cierne que se apresuraban a reclamar sus asientos—. Esa gente no me va a decir la verdad. La mitad de ellos me dirá que es un trabajo maravilloso y la otra mitad dirá lo que ellos hubiesen escrito —ella abrió la boca para defender a los demás, mas él se lo impidió con una taladrante mirada—. Quiero la verdad, Caitlin
O’Neill.
Nada más que la verdad. ¿Puede dármela?

—Quizá no le guste —le advirtió ella.

—Sólo la verdad, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Le diré la verdad… por lo menos como yo la veo.

El la condujo hasta uno de los asientos en primera fila y después subió al escenario y se sentó en la silla que se encontraba en el centro.

Empezó la discusión, y al abrir Caitlin su cuaderno de notas, tuvo una fugaz visión de aquella mañana de hacía cinco años. De lo ojeroso que estaba Strand, de la palidez de su rostro, del color rojo que tenían los ojos, y de su mal aspecto en general.

—Lo siento, señora —había dicho él—. Aunque eso no remedia nada ahora…

Caitlin parpadeó y se obligó a regresar al presente. Strand permanecía en lo que parecía completa relajación, con un brazo sobre el respaldo de su silla, mientras escuchaba los comentarios que hacían sobre su obra. Éstos eran más bien reverentes y acerca de su facilidad con el diálogo y la profundidad de sus personajes… cosas que pudo haber leído en cualquier revista especializada.

Caitlin se sentía a cada momento más impaciente, pues a ese paso Strand no conseguiría nada útil para su obra, Levantó la mano y él asintió. Ella fue directamente al grano.

—En primer lugar, aquella larga escena en que Eddie se sienta a lamentar su destino, tiene que ser eliminada, pues no tiene objeto y es muy pesada. Y ése es el problema general de la obra. Hay que agilizarla. Creo que toda la trama podría desarrollarse en la tarde y noche durante el transcurso de aquella primera tormenta de invierno.

—¿Insinúa que debo escribir de nuevo todo el primer acto? —Emitió una risilla—. ¿Qué otra cosa pide, señorita? —Cruzó una pierna sobre la otra, y Caitlin notó que una de las suelas de sus zapatos tenía el principio de un agujero.

Nada concordaba. La gorra, la costosa chaqueta, las gastadas botas. Mas en Jake Strand todo resultaba perfecto. Demasiado bien para la paz mental de Caitlin.

—El final. ¿Qué tiene el final?

—El se limita a decir «Te amo». Pero yo creo que también debería demostrarlo.

—¿Hay algo malo en decir «Te amo»?

—No, nada. Sólo que… no me parece suficiente. —¿Quiere decir que es una frase hecha?

De súbito, Caitlin sintió la extraña sensación de que él hablaba de algo más que de la obra.

—Bueno, no tanto.

—¿Entonces?

—Me parece algo demasiado fácil y de ninguna manera suficiente —ya no sabía de qué hablaba si de la obra o de su experiencia propia.

En alguna ocasión, hacía mucho tiempo, cierto hombre le juró una y otra vez que la amaba. Pero al final aquellas palabras habían carecido de significado.

—¿Por qué?

—Oh, señor Strand, vamos.

—Llámame Jake.

Una vocecilla pronunció ese nombre en su mente y lo aceptó. Mas no pudo decidirse a hacerlo en voz alta.

—Por favor no me interprete mal —dijo después de un momento en un tono menos duro—. En realidad, creo que la obra podría funcionar. Todos deseamos creer que el amor lo conquista todo, así que el público estará a su lado desde el principio. Pero no estoy segura de si usted, cono autor, también lo cree.

—Deduzco que usted no.

—Le he preguntado a usted, que ha sido quien la escribió.

—¿Lo creyó usted misma cuando lo leyó? ¿Al presenciar el ensayo esta noche?

Ella sintió la perversa urgencia de acusarlo de soslayar su pregunta, pero sabía que eso no serviría de nada. Entonces recordó que había prometido decirle la verdad.

—Sí —confesó—. Sean cuales sean mis propios prejuicios contra la idea, creía que para Eddie el amor verdadero lo había conquistado todo.

—¿Y cree en su existencia? —presionó él—. Dentro de los confines de la obra, por lo menos.

—Sí —respondió ella tajante, a la vez que se preguntaba por qué habría empezado a sentirse como si estuviera en el banquillo de los acusados, en lugar de hacer la crítica de una obra.

—Entonces no tenemos que analizar lo que yo sentí, dado que la

he hecho experimentar a usted exactamente lo que intentaba.

Las demás personas presentes rieron con cinismo. Jake Strand parecía demasiado seguro de sí mismo. No le quitaba los ojos de encima, y ella, por su parte, no quería darle la satisfacción de desviar la mirada.

—Lo que he notado es que le gusta manipular a la gente —dijo ella con gélida calma, y de inmediato deseó no haber pronunciado esas palabras, ya que, como ambos sabían, esa afirmación no tenía nada que ver con la obra.

Caitlin notó por el rabillo del ojo que varias ansiosas manos se levantaban a su alrededor. El hielo estaba roto; ahora los demás esperaban con ansiedad la oportunidad de participar en la discusión.

—¿Usted siente que la he manipulado? —preguntó Strand, como si los dos fueran las únicas personas que se encontraban allí.

—¿Se trata de un asunto privado, o puede participar cualquiera? —preguntó alguien con tono de reproche.

Caitlin dirigió la mirada hacia Strand, quien se la sostuvo desafiante durante un momento, como para indicarle que su discusión la continuarían después, y entonces se alzó de hombros.

—Toda la ayuda será bien recibida —expresó, disponiéndose a escuchar a Basil Jardinaire.

La sesión prosiguió y los demás también participaron, desaparecida su reticencia inicial. Caitlin se sentía contenta, pues a pesar de la pesimista predicción de Strand, estaba obteniendo una crítica veraz por parte de más de uno de los espectadores de esa noche.

Ya era casi medianoche cuando Pauline por fin ordenó la suspensión de sus actividades. Le dio las gracias a todos por su asistencia, le recordó a los escritores la reunión de la próxima semana e hizo una invitación general para la función especial de la última producción de Neworks a la noche siguiente.

Caitlin suspiró en silencio, pues la mención de Pauline del espectáculo actual le hizo recordar todo lo que debía hacerse antes de la inauguración oficial, cuatro días después.

Ya había recorrido medio pasillo cuando fue alcanzada por Matthew, quien le habló en un tono de voz muy alto.

—Quiero la obra de Strand. Va a ser un gran éxito; yo la voy a

producir y tú, querida, la vas a dirigir. Lo mejor sería que ustedes se hicieran amigos. Ve a comer con él y conócelo mejor.

A Caitlin le dieron ganas de protestar en voz alta. Llegar a conocer mejor a Jake Strand sería lo último que intentara hacer.

—Por favor, Matthew. No vuelvas a decir algo así. Lo veré a las horas de trabajo, pero nada personal.

—Muy bien, muy bien, de acuerdo, pero no te enojes. El partirá para Inglaterra en enero, así que tendremos que apresurar las cosas, u olvidar el asunto hasta la próxima primavera. Como siempre digo, hay que aprovechar el momento. A fines de mes deberemos empezar los ensayos con el elenco definitivo. Hazme un favor, mi querida y estimada Caitlin, invita a Jake mañana a comer. Habla con él de lo que quieras, pero mantén su interés. No sea que se vaya a arrepentir y nos quite su obra.

Pauline se acercó a ellos.

—Matthew, Basil te espera en el vestíbulo. Creo que piensa en la conveniencia de añadir una o dos escenas.

—Ya voy, ya voy —se volvió hacia Caitlin—. Recuerda lo que dije, cariño.

Arriba, en el escenario, Jake Strand se encontraba rodeado por aquéllos a quienes les gustaba ver el fin de una buena discusión. Caitlin se sorprendió observando la alta y esbelta figura, ahora de pie, que mantenía una acalorada disputa sobre uno de los mejores puntos del carácter de su héroe. Al recorrer con la mirada la línea de su estrecha mandíbula, él levantó la cabeza y miró en dirección a ella. Sus ojos, en los cuales se reflejaba la luz de los focos, relucían como un par de joyas azules a las cuales daba vida un fuego interior. Durante una fracción de segundo, Caitlin tuvo la extraña impresión de que ardían por culpa de ella y tuvo que recordarse que se encontraba entre sombras y que él ni siquiera podía verla. Movió la cabeza con fuerza y salió de la sala para disponerse a cumplir con el resto de sus tareas por aquella noche.

Capítulo 2

Entonces, ¿cómo fueron las cosas con el gran Jake Strand? —Cliff Jacobs dejó caer su voluminoso cuerpo sobre el borde de una plataforma para sentarse.

Caitlin se acomodó en una silla a su izquierda y lo observó sacar un cigarrillo de su bolsillo delantero.

—Aquí no se permite fumar —le dijo.

Cliff lanzó un gruñido y accionó su encendedor. Tenía las piernas separadas y las manos sobre las rodillas; y, con su blanca cabellera y su tupida barba del mismo color, parecía un enorme oso polar fumador. Ella lo había conocido hacía cuatro años, y desde que fueron presentados por Matthew, surgió una gran simpatía entre los dos. Cliff nunca traicionaba una confidencia, y tenía una manera de poner las cosas en su debido lugar que algunas veces hacía jurar a Caitlin que nunca volvería a contarle sus problemas, mas ella siempre lo buscaba cuando necesita un buen consejo.

—¿Caitlin?

—¿Mmm?

—¿No me escuchas?

—Sí, pero pensaba. —Caitlin extendió las piernas y miró los dedos de sus pies—. ¿Sabes? Parece que nunca tengo tiempo para arreglarme las uñas.

Cliff rió.

—Una vida dedicada al teatro exige muchos sacrificio —extendió la maño y ella le acercó un cenicero—. Estás cansada, Le has dado la noche libre al elenco; debiste haberla tomado también

tú.

Caitlin negó con un movimiento de cabeza y se apoyó contra el respaldo de plástico de su silla.

—No, yo necesito estar aquí, Claro que algunas veces desearía contar con un poco de tiempo libre y tener algo más importante que el próximo estreno que esperar con ansias, desearía salir con alguien de vez en cuando —cerró los ojos y permaneció pensativa —. Tener una cita con alguien estable, simpático y normal, Alguien que posea una tintorería, como mi padre, O que sea contador, u optometrista, Hay muchas profesiones aceptables, Mi hermana ha sido muy feliz con su esposo.

Abrid los ojos y miró hacia Clíff, quien la observaba entre una nube de humo.

—Oh, Clifford. ¿Cuándo voy a encontrar un optometrista para mí si continuó con mi extraño horario?

—¿Y si buscaras en las páginas amarillas? —sugirió Cliff, frunciendo el ceño.

—Comprendo que puedas permitirte el lujo de bromear, Maggie y tu han estado juntos desde la invención de la rueda.

—No tanto, Si mal no recuerdo, nos conocimos poco después de la caída de Roma, La sangre de los Césares corre por sus venas, mas la convencí para que renunciara a todo eso y aceptara el trabajo con la compañía telefónica… y creo que una vez más has logrado hacerme abandonar el tema. —¿Cuál tema?

—Jake Strand, Cariño. De eso es de lo que en realidad quieres hablarme, ¿verdad?

—Por lo visto, soy tan transparente como el cristal.

—No, aunque esta claro que algo te molesta Cuando empezaste a balbucear acerca de optometristas en el momento en que mencioné su nombre, llegué a la brillante conclusión de que ese famoso dramaturgo tiene algo que ver con ello. ¿Estoy equivocado?

—No.

—¿Y estonce»?

Caitlin cruzó los tobillos.

—Su obra es muy valiosa, Pero respecto al hombre mismo…

—Vamos. Desembucha. —Se ha burlado de mí.

—¿Sí? Te escucho.

»Pues resulta que nosotros ya nos conocíamos, Fue duraste un

breve tiempo, pero en un momento muy inoportuno, El lo supo desde el principio y no tuvo la gentileza de comunicármelo.

—¿Qué sucedió? —Cliff le dio un cariñoso apretón en una mano —. Vamos, Caitlin, Sabes que quieres decirlo.

—Fue hace cinco años, en Nueva York —comentó ella con amargura, Se asió con fuerza a los brazos de la silla y durante un minuto permaneció con la vista clavada al frente, entonces flexionó los dedos y colocó las manos sobre el regazo, Necesitaba la opinión objetiva de Cliff sobre la situación, y no iba a obtenerla si no hacía un relato exacto, Dirigió la mirada hacia su amigo y él la alentó con un movimiento de cabeza—. Salió de mi habitación para huéspedes, completamente borracho y sin haber terminado de abrocharse los pantalones, mientras la rubia con quien había estado salia tras de el, Eso fue un instante antes que yo abriera la puerta de mi propia habitación y encontrara a mi amado esposo, Spencer Thomas, dormido muy a gusto entre los brazos de una despampanante belleza, sin una sola prenda encima.

La ceniza del cigarrillo de Cliff cayó sobre el suelo del escenario, El la recogió con los dedos y la depositó en el cenicero.

—Los eché a todos, Hasta esa noche, nunca supe que aquel extraño de los ojos rojos que me dijo que lo sentía… ¡Oh, Cliff, fue una pesadilla! Ese desconocido trataba de ponerse las botas y la camisa mientras su rubia lo agarraba con fuerza y la morena clamaba que Spencer le había Jurado que estábamos separados. «Señora» —me dijo el desconocido—, «le juro que esta escena me asquea tanto como a usted. Lo siento. De verdad lo siento. Aunque no creo que eso sirva de algo ahora».

—Pobre tipo. —Cliff se rascó la barba.

Caitlin se dio un masaje en la tirantez que sentía entre las clavículas.

—Ajá —murmura—. Eso es lo que repito cuando pienso en ello, aunque en ese momento ni se me ocurrió. De todo de lo que me di cuenta fue de que mi vida se hacía añicos y de que un desgraciado borracho a quien jamás había visto antes me hacía sentirme aún más humillada al compadecerme. Pero más tarde tuve que reconocer que de verdad parecía sincero —la joven vio que Cliff asentía—. No obstante, lo que me ha hecho esta noche sí ha sido premeditado. Apareció ante mí sin previo aviso para ver mi

inconsciente reacción.

Cliff movió la cabeza de un lado a otro.

—No seas injusta, Caitlin. No es extraño que le haya resultado difícil aproximarse a ti. Lo ha hecho mal, pero por lo menos lo ha hecho. Debes darle crédito, al menos por haberse atrevido.

—Creí que obtendría de ti algún consuelo —murmuró, aunque reconocía que él tenía razón.

—Yo le doy consuelo a la gente enferma. A los tercos como tú les dedico el resultado de mi amplia experiencia en el campo de las relaciones humanas.

—Clifford, apuesto a que serías un buen embaucador —bromeó ella con afecto.

—Para acabar pronto. Dale al tiempo una oportunidad.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Recuérdame que nunca vuelva a confiar en ti.

—Por supuesto. —Cliff sacó otro cigarrillo.

Caitlin se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Por favor, apaga las luces cuando salgas.

—En la noche del estreno nos reuniremos en mi casa después de la función.

—Se lo diré a los demás.

Caitlin caminó por el desierto vestíbulo hacia el cubículo que con risible optimismo era conocido como su oficina. Contempló su atestado escritorio y la pizarra llena de avisos, muchos de los cuales ya no tenía ningún sentido conservar, y tomó la resolución de limpiar aquel lugar lo antes posible. Al mirar su reloj, se dio cuenta de que era tan sólo la una menos cuarto. Si se iba directamente a casa y se metía en cama de inmediato, podría dormir. Metió en su portafolios los dos manuscritos originales que había prometido a Pauline que leería, cerró la puerta de su oficina y salió hacia el estacionamiento por la puerta lateral. En el exterior, la brisa nocturna era refrescante, y Caitlin sintió un ligero estremecimiento.

Al lado de uno de los tres coches que quedaban en el estacionamiento, se encontraba Jake Strand. El se echo hacia atrás el ala de su sombrero y la recorrió a ella de arriba abajo con la mirada.

—La esperaba a usted, señora.

—Señor, Strand…

—Jake.

—Por favor…

—Por Dios Santo, sólo dígalo. Yo he tardado cinco años en hacer acopio de suficiente valor para enfrentarme a usted y ni siquiera quiere llamarme por mi nombre de pila.

—Fue muy cruel lo que hizo conmigo. Por lo menos podría…

—¿Cree que no me di cuenta? Pero… ¿cuál hubiese sido el momento adecuado? ¿Cuando danzaba por su apartamento mientras trataba de ponerme las botas? O quizá cuando la llamé por teléfono yo podría haber dicho algo así como: «Quizá usted no me recuerde, pero yo estaba ahí aquella mañana en que encontró a su esposo acostado con…».

—Por favor. Es suficiente. Yo… comprendo.

—¿En serio? Bien, en Wilshire hay un pequeño lugar muy tranquilo que abre toda la noche.

—¿Se refiere a
Rusty's?

—Yo la seguiré.

—¿Qué es lo que desea de mí, Jake Strand? —preguntó Caitlin una vez que ambos se encontraron instalados en un reservado tomando café mientras esperaban que les sirvieran lo que habían pedido.

—Qué mujer tan suspicaz es usted —observó con un ademán que abarcó aquel lugar—. La he traído con engaños a este exótico sitio lleno de romanticismo para enamorarla —bromeo, pero no obstante, en su voz había un extraño tono.

En ese momento llegó ante su mesa la camarera a entregar lo que habían pedido, jamón y queso a la parrilla para Jake y un emparedado de pan integral para Caitlin, a quien le había impresionado la elección de ese restaurante tan sencillo, pues le parecía que con ello le decía que así era él, nada complicado.

Caitlin dirigió la vista hacia la ventana y le dio un mordisco a su emparedado, Cuando miró de nuevo hacia Jake, vio que la observaba con los ojos entrecerrados.

—¿Respecto a la obra? —preguntó ella titubeante—. Matthew está seguro de que usted quiere que yo la dirija.

—El tiene razón.

Mientras comía un pedazo de tocino que sobresalía de su

emparedado, Caitlin pensó que era su oportunidad para explicarle por qué no era posible que trabajaran Juntos.

—Me gustaría mucho hacerlo —al pronunciar esas palabras, ella se dio cuenta de que contenían más verdad que la negativa que pensaba expresar.

—¿Sí? —Él se apoyó en el respaldo de su silla—. Muy bien. Entonces así será.

Caitlin se puso rígida. —¿Así será? Yo no…

—Calma, Ambos tenemos trabajo pendiente por el momento; sólo quería saber si usted estaba Interesada, Caitlin miró la escueta guarnición de tu emparedado.

—No se si resultaría que ambos trabajáramos juntos, Me da la impresión de que, contrastamos, por decirlo así.

—Siente antipatía por mí.

—No, no, Pero dígame algo. ¿Por qué su súbita decisión de ponerse en contacto conmigo?

—No ha sido nada súbito, Durante todos estos años me he mantenido informado acerca de usted.

—¿Por qué?

—No lo hice de manera consiente, por lo menos al principio, Después, quise traer la oportunidad de que algún día volviéramos a vernos, cuando yo…

—¿Cuando usted estuviera tan sobrio como un miembro de Alcohólicos Anónimos y llevara toda su ropa puesta?

—Quizá no recuerda la mirada que me dirigió aquella mañana, pero me llegó hasta la médula de los huesos, hizo que me sintiera peor que si fuera basura.

—No quise… —empezó a decir ella.

—Sí —aseguró él con calma—, así fue, Y «basura» fue la palabra que uso entonces, ¿o no?

—De acuerdo, Esa fue la palabra.

—Pues tiene toda la razón, Yo era una basura, Para ser honesto, le diré que aquella noche fue tranquila de acuerdo a como yo vivía entonces, Y respecto a la rubia, no tenía ni la menor idea de quién era ella. —¿Por qué me dice todo esto?

—Para que sepa que yo era tan malo como usted pensó. —¿Por qué?

—Porque aquella mañana vi reflejado en sus ojos todo el horror

de lo que yo era y juré reformarme o morir en el intento.

Caitlin lo observó y para ella fue evidente el cambio, Parecía lógico suponer que él esperaba algo más que ayuda en su obra.

—Jake…

El sonrió.

—Ése es mi nombre.

—Espero que no piense que…

—¿Qué cosa?

Caitlin no sabía cómo continuar. Sería absurdo y presuntuoso decir lo que realmente pensaba.

—¿Todavía es amigo de Spencer? —Prefirió preguntar.

—En realidad nunca lo fuimos. El tenía el papel principal en mi obra. La puesta en escena fracasó y su ex esposo declaró más de una vez que había sido por culpa mía. No dudo que tuviera razón, porque entonces yo dejé de beber. Es terrible tratar de hacer una adaptación cuando a uno le tiemblan tanto las manos que no puede ni sostener el lápiz.

—Sí —asintió Caitlin con suavidad—. Debe serlo.

—Aunque esa obra en particular nunca tuvo muchas esperanzas de éxito. Mi agente trató de hacérmelo ver, y todo lo que logró fue que yo me pusiera furioso y le diera un puñetazo en la cara. El ni siquiera protestó y se limitó a levantarse y decirme que los borrachos no suelen escribir buenas obras. Tenía razón.

Caitlin se sentía conmovida, más identificada con el hombre en quien ahora él se había convertido… a pesar de no estar preparada para eso.

Se aclaró la garganta, pero fue Jake quien llevó la conversación a terreno más seguro al hablar de un conocido común, Ken Wells. Otro dramaturgo que pronto se iría a vivir a Los Ángeles.

Poco después terminaron su cena, Jake pagó la cuenta y los dos salieron a la calle. Mientras Caitlin abría la puerta de su coche, se volvió hacia Jake, y notó que él era de esos hombres que necesitan afeitarse dos veces diarias para mantener su apariencia irreprochable.

Sentía un curioso hormigueo en los dedos y tuvo que apretar los puños para no acariciarle el pelo negro y suave. Las llaves se le clavaron en la palma de la mano derecha y ella se concentró en la sensación del metal sobre la piel.

—¿Tengo algo en el rostro?

Caitlin se sobresaltó al darse cuenta de que la estaba observando fijamente.

—No, por supuesto que no.

—Debemos concertar otra cita, ¿no cree?

—Por supuesto —abrió la puerta del coche y colocó su portafolios sobre el asiento—. Permítame, sacaré la agenda que traigo.

Entonces él se acercó y puso las manos sobre las de ella. Y una pequeña ola de calor subió por el brazo de Caitlin, pasó por su pecho y bajó hasta su vientre, donde hizo explosión. Su bolso cayó al suelo y ella apenas sí lo notó.

—Dame tu número de teléfono —pidió Jake con palabras que fueron una inquietante caricia al oído.

—Tiene el de mi extensión en el teatro —respondió Caitlin con voz tan tranquila como pudo.

—El de tu casa —insistió él.

Se encontraron muy juntos, y Caitlin, al volverse hacia él, recordó que no se sentía atraída por los hombres altos, pues no le parecía nada romántico que la hicieran sentirse una enana; lo menos que sucedería al besarlo sería que se le lastimara el cuello.

—Eres demasiado alto —expresó ella con un suspiro, sin darse cuenta, hasta que lo vio arquear las cejas, pues había hablado en voz alta.

—Puedo ser bajo —dijo él en tono casi suplicante.

—Y no eres optometrista —musitó ella al mover la cabeza.

—¿Necesitas gafas? —preguntó Jake con preocupación.

—No. Un optometrista de poca altura. Eso es lo que necesito.

—Lo que tienes ante ti en este momento es un escritor alto. Quizá con eso tengas que contentarte.

De pronto, él le puso las manos bajo los brazos y la levantó en el aire.

—¿Qué haces? —inquirió ella sorprendida al sentir que era depositada sobre el coche. El metal se hundió un poco al recibir el peso de ella.

—Me hago más corto —replicó Jake con un gruñido de satisfacción.

Bueno, por lo menos era él quien ahora tenía que mirar hacia

arriba.

Jake deslizó las manos hacia la cintura de ella, que aún sentía la impresión de sus fuertes dedos sobre las costillas y la presión de sus pulgares sobre los lados de sus senos. De algún modo, las propias manos de Caitlin terminaron sobre los hombros de el y aun a través de la tela de su chaqueta sentía la tensión de sus fuertes músculos, así como la sutil expansión y contracción del pecho cada vez que respiraba.

Jake volvió el rostro hacia ella en una especie de ofrenda y la Joven pudo observar los prominentes pómulos, la afilada nariz, la estrecha mandíbula de duras líneas y la sensual y apetecible boca.

Sin pensarlo demasiado, pasó los dedos por los labios masculinos y entonces Jake los separó un poco ante la presión de aquel contacto, En ese momento, Caitlin pudo ver las puntas de aquellos dientes perfectos, y su siguiente pensamiento fue preguntarse qué se sentiría al pasar la lengua sobre ellos.

Iba demasiado rápido, y lo sabía. Volvió la mano hacia el hombro de él. Mas Jake leyó retirada en sus ojos y sus propias manos dejaron de rodearle la cintura para posarse con ternura en el rostro.

Caitlin no podía negar que la seca aspereza de esas manos le gustó; y entonces apretó un poco entre las rodillas el cuerpo de Jake. El no era el hombre adecuado para ella; pero no obstante, en ese memento lo sintió como la suma de todas las cosas buenas que ella había tenido en la vida.

—Un beso —dijo sin aliento.

El no respondió, sólo esperó sin quitarle las manos del rostro y sin ejercer coacción.

Ella fue quien realizó el primer movimiento, al apoderarse de los labios de él con un lento mordisqueo exploratorio, Presionó sólo un poco al principio, Entonces la húmeda boca de Jake se abrió y pudo sentir por fin la sensación de aquellos dientes contra la punta de la lengua, mientras el aliento de ella y el de él se confundían en uno solo. El aire nocturno los protegía, y aquel beso tuvo la lenta y creciente intensidad de las olas que arrollan la playa. Fue algo maravilloso. Demasiado bueno, se dijo ella, arrepintiéndose de inmediato, Había sido un error de juicio permitir que eso sucediera, rompió el contacto al enderezarse y le permitió retirarse sin la

menor protesta.

Caitlin no recordaba haber cerrado los ojos de manera consciente, pero al separarse de Jake los abrió.

—Supongo que tengo que bajarte —musitó él—. Así es.

Al sentir el peso de su cuerpo sobre las piernas, Caitlin se dijo que ya era hora de volver a la realidad y dejarse de tonterías, Se inclinó y recogió su bolso, que estaba en el suelo.

—Vamos a tener que establecer algunas sólidas reglas —dijo, con un ridículo temblor en la voz.

—¿Sólidas reglas?

—Sí, Yo no tenía ningún derecho a besarte.

Eso le causó gracia a él, aunque ella no comprendió el motivo, Jake echo la cabeza hacia atrás y rió del mismo modo que en el teatro cuando ella le dijo que se reservara la poesía para sus obras.

—Por favor, Hablo en serio, Lo que dije es verdad.

La risa de él se redijo a una ligera sonrisa.

—Puedes besarme cuando quieras. Yo te doy el derecho. —No comprendes.

—Supongamos que me lo explicas —la sonrisa se había esfumado y en el rostro de Jake había una sombría expresión. —He querido decir que no debí besarte.

—¿Por qué no? ¿No deseabas hacerlo?

—Por supuesto que sí, Quiero decir que no debía haberlo deseado, Lo he hecho de todos modos, pero… —Caitlin emitió un gemido—. ¿Qué me pasa? Jamás había tenido dificultad para expresarme.

—Cálmate —musitó él mientras le ponía una maro en el hombro para tranquilizarla, Ella le dirigió una mirada de desesperación—. ¿Por qué no has debido besarme?

—Porque yo no beso a hombres que trabajan en el teatro, No como te he besado a ti, por lo menos —asió la enorme mano que se posaba en su hombro—. Mi regla es no salir con nadie mezclado en el negocio del teatro.

El retiró su mano.

—Ya veo.

Caitlin bajó la vista.

—Por favor entiéndeme, Jake.

—¿Es debido a Spencer? ¿Piensas que cualquier persona en este

negocio va a tratarte como él lo hizo?

—Por favor —ella se obligó a mirar hacia él—. Perdóname por haberme comportado así contigo. No volverá a suceder. Desde hace mucho he admirado tu trabajo y es muy importante para mí como directora el que me hayas ofrecido dirigir una obra tan bonita como El secreto del mundo. Nuestra relación profesional puede ser muy satisfactoria para ambos, y quizá hasta lleguemos a ser amigos, pero…

—Sube a tu coche —le indicó él.

Sin saber qué hacer, Caitlin se acomodó tras el volante.

—Ponlo en marcha —continuó Jake.

Ella obedeció, y estaba a punto de partir, cuando se dio cuenta de que no podía irse y dejar así a Jake, por lo que bajó el cristal de la ventanilla.

—Créeme, Jake. Si alguna vez decido romper mis reglas, tú serías el motivo. I En los labios de él surgió el atisbo de una sonrisa.

—¿Existe alguna oportunidad de que eso suceda pronto?

—Ninguna —aseguró ella en voz baja y firme, y la sonrisa desapareció de los labios de Jake.

—¿De verdad es eso lo que deseas?

—Pues, yo…

—Dime la verdad.

—De acuerdo. Creo que eso es lo mejor.

Jake contempló el pequeño coche mientras se alejaba hacia Wilshire Boulevard. Caitlin no miró hacia atrás ni una sola vez. El no había sido muy honesto con ella, admitió para sí, ¿pero cómo podría haberlo sido? Ella lo habría creído loco de atar. ¿Cómo podía decirle un hombre a una mujer la segunda vez que la ve que si ha cambiado su vida es por ella? ¿Que no ha dejado de pensar en el dolor que vio reflejado en sus ojos la primera vez que se conocieron? Ella no lloró, ni gritó, ni arrojó cosas como debería haber hecho, como habría actuado cualquiera en esa situación. Sólo se irguió para hablarle al hombre con el que estaba casada:

«No quiero oírte decir que lo sientes, Spencer. Ambos sabemos que ésta no es la primera vez. Pero sí es la última. En cinco minutos quiero que salgas de aquí junto con los libertinos que te acompañan. Y cuando todos se hayan ido, voy a tomar un baño. Un largo baño caliente que será el primer paso para limpiar mi vida de

la inmundicia que tú y esa basura que has traído aquí han dejado».

Aun completamente aturdido por la bebida, Jake pensó que ella era una mujer por quien valía la pena mantenerse sobrio. Y deseaba que al encontrarla, aunque fuese cinco años después, en sus ojos descubriera respeto y reconocimiento. Bien, pues había conseguido lo que quería, ¿o no? Caitlin había manifestado su deseo de trabajar con él, y de ser «amigos». Y al oírla hablar, quiso decirle que «amigos» no era suficiente. Mas ella también lo sabía. Ese único e increíble beso no le había dejado ninguna duda de que ella sentía una atracción tan fuerte como la de él, a pesar de sus absurdas reglas.

Jake llegó a su coche y encendió el motor inmediatamente. Al ir por Wilshire hacia La Ciénaga, oyó el sonido de una sirena, el cual se desvaneció al dirigirse el conductor hacia Huís. De algún modo, cada día era un desafío para Jake. Sobrevivía, y lo hacía bien. Su trabajo iba por buen camino. A los ojos de la gente lo tenía todo. Sus obras eran muy solicitadas, aun para la realización de guiones cinematográficos. Poseía un fabuloso apartamento, coche último modelo y suficiente dinero para darse buena vida durante mucho tiempo. Le iba muy bien.

No le hacía falta complicarse la vida, Lo que deberte hacer era ir al día siguiente a las oficinas de Neworks y retirar su obra. Darles las gracias a todos y no volver por allí. Eso sería lo más seguro para los dos. Más sabía que no podía hacerlo, Pues se encontraba inevitablemente dominado y todos sus intentos resultarían inútiles.

Capítulo 3

-¿Han terminado todos? —Josh Michaels, que estaba a cargo de las luces, se ajustó los auriculares y esperó una respuesta desde el escenario—. Bien —dijo después de un momento.

Tras Josh, Mary Cruise, encargada del panel de sonido, apagó la música.

Aun recluidos en el cubículo de Iluminación, llegaba a ellos el ruido de los aplausos del público, el primer acto se había desarrollado bien.

—Vamos bien, ¿eh? —le dijo Josh a Caitlin durante el intermedio, a la vez que se chupaba un dedo y hacía usa señal imaginaria en el aire—. Esto va a ser otro rotundo éxito para Neworks Arena West.

—Ya veremos —expresó Caitlin con una sonrisa, La verdadera prueba del éxito se encontraba siempre en el segundo acto, cuando la obra tenía que desarrollar la promesa del primero.

Mientras Caitlin observaba al público que se dirigía al vestíbulo, pensó que en enero estrenarían la obra de Jake Strand, Ella se había dejado convencer por Matthew e iba a dirigirla, Ahora ya estaba dedicada de lleno al proyecto y no podía arrepentirse.

Nlck Lacy había sido contratado para actuar en una película, así que ahora tendrían que efectuar audiciones para los cuatro papeles, Jake había aceptado la pérdida de Nick con filosofía. Hacia Caitlin se comportaba distante y frío, aunque después de todo eso era de esperarse, pues ella había dicho muy claro que deseaba mantener las distancias.

—¿Caitlin?

—¿Mmm? —preguntó ella al volverse hacia Josh.

—Este espectáculo va a ser un éxito. Te lo aseguro. No hay ninguna razón para parecer tan pesimista.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

—Es hora de hacer mi aparición allá abajo. ¿Alguien quiere café?

Caitlin se confundió con la multitud durante el intermedio, luego volvió para observar el acto final y más tarde se dirigió tras bambalinas para felicitar a los actores.

Después, en la fiesta en casa de Cliff y Maggie, ella permaneció hasta tarde, pues no deseaba llegar pronto a casa. La verdad era que la idea de estar sola la deprimía. Después del estreno de una obra siempre sentía algo de desilusión, ya que tenía que aceptar que su trabajo estaba terminado. La intensa «familia teatral» que ella había creado con los actores a lo largo de las semanas de preparación, continuaría para ellos durante el tiempo en que la obra estuviese en cartel, mas el papel de ella no. Después había algún que otro ensayo ocasional, pero ya no era lo mismo. Era una situación parecida a la crianza de los hijos; siempre llega el momento en que todos crecen y cada cual toma su propio camino. El trabajo le había hecho sentir satisfacción, pero también tristeza. De alguna manera, en esa particular noche de estreno, ese desconsuelo era más difícil de afrontar que nunca. Así que eran casi las tres de la mañana cuando por fin llegó frente a su casa, situada en Hollywood Hills.

Edificada antes de la Segunda Guerra Mundial, la casa, con sus muros de frío estuco y techo de tejas rojas, constituía un hermoso ejemplo del estilo mediterráneo tan común en el sur de California. La mayoría de las veces, tan sólo con verla se sentía más animada, pero no esa noche. Las dos bonitas ventanas arqueadas que flanqueaban la puerta del frente parecían contemplarla con reproche.

—Por la mañana todo me parecerá mejor —musitó para sí misma. Entonces, suspiró con amargura.

La mañana ya había empezado. Los apartados para el correo del personal colgaban de uno de los muros de la oficina principal. Caitlin dirigió la mirada hacia el suyo antes de irse a casa el sábado por la noche. Un sobre grande de papel manila la esperaba. Con

toda seguridad se trataría de las correcciones al manuscrito de Jake.

Ambos se reunirían el lunes para hablar acerca de ello. Y no tenía nada de extraño que él le hubiese dejado el sobre en el apartado en lugar de entregárselo en persona, ya que ella misma era quien le había pedido que mantuvieran sus relaciones en un estricto plano de negocios.

El domingo, mientras esperaba que se le secara la ropa lavada ese día, se instaló en el patio trasero para leer las revisiones que Jake había hecho a El secreto del mundo.

Al dar vuelta a la última página, de momento olvidó todo lo que había leído, pues ahí, en el espacio en blanco de la hoja, Jake había dibujado una mano, en cuya palma estaba escrito un número de teléfono… subrayado dos veces.

El mensaje implícito era muy claro: si no puedo tener el tuyo, he aquí el mío. Al día siguiente habían planeado reunirse, así que no tenía ningún pretexto para llamarlo.

Caitlin contempló aquel número, casi sin prestar atención a los trinos de los pajarillos posados en el níspero que crecía al lado de la ventana de la cocina. Asimismo, ignoró el silencio procedente del patío de servicio y que indicaba que la lavadora y la secadora de ropa ya habían dejado de funcionar.

Cuando ella se levantó de su silla, no fue para sacar o meter ropa, sino para acercarse al teléfono que tenía en una de las paredes de la cocina y marcar un número.

El respondió en seguida.

—Hola —dijo a la defensiva.

Caitlin tragó saliva y contempló el reflejo de la luz del sol contra los azulejos del patío.

—¿Hola? —Aquella sola palabra sonó tanto impaciente como esperanzada.

En el exterior, Tartuffe, el gato marrón con rayas, corría por el patío persiguiendo las sombras.

—Jake. Soy yo —lo oyó respirar y se dio cuenta de que no había dicho su nombre.

—Caitlin —pronunció él con mucha calma.

Ella empezó a hacerse una serie de preguntas. ¿Se encontraría él acompañado por alguien? ¿Estaría libre esa tarde? ¿Habría esperado que ella lo llamara? ¿Vendría si se lo pidiera? ¿Qué

pensaría de ella?

—Jake… yo… —Su voz se desvaneció. Parecía la pesadilla de cualquier actor que cree que olvidará sus parlamentos la noche del estreno.

—¿Puedo ir a verte? —preguntó él, rompiendo el hielo.

—Jake…

—¿En dónde vives?

—Me siento como una tonta.

—Caitlin. Dame tu dirección.

—¿Ahora? —preguntó en voz baja.

—Ahora.

—Estoy en Hills. Mi casa es un poco difícil de encontrar.

—Me las arreglaré.

Ella le dio la calle y el número.

—Estaré allí dentro de una hora.

Caitlin oyó el chasquido producido en la línea al colgar él, mas ella permaneció con el auricular en la mano aún durante unos segundos. Luego movió la cabeza, colgó y fue a sacar su ropa de la lavadora.

Una hora después, cuando escuchó el sonido del timbre de la puerta, sintió la extraña sensación de que el corazón le daba un vuelco completo y el estómago se le hundía. Intentó convencerse de que no ocurría nada, pero fue inútil. Hizo un esfuerzo por dominarse y acudió a abrir.

Al abrirse la pesada puerta de roble, Jake pudo permitirse el lujo de observar a Caitlin con detenimiento. La chica llevaba unos pantalones cortos y una blusa que dejaba al descubierto parte de su espalda. Su mirada recorrió desde el escote hasta el rostro. La boca de ella mostraba una expresión que era más de determinación que de bienvenida. Jake se sentía como un vendedor de puerta en puerta que no es bien recibido.

—¿Vas a permitirme entrar?

Caitlin dio un paso atrás y le hizo un ademán de invitación al tiempo que lo conducía hacia la cocina.

—¿Deseas algo de beber? —le preguntó a él, con una vocecilla apenas reconocible.

—Algo frío estaría muy bien —respondió Jake, apoyado contra la jamba de la puerta en forma de arco que daba al comedor, y con

las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones color gris.

—Tienes suerte —explicó Caitlin con una risilla nerviosa—. Hace pocas semanas ofrecí una fiesta para el grupo infantil de teatro patrocinado por nosotros y los chiquillos tomaron sólo la mitad de lo que compré —abrió la puerta del refrigerador e hizo un detallado inventario—. ¿Jugo de manzana? ¿Delicia hawaiana? ¿Ginger Ale? ¿Cerveza de raíz? ¿Refresco de naranja, uva o cola?

Jake pensó que ella parecía una vendedora que hacía un desesperado esfuerzo por vender algo. Quizá estuviera demasiado tensa.

El se sintió invadido por una ola de ternura y por un momento olvidó sus propios temores. Deseó cubrir un instante la distancia que los separaba, decirle a Caitlin que olvidara la bebida y cerrara la puerta del refrigerador, para que él pudiera estrecharla entre sus brazos, acariciarle la espalda y besar cada una de las pecas de su nariz.

—Prefiero Gínger Ale —respondió, y entonces se produjo un tenso silencio entre ellos, roto sólo por el tintineo de los trozos de hielo al caer dentro de los vasos y el ruido de las burbujas cuando sirvieron las sodas.

—Ten —le dijo ella, entregándole un vaso.

Jake se separó de la puerta y Caitlin se dejó caer sobre una silla como si él la hubiera empujado. Lo observó mientras él también tomaba asiento y se llevaba el vaso a los labios.

—Bien… —empezó a decir la joven, sin saber cómo continuar.

—Me alegro de que hayas llamado —aseguró Jake, depositando su vaso sobre la mesa.

—El motivo de mi llamada no ha sido la obra —explicó Caitlin, en tanto, al mismo tiempo, trataba de controlar el temblor de su voz —. De eso podemos hablar mañana como estaba planeado. Te llamé porque… Se le hizo un nudo en la garganta y se vio obligada a tragar saliva.

—Oh, esto es ridículo. ¡Yo soy ridícula! Debes creerme demasiado voluble. Primero invento las reglas de no mantener relaciones personales contigo y después te llamo para que vengas a verme un domingo y casi salto de alegría cuando dices que vendrás de inmediato.

—Ese número lo dejé apuntado en el libreto a propósito —su

voz parecía reconfortante—. Lo sabes, ¿verdad? —Ella asintió por medio de un movimiento de cabeza—. Entonces piensa en que si eres voluble y te sientes como un yo yo, es porque yo no puedo dejar de tirar de la cuerda.

—Pero yo podría haber hecho caso omiso de ese número —musitó Caitlin.

—Gracias a Dios que no fue así.

Caitlin no pudo responder de inmediato. Un mechón de pelo rojizo escapó a la cinta con que lo sujetaba y entonces se lo echó a un lado con impaciencia; al volverle a caer de nuevo sobre la frente, se despojó de la cinta y se ordenó el pelo.

Peor que no saber qué decir, era el hecho de no poder dejar de mirarlo. Las mangas de su camisa gris claro y blanco las llevaba recogidas hasta los codos; y por el cuello asomaba el vello que cubría su pecho, lo cual era tentadoramente masculino. Caitlin desvió la vista hacia la ventana.

—Mírame, Caitlin.

—No creo que eso sea una buena idea.

—De cualquier manera hazlo.

Jake pensó que se había realizado un pequeño milagro cuando ella hizo lo que le ordenaba, mas la expresión de la chica no era muy alentadora, pues se parecía mucho a Hamlet al ver por primera vez el fantasma de su padre.

—No apruebo el modo en que me comporto respecto a ti —confesó Caitlin—. Mi mente actúa por voluntad propia y no puedo confiar en mis reacciones.

—¿Y es muy malo eso?

—Lo es para alguien como yo. Durante toda mi vida he luchado por tener mi vida controlada y tú haces que me sienta descontrolada por completo. Una persona diferente.

—Pero sola.

—Hay muchas mujeres que así son felices.

—No discutiré eso. Pero tú, Caitlin… ¿estás sola por deseo o por necesidad?

—¿Qué dijiste?

—Caitlin…

—No creo que debas llamarme así.

—Siempre te llamo así cuando pienso en ti, Caitlin. Bésame,

Caitlin. Y vayámonos a la cama…

—Si quieres parodiar a Shakespeare…

El rió con ganas.

—Mentís en fe; porque vos os llamáis Caitlin, hermosa Caitlin; algunas veces, maldita Caitlin. Pero siempre Caitlin, Caitlin, Caitlin…

—Basta.

Ella extendió una mano y presionó los dedos contra los labios de él. El contacto fue eléctrico y entre ellos pareció surgir una chispa. Caitlin trató de retirar los dedos, pero el hombre los capturó antes que pudieran escapar. Ella hizo un ligero esfuerzo por zafarse; sin embargo, todo fue inútil.

—Sigues inspirándote en Shakespeare.

—La primera regla de un escritor maduro es no plagiar nunca a Shakespeare, pues es muy fácil ser sorprendido.

—¿Existen otras reglas?

—Miles, y todas parecen haber salido de mi mente en este momento.

—Entonces tú tienes por lo menos la excusa de un lapso en la memoria; mientras que yo tengo todas mis reglas muy claras en la mente.

El bajó la vista y le tomó la mano.

—Así que volvemos a las reglas.

—¿Te importaría soltarme la mano?

El lo hizo, aunque de manera brusca, y ella se puso de pie con rapidez, cogió el vaso vacío de Jake y el suyo aún lleno y los dejó en el fregadero, donde casi los arrojó dentro. Después se volvió hacia Jake.

—¡No tiene sentido, Jake! —exclamó—. ¡Con nosotros no podrá funcionar!

—¿Y por qué nosotros somos diferentes a otras personas? Somos tan sólo un hombre y una mujer que se sienten atraídos el uno por el otro. Y ya que ninguno de lo dos tenemos otro compromiso, no veo por qué no…

—¡Pero es que sí somos diferentes! —protestó ella con frustrada urgencia—. Nuestra existencia transcurre en un mundo de sueños. Tú sabes a lo que me refiero, sé que lo sabes. Me gusta el teatro y no imagino la vida sin él, pero no se puede vivir con la cabeza llena

de sueños.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Ya sabes lo que sucede con cada nueva obra puesta en escena. Llega una a convivir tanto con el grupo de extraños, que estos dejan de serlo y se convierten en una familia. Una se entrega con todo su ser para que ese sueño cobre vida. Entonces, cuando el sueño se vuelve casi real, llega el final. Todo el mundo despierta y toma su propio camino.

Pasó los brazos por su propia cintura y lo contempló suplicante.

—¿Me explico? —añadió.

Jake sabía con exactitud de qué hablaba ella. La preparación de una obra era un tipo de luchas y de emoción. Y de esa emoción surgían a veces apasionados amoríos de abrumadora intensidad. Pero era muy triste que, una vez terminada la temporada, los participantes a menudo descubrían que la pasión entre ellos era sólo un recuerdo. La meta compartida había sido alcanzada, y ya era hora de cambiar de sueño… y de amorío.

—Te casaste con Spencer antes que terminara la temporada de su primera obra juntos, ¿verdad?

—Sí —respondió Caitlin, a la vez que levantaba la barbilla—. Y tú mismo fuiste testigo de mi crudo despertar una vez que terminó ese sueño. Darme cuenta de ello me hizo aprender la lección.

—Yo no soy Spencer Thomas. —Jake sabía que su comentario era bastante duro, mas no pudo evitarlo, ya que le dolió que ella lo considerara dentro de la misma categoría que el hombre que la había traicionado.

—Lo sé —protestó ella con vehemencia—. Mas… —En ese momento se oyó un fuerte zumbido procedente del patio de servicio —. Oh, cielos. Espera un minuto.

Se alejó con rapidez, y Jake permaneció, mientras tanto, con la vista fija en el lugar que ella había ocupado.

Cuando Caitlin trataba de desenvolver la ropa que tenía dentro de la lavadora, de pronto sintió sobre sus hombros las fuertes manos de Jake.

—Tienes mucha tensión acumulada —le dijo él y le empezó a dar un masaje.

Al sentir que aquella magia hacía desaparecer la tensión, ella giró la cabeza para facilitar el contacto.

—Dios mío. ¿Qué voy a hacer contigo?

Jake deslizó las manos alrededor de la cintura de la joven y la estrechó con fuerza.

—Ojalá lo supiera. Pero no será fácil librarte de mí —aspiró el aroma de su cabello—. Hueles a limón. Me encantan los limones.

Durante un momento sintió ella aquel delicioso contacto a su alrededor. Entonces él la tomó por la cintura y la mantuvo un poco separada, como si su cuerpo lo quemara. Sus manos se insinuaron bajo el borde de la blusa de Caitlin y sus dedos iniciaron una erótica caricia sobre su espalda. Caitlin sintió que la sangre le hervía.

—Me parece que esto es el comienzo de una seducción…

—No puedo negar que tal idea ha cruzado por mi mente —él inclinó la cabeza, apresó un mechón femenino entre los labios y tiró de el.

—Un centímetro más y te hago arrestar —aseguró ella con un profundo suspiro.

—Yo puedo esperar —musitó Jake con voz ronca—, hasta que tu boca me diga lo mismo que tu cuerpo.

Se separó de ella por completo, y Caitlin al instante se sintió despojada, pero no por mucho tiempo. Para que la sangre que tenía en las venas volviera a circular, ella cerró de golpe la puerta de la lavadora. Seleccionó el programa y se volvió hacia Jake.

—Deberías escuchar lo que dice mi boca, ya que la dirige mi cerebro. Mi cuerpo parece que recibe sus instrucciones de otra parte.

Los azules ojos de Jake brillaron.

—¿De una parte en la que no confías?

—Por irracional.

—Las mejores cosas en la vida no siempre son racionales. El goce, la risa, los filmes antiguos, el amor…

Ella se negó a seguir escuchando y lo esquivó con tanta agilidad como un gato callejero. Jake exhaló un suspiro y fue tras ella.

Seguir a Caitlin no era tan malo, pensó él al observar el movimiento de sus caderas.

Era una mujer pequeña, pero de silueta perfecta.

Cuando Caitlin llegó a la ventilada sala, tres peldaños más baja que el área del comedor, se volvió con tanta rapidez que inmediatamente se dio cuenta de qué parte de su cuerpo era la que

él miraba, y se ruborizó.

—Por favor, siéntate —le dijo a Jake, señalándole el ancho diván; ella hizo lo mismo en una silla mexicana de palma tejida. Se sentó con las rodillas juntas y las manos colocadas sobre el regazo.

Se contemplaron uno al otro; él con una sonrisa forzada, ella con la desaprobación que una seria bibliotecaria demostraría al encontrar una novela erótica en la sección infantil.

—¿De qué te ríes?

—Me preguntaba hacia cuántas habitaciones podrías escapar.

—No muchas. Dos dormitorios, dos baños, mi estudio.

Jake extendió los brazos por el respaldo del diván, mientras apreciaba la decoración del lugar.

Volvió la mirada de nuevo hacia Caitlin.

—Me gusta tu casa —le dijo—. Se parece mucho a ti.

—En realidad, pertenece a mi hermana Siobhan —explicó ella, de algún modo sorprendida por su tono—. Ella está en el negocio de bienes raíces y la consiguió a muy buen precio antes de casarse y mudarse a Arizona. Siobhan tiene un gusto excelente y siempre protesta al ver las cosas que yo traigo. Pero yo llevo dos años viviendo aquí sola, y casi todo lo que ves es mío.

—Casi todo lo que veo me gusta —las líneas alrededor de sus ojos se arrugaron de manera conmovedora, lo que hizo suspirar a Caitlin.

—No tengo ninguna idea sobre la razón de que te encuentre tan atractivo —al arquear él las cejas, ella se dio cuenta de que había pensado en voz alta—. Lo siento —dijo arrugando la nariz—. Como me ocurre con frecuencia últimamente, me he expresado con rudeza.

—No importa. Siempre y cuando dejes de huir.

—¿Es eso todo lo que pides?

—En este caso, sí.

—¿Y después?

—No voy a coaccionarte, Caitlin. No deseo de ti nada que no estés segura de querer entregar.

—¿Y el futuro?

—El futuro viene por sí solo.

—¿Hablas en serio cuando dices que no vas a coaccionarme?

—Sí.

—Es curioso, pero te creo.

Sus miradas se encontraron durante un momento y los dos quedaron en silencio, hasta que Caitlin declaró:

—Afuera tengo un homo. Y suficientes hamburguesas para dos personas.

—Yo tenía la esperanza de convencerte para que aceptaras mi invitación a comer en un restaurante de más clase que
Rusty's,
donde pudiera impresionarte. —Podríamos comer en
Lucy's
y tomar antes una copa.

—El lugar está bien, pero a mí no me gusta beber.

—¿Sabes? Creo que en realidad le tienes miedo a la bebida. Ya he notado que tomas un sorbo y la dejas. Quizá pienses que es peligroso.

—Cierto. Recuerda que me conociste borracho. Por eso prefiero no beber.

—Tienes razón, y respeto tu decisión, así como el valor que necesitaste para tomarla —entrelazó los dedos con los de él.

—Repite eso. ¿Qué dices que sientes por mí respecto a mi decisión?

—Respeto.

—Me alegra oír eso.

Lucy's
era un pequeño restaurante muy concurrido, y ellos tuvieron que esperar su turno, junto con artistas, políticos, músicos y otras personas, para que les asignaran una mesa. Cuando por fin la consiguieron, y se encontraron instalados en un reservado, pidieron comida al estilo mexicano.

La charla trató desde el principio sobre el trabajo de ambos en el teatro, y Jake aprovechó la ocasión para pedir que los actores se adaptaran a los diálogos escritos por él, sugiriendo diversos ejercicios.

—No te preocupes, Jake, así lo harán mis actores, por lo que si la obra fracasa, será sólo culpa tuya.

—Tus pecas relucen a la luz de las velas.

—Y si nos quedamos aquí más tiempo, el dueño tendrá derecho a exigirnos el pago de alquiler.

—Y tú tienes que regresar al teatro.
—Y yo tengo que regresar al teatro.

Capítulo 4

El anuncio de las audiciones apareció en el dramálogo el jueves como estaba planeado. Los ayudantes de Caitlin manejaban la avalancha de llamadas con admirable eficiencia. A las diez y media de la mañana de aquel viernes, el primer equipo de actores esperaba en el vestíbulo, mientras estudiaban el guión con evidente nerviosismo.

Para tomar una decisión sobre las personas que se contratarían, estaban reunidos Jake, Caitlin, Matthew y Erica. La última examinaba algunas brillantes fotografías, así como las solicitudes y antecedentes, pues ella era la ayudante de dirección.

En el escenario, Angie Downs, una pálida y esbelta chica, leía el monólogo de Frannie, a finales del primer acto.

—«Odio el otoño. Los árboles pierden todas sus hojas y sus ramas se ponen nudosas, iguales a las manos del abuelo en sus últimos años, torcidas y lastimadas, extendidas hacia el cielo… Oveja Negra.

—Buena cualidad —expresó Matthew con un murmullo entre dientes.

Al revisar el expediente, Caitlin recordó que en junio ya había presenciado una audición de esa joven, quien había actuado en varias producciones escolares y talleres teatrales, pero no en obras profesionales. «Tímida, muy femenina», decían las notas que la misma Caitlin había escrito en una esquina, despierta el deseo de protección.

—Gracias, Angie —dijo Caitlin al terminar la chica su lectura—.

Nos gustarla que participaras en una lectura en grupo. ¿Puedes esperar?

Una dulce sonrisa de felicidad iluminó el rostro de Angie.

—Por supuesto. ¿Debo esperar en el vestíbulo?

—Sí, por favor, y no dejes de estudiar el guión. La escena empieza en la página 60.

—De acuerdo —asintió Angie antes de retirarse.

—¿A quién propones para Eddie? —preguntó Caitlin a Erica, quien se había levantado para acompañar a Angie.

Erica le entregó una fotografía en tamaño
20 × 25
centímetros, de un joven de pelo oscuro y resplandeciente sonrisa.

—¿Qué te parece éste?

—Bien. Llámalo.

—A mí también me parece que él está bien —sugirió Jake con mucha calma.

El se encontraba apoyado con indolencia sobre el respaldo de su silla y dibujaba extraños jeroglíficos en su cuaderno de notas, el cual estaba forrado en piel.

—Tan sólo nos faltan las audiciones de treinta Frannies más —le recordó Caitlin con una sonrisa.

—Bien. Las veremos a todas y entonces contrataremos a la pequeña señorita Angie Downs.

—No tiene experiencia —manifestó Matthew con tanto desdén como si la joven padeciera una enfermedad letal.

—Vamos, Matt —expresó Caitlin—. La chica es buena y tu lo sabes.

—Caitlin, disculpa —dijo Erica, con un temor no característico de ella, desde la puerta.

Caitlin se volvió en su silla.

Tras Erica se encontraba un hombre de estatura media, vestido con ropa informal al estilo californiano, con un suéter de algodón echado sobre los hombros y con las mangas alrededor del cuello. Aunque tenía poco más de treinta años de edad, aparentaba veinticinco. Su piel tenía un agradable bronceado, mantenido con todo cuidado al controlar las horas de exposición al sol. Sus ojos eran marrones y en su boca aparecía una sonrisa forzada.

—Cielos. Es Spencer Thomas —musitó Matthew.

—Le dije que estábamos en audiciones, pero él dijo que a ti no te importaría —trató de explicar Erica.

Caitlin estaba segura de que su ayudante le había pedido a Spencer que esperara en el vestíbulo, mas era obvio que él no le había hecho ningún caso. Caitlin se puso de pie, pues ésta era en definitiva una situación que no estaría bien manejar sentada.

—Vi el anuncio del periódico —aclaró Spencer al acercarse y mirar a su alrededor como si fuera el dueño del lugar—. He venido a ver cómo van las cosas. Caitlin, estás maravillosa.

Le tomó la barbilla y la besó en la parte superior de la oreja derecha. Después de un ligero titubeo, le acarició el pelo, como si se tratara de un pequeño cachorro.

—Te has cortado el cabello —añadió—. Me encanta cómo te queda —se volvió hacia Matthew, quien ahora también se encontraba de pie—. Matthew, hacía años que no nos veíamos —extendió una mano y Matthew correspondió—. Es extraño que nunca hayamos trabajado juntos, conociendo los dos a cierta persona —dirigió la mirada hacia Caitlin.

—Sí. Bueno —tartamudeó Matthew al soltar la mano de Spencer.

Jake no se había molestado en ponerse de pie.

—Spencer —murmuró con evidente indiferencia.

—¡Jake! —la sonrisa de Spencer se hizo aún más amplia—. Es bueno volver a verte.

Una vez concluido el ritual de efusivos saludos, Caitlin no sabía qué hacer, pero Matthew se hizo cargo de la situación con firmeza.

—¿Qué podemos hacer por ti, Spencer?

—Quisiera leer el papel de Eddie.

Aunque Caitlin ya se encontraba preparada para oír una cosa así, se sintió descontrolada.

—En caso de que aún no te hayas dado cuenta, te informo de que dirigiré yo —dijo con tanto tacto como pudo.

—Nosotros siempre trabajamos bien juntos —contestó él con sorprendente atrevimiento.

—Si leíste el anuncio —dijo Caitlin, con un esfuerzo por tratar de no parecer sarcástica—, recordarás que se refería a las personas que ya tienen solicitud en nuestros archivos.

Matthew chasqueó la lengua.

—Vamos, Caitlin, esas pequeñeces no cuentan entre nosotros.

Ella apretó la boca. Más tarde le diría unas cuantas cosas a Matthew, mas no delante del reptil con quien había estado casada alguna vez. Dirigió una rápida mirada de soslayo hacia Jake, pero él mantenía una expresión inescrutable en el rostro.

Mientras Matthew le daba instrucciones a Erica para que le entregara a Spencer un guión para que lo estudiase, Caitlin se calmó lo suficiente para darse cuenta de que éste era el mejor modo de manejar el asunto. Permitirle una audición, y después decirle las famosas palabras: Muchas gracias. Nosotros te llamaremos.

—¿Qué otra cosa podía hacer, querida? —le preguntó Matthew a Caitlin poco después, y ella sonrió tranquilizadora.

—Has hecho lo correcto y es en momentos así cuando me doy cuenta del motivo por el que formamos un equipo.

—Ajá, y así él nunca podrá quejarse de que no quisimos darle una oportunidad.

—No celebren el triunfo tan pronto —advirtió Jake—. Spencer Thomas es un actor magnífico.

—¿Cómo es posible que lo defiendas? —protestó Caitlin.

—Fíjate en que no digo que sea un magnífico ejemplar humano. Si resulta ser el mejor, ¿qué es lo que vas a hacer?

—No lo será —respondió ella con frialdad—. Eddie es un dulce y larguirucho chico campesino, Spencer no cumple con los requisitos.

—Yo sé lo que es Eddie. Recuerda que yo escribí la obra. Y también sé que Spencer Thomas es capaz de lograr lo que se proponga. —Jake sonrió de aquel extraño modo tan suyo.

Caitlin ya no discutió más, pues estaba segura de que sería inútil intentar convencer a Jake.

Lo peor fue que sus palabras resultaron proféticas. Cuando una hora después, Spencer empezó su lectura del monólogo de Eddie, Caitlin sintió un nudo en el estómago, claro síntoma de miedo, pues Spencer con toda facilidad se metió dentro del personaje. Muchos actores buenos perdían papeles importantes por la sencilla razón de no saber leer bien y de necesitar tiempo de ensayo para captar la esencia de lo que tenían que decir. Spencer no tenía ese problema.

Entre el resto de ese día y el sábado, escucharon a otros treinta y cinco actores para el papel de Eddie. Mas a pesar de que algunos eran muy buenos, todos palidecían al lado de lo que Spencer había

hecho.

Por lo tanto, se decidió que lo justo era concederle una nueva entrevista. El temor de Caitlin aumentó hasta convertirse en un iceberg. Matthew parecía preocupado, y ella adivinó que era porque recordaba que los dos, Spencer y Caitlin, habían trabajado muy bien en el pasado.

Jake se comportaba como si la cálida cercanía que habían compartido antes hubiese sido un producto de la hiperactiva imaginación de Caitlin. El no había dicho nada, pero estaba fuera de contexto, y daba la impresión de que el hombre que había citado a Shakespeare en su cocina hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Ella lo extrañaba. El domingo sintió tantas ganas de llamarlo que casi se decidió a hacerlo. Pero la invisible barrera que él había levantado entre ellos parecía insalvable. Tal vez Jake tuviese razón y lo mejor fuera dejar las cosas como estaban hasta que se solucionara el problema de Spencer.

Caitlin trató de no pensar en Spencer. Cruzó los dedos como niña supersticiosa y pidió el egoísta deseo de que su ex marido fallara en su segunda lectura.

Su deseo no le fue concedido. Con tiempo suficiente para estudiar su parte, Spencer resultó aún mejor. La pequeña y apasionada escena que leyó con Angie Downs como Frannie convencería al más duro cínico de que el hombre podría salvarse por amor.

Matthew se aflojó la corbata mientras Spencer se retiraba y le dirigió a Caitlin una mirada con la que expresaba que eso lo decidía todo.

Terminadas las audiciones, se tomaron una hora para comer, pues ya eran las siete de la noche y todo el mundo desfallecía de hambre. A las ocho volvieron al teatro para la decisión final.

—Bien, entonces ya está —dijo, Matthew dos horas después—. Crystal Logan para Nadine. Sol Spicer para Clyde —a Caitlin le había agradado la elección de esas personas, pues las conocía y le gustaba trabajar con ellas—. Angie Downs representará a Frannie —continuó Matthew a regañadientes. Tanto Caitlin como Jake habían respaldado a esa chica, a pesar de ser una virtual desconocida—. Y ahora llegamos a Eddie.

Caitlin no podía capitular sin luchar.

—Varios actores se han desenvuelto muy bien en ese papel. En especial Tim Sailway.

—Das patadas de ahogado, Caitlin, pues la elección es muy clara. El meollo del asunto es si podrás trabajar con él.

—Matthew… la última vez que lo dirigí, la situación era muy diferente.

—Cierto, pero dime algo. ¿Era responsable como profesional? ¿Llegaba a tiempo a los ensayos? ¿Aceptaba bien las órdenes? ¿Causaba algún problema con los otros actores?

—Matthew, lo que tratas de hacer es arrinconarme contra una pared.

—¿Fue difícil trabajar con él?

—Es temperamental, pero eso no es raro en un actor.

—Ajá.

—Tal vez no pueda dedicarnos todo el tiempo que se requiere. Creo que en la actualidad trabaja en una obra todavía en cartelera.

—Ya ha terminado. Y quiere trabajar con nosotros.

—¿Y bien, Jake? —preguntó Caitlin, mirándolo a la cara.

—Bien, ¿qué?

—Tú eres el escritor. ¿Tienes algo que decir?

Tanto el suéter de cuello de tortuga, como los pantalones y las botas de Jake eran color negro, lo que a los ojos de Caitlin lo hacía aparecer una oscura silueta, cuya tenebrosidad era aliviada sólo por los adornos de aquellas botas de vaquero.

—Lo que digo es que yo mismo trabajé con él en una ocasión e hizo su trabajo bastante bien —sonrió con sarcasmo—. Esa vez, el problema estuvo en la obra misma. No me es muy simpático, pero no está bien que tratemos tan sólo con personas que sí nos lo parecen. Digo que él es el mejor hombre para este trabajo. Mas quien debe hacer la selección eres tú. Si crees que no puedes trabajar con él…

—¿Qué quieres decir? —La voz de la joven fue más fuerte de lo que intentaba.

—Que, dada la relación que hubo entre ustedes, quizá no quieras tratar con Spencer más de lo necesario. Los conflictos no resueltos podrían afectar tu trabajo.

—¿No resueltos? Nada quedó sin resolver.

—Si tú lo dices… —La voz de Jake resultaba insultante.

—Tú eres quien debe decidir —confirmó Matt.

Ambos hombres la miraron. Eran dos contra ella, más Caitlin reconocía que era ella quien tenía decisión en sus manos. Necesitaba estar sola durante un momento, así que subió al escenario y se sentó en la orilla.

Trabajar con Spencer sería molesto, pero ella estaba segura de poder manejar la situación. Lo que le parecía terrible era tener que tratar con él y con Jake al mismo tiempo. La situación era difícil. Las puertas que daban hacia el estacionamiento se encontraban abiertas, y la brisa que penetraba por ellas y agitaba el pesado telón negro de fondo era fría y húmeda.

Caitlin contempló las dos figuras que en silencio se encontraban tras la mesa.

—De acuerdo. Lo liaremos como quieren. Spencer Thomas será Eddie.

Una brumosa lluvia ya había empezado a caer cuando Caitlin subió a su coche para irse a casa, mas la llovizna arreció por el camino y los distantes relámpagos fueron seguidos por el retumbar de los truenos. Caitlin pensó que se trataba de una ligera tormenta de otoño, que después de tanto calor, resultaba agradable. El corazón de Caitlin dio un vuelco al ver el coche negro de Jake estacionado frente a su casa. Al levantar la mirada, lo vio a él esperándola con paciencia bajo el dintel de estuco y tejas. La luz de la puerta lo hacía parecer una silueta agazapada en una trinchera. No se molestó en bajar la ventanilla y pedirle que se fuera, pues sabía que sería inútil, ya que, sin importar lo que ella dijera, él no se iría. Ya en el sendero para vehículos, pulsó el botón que abría la puerta del garaje. Después de estacionarse, entró en la casa por la cocina, pero se mojó un poco al cruzar el patio trasero. Cuando dejó su portafolios y su bolso sobre la mesa de la cocina, encendió la luz y vio a Tartuffe sentado al lado del refrigerador, contemplándola a ella de modo altanero. Quería su comida, y la quería en ese momento.

—Debería hacerlo esperar mientras te alimento —le dijo Caitlin al gato—. Pero podría sufrir una pulmonía. En ese caso, tú te sentirías culpable, y yo no podría soportarlo. —Tartuffe no dejaba de mirarla. Caitlin sabía que si él pudiera hablar, le diría que no se

arrepentiría de nada—. Volveré dentro de un minuto, te lo prometo.

Atravesó la sala y acudió a abrir la puerta. Llovía más fuerte y el agua empezaba a escurrir bajo el dintel. Caitlin se hizo a un lado para permitirle la entrada a Jake, quien olía a humedad.

—Allí puedes colgar tu abrigo y tu sombrero —le indicó por fin. El obedeció, pero antes cerró la puerta.

Después se volvió hacia Caitlin y la recorrió intensamente con la mirada. El suéter negro acentuaba los agudos planos y ángulos de su rostro depredador.

—Cuando te vi afuera —dijo ella con cierta timidez—, me pareciste un personaje de una película de espías.

—Me preguntaba cómo podría impedir que sonaran las alarmas.

Caitlin se volvió hacia otro lado, pues pensaba que lo más importante para ella en ese momento era evitar esa penetrante mirada.

—Tienes todo bien cerrado —añadió asiéndola de un brazo para acercarla a su lado, mientras que con la otra mano le acariciaba el pelo—. La suavidad de un capullo y la intensidad del fuego —enredó un rizo alrededor de su dedo índice—. Tan fino como el pelo de un bebé. Y se riza cuando se humedece —deslizó la mano por entre el cabello hasta llegar a la nuca.

Luego se dirigieron hacia la cocina y Caitlin levantó a Tartuffe en brazos. Jake le hizo una caricia al gato, quien parecía muy contento.

—Por una extraña y desconocida razón, pareces simpatizarle —declaró Caitlin—. Suele ser muy selectivo.

Jake la miró con expresión interrogante. De pronto, se inclinó y posó sus húmedos labios sobre los de ella, apoderándose de su labio inferior con los dientes.

Al sentir que el pulso se le aceleraba, Caitlin hizo un gran esfuerzo para recordar que era el mismo hombre que la había tratado con tan frío desinterés desde el último viernes. Cuando levantó la cabeza, Jake la besó en la punta de la nariz y la soltó.

—No debí dejarte entrar —aseguró ella, mas su voz carecía de la firme convicción que intentó darle.

—Pero ya estoy dentro…

Tartuffe empezó a retorcerse, así que Caitlin le permitió deslizarse hacia el suelo, observándolo mientras lo hacía; después

volvió a mirar a Jake.

—El gato tiene hambre —dijo.

—Pues entonces dale comida.

—De acuerdo —hizo un ademán con una mano hacia la sala—. Siéntete como en tu casa.

—Así lo haré.

Mientras Caitlin servía la comida de Tartuffe en su plato especial, oyó música procedente de la sala. Sin querer, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Billie Holiday. La clase de música adecuada para curarse las heridas durante una noche oscura y tormentosa. Música para la gente que sabe lo que es el amor, pero que no obstante desearía no saberlo. Era la melodía perfecta para una noche como ésa. Casi deseó que él hubiera escogido otra cosa. Después de darle de comer al gato Caitlin se dirigió hacia la sala. Jake se encontraba sentado en el diván y tenía entre las manos una pantera de cerámica negra, la cual examinaba. Al oír aproximarse a la joven, colocó de nuevo la figura en el centro de la mesa.

—Siéntate a mi lado —le dijo—. Quiero estar cerca de ti.

Caitlin permaneció donde estaba, dando tirones nerviosos a las mangas de su cardigan amarillo hasta que se le deformaron los codos.

Miró a su alrededor. El había apagado la luz del techo y encendido las pequeñas lámparas que se encontraban cerca del diván. La lluvia golpeaba en los paneles de las ventanas. *Lady* Day cantaba «Soy una tonta por quererte» con voz grave y curiosa.

—¿Vas a quedarte ahí de pie toda la noche, mirándome como si fuera algo que tu gato ha recogido en el patío?

—Intentaba averiguar qué es lo que sucede aquí.

—Es hora de que hablemos de esto —fue el implacable comentario de él.

—De acuerdo —añadió ella y se sentó con todo cuidado al otro extremo del diván.

—Trataba de no presionarte —explicó Jake con suavidad acercándose un poco hacia ella.

—¿Acerca de Spencer? —preguntó Caitlin a la defensiva, y Jake asintió con un movimiento de cabeza—. Pero sí me presionaste. Lo hiciste para que se le contratara a él.

—¿Crees que me equivoqué?

—No, en realidad fuiste justo —ella trató de no manifestar su furia—. Spencer es muy buen actor y estoy emocionada ante la perspectiva de volver a trabajar con él.

—Te burlas, Caitlin —se acercó aún más a ella, pasó un brazo por el respaldo del sofá y con el dedo índice empezó a tocar la nuca de Caitlin. Cuando ella se puso un poco rígida, aquel leve contacto desapareció.

—Nunca me has dado suerte —protestó ella con vehemencia, al expresar al fin sus verdaderos sentimientos—. La primera vez que te vi, se desintegró mi matrimonio.

—¿Por mi culpa?

—Déjame terminar —le pidió con sequedad—. Cinco años después has vuelto a aparecer, ¡y en un instante me haces olvidar las reglas que han gobernado mi vida!

Caitlin se quitó los zapatos y subió las piernas al sillón, de manera que las rodillas quedaron bajo su barbilla y pudo sostenerlas con los brazos. Al hablar, sus palabras no parecían salir con mucha seguridad.

—Pero está bien, me digo. ¡Estoy a punto de enamorarme! Entonces Spencer irrumpe en escena. Y tenemos que ser justos. Hay que darle una oportunidad. Y así lo hacemos. Matthew y tú ponen en duda mi capacidad y juicio y me convencen para que lo elija. Después vuelve Jake, el maravilloso individuo del que estoy a punto de enamorarme. Entra aquí, atenúa las luces y pone a Billie Holiday. Supongo que ya no te preguntarás por qué he hablado en tono burlón.

—Creí que tú eras quien me evitaba.

—Sí, claro —le dirigió una mirada de soslayo, pero su expresión no mostró nada.

—Ésta es una situación incómoda para ambos —declaró Jake con cuidado. La luz de la lámpara que se encontraba tras él formaba un halo alrededor de su pelo.

—¿Incómoda? A mí me parece imposible. No puede haber nada entre nosotros si está él.

—¿Por qué no?

—Porque es algo sórdido.

—Estáis divorciados. El no tiene ningún derecho sobre ti. ¿O sí?

—Por supuesto que no —siseó ella.

—¿Estás segura? Tal vez aún te sientas atraída hacia él.

Caitlin se incorporó como un resorte y se puso de pie.

—No digas estupideces.

El le dirigió una fría mirada.

—¿Por qué? ¿Es o no es así?

Hubiera sido muy fácil decirle que no era su ex marido quien la atraía, sino él, pero no podía hacerlo. Al menos, aún no había llegado el momento oportuno para hablarle sinceramente de sus sentimientos.

—Apuesto a que fuiste uno de esos niños a los que les gusta arrancarles las alas a las moscas.

El no respondió, sólo la miró. Caitlin le dio la espalda y, sin zapatos, se acercó a la ventana. Lo oyó levantarse y aproximarse a ella con suma cautela y paso ligero. Aunque en el interior de la habitación no hacía frío, Caitlin se estremeció y cruzó los brazos. Cuando Jake habló, ya se encontraba justo detrás de ella.

—Siempre fui un niño muy excéntrico, pero jamás me gustó torturar a los animales.

El cielo se iluminó y en seguida volvió a oscurecerse. Unos segundos después, se escuchó el distante sonido de un trueno.

—¿Se supone que con eso debo quedarme tranquila?

Otra vez surgió una luz, aunque más lejos. El consiguiente trueno fue más leve, pero de algún modo más aterrador.

—¿Has quedado en paz con él, Caitlin?

Ella no se volvió.

—¿Y quién eres tú para preguntármelo?

El ignoró la pregunta.

—¿Acaso sientes cierto remordimiento, por no haber intentado salvar la situación, o es que tu orgullo se encuentra herido por haberte casado con él?

Caitlin consideró que estaba atrapada. Trató de escapar, pero él se lo impidió.

—No, Caitlin. Esta vez tenemos que afrontar la verdad.

Ella estaba furiosa.

—¿Es que ahora te has vuelto moralista? ¿A ti qué te importa?

—Mucho. Todo lo que se refiere a ti me importa demasiado.

—Pues tienes una extraña manera de demostrarlo.

El sonrió con paciencia.

—No tengo experiencia en esto, pero trato de aprender con la mayor rapidez posible. No quiero que Spencer se interponga entre nosotros.

—Por eso me presionaste para contratarlo. ¡Vaya sensatez!

—De cualquier manera lo habrías contratado. Tú siempre juegas limpio, a pesar de lo que desees y él se lo merecía. Pero de ninguna manera debes permitir que se interponga entre nosotros. Libérate de él, Caitlin.

Caitlin se puso las manos, con los puños cerrados, sobre las caderas.

—¿Qué sabes tú? ¿Acaso alguna vez le has entregado el corazón a alguien y has visto cómo esa persona lo pisotea? No tienes ningún derecho a hablar de esto. Nunca te has visto en una situación similar tú mismo. Escribías tus obras, te ahogabas en alcohol y luego no podías ni recordar los nombres de las mujeres que se acostaban contigo.

En ese momento, en los ojos de Jake apareció un brillo peligroso. Extendió las manos y la asió a ella por los antebrazos. En un esfuerzo por liberarse de él, Caitlin acercó los brazos a su propio cuerpo, mas él no la soltó.

—¿Es eso lo que en verdad piensas de mí?

Ella abrió mucho los ojos al notar el dolor tras la frialdad de aquella voz. Lo había lastimado cruelmente y estaba muy arrepentida.

—Lo siento. Ese comentario es imperdonable. Y no, no creo que seas así.

El la contempló por un momento y luego la soltó.

—Qué sentido tiene —musitó dándole la espalda a Caitlin.

—¡Jake! Por favor; de ninguna manera creo eso —extendió una mano y lo asió por el brazo. El se volvió de nuevo hacia ella.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—No lo sé. Supongo que porque la intensidad de lo que siento hacia ti me ha llegado a asustar. Porque yo… porque yo… —no supo cómo continuar, mas no hubo necesidad.

El pronunció su nombre con voz ronca y la estrechó entre sus brazos. De inmediato, Caitlin sintió que todas sus dudas y temores desaparecían y, con un suspiro de honesto anhelo, apoyó la cabeza en el pecho de Jake y le echó los brazos al cuello.

Capítulo 5

Al principio, Caitlin sintió sólo el puro goce de encontrarse entre los brazos de ese hombre y de estrecharlo así. Mas de manera gradual se dio cuenta de otra cosa. Frotó la mejilla contra la suavidad de su suéter, aspiró su aroma y percibió su excitación. El también pareció experimentar el cambio pues el corazón empezó a latirle con más fuerza. Caitlin tragó saliva y deslizó las manos hacia abajo para presionar su cuerpo contra el de él. Jake levantó la cabeza. Y sus miradas se encontraron. A ella se le hizo un nudo en la garganta y sintió que se ahogaba. Por fin, pudo respirar.

Suspiró profundamente, viéndose obligada a reconocer que deseaba a ese hombre más que a nadie en el mundo, aunque se alegraba de contar con la presencia de Spencer para lograr esconder sus emociones.

Los brazos de Jake aún la estrechaban, pero sus ojos la observaban con cautela, a la vez que en su boca se formaba una mueca de amargura.

«El no sabe qué hacer conmigo», pensó. «Me desea, mas me teme a mí tanto como yo a él». «Dentro de un momento se alejará de mí y empezará a hablar de cualquier otra cosa». Por cierto, ¿de qué hablaban?

De pronto, Caitlin se dio cuenta de que él la soltaba.

—¡No me sueltes! —se atrevió a pedir. El asombroso descubrimiento de ese poder sensual era demasiado aturdidor, demasiado hermoso, y demasiado perfecto para perderlo. Su mano se elevó para sentir la leve aspereza de la incipiente barba de sus

mejillas.

Al sentirlo estremecerse, su cuerpo respondió, acercándose aún más al de él.

—¿Sabes lo que haces? —preguntó Jake, a punto de perder el control.

Ella trazó con los dedos el contorno de los labios masculinos y Jake le dio un suave mordisco, lo que provocó en Caitlin un ligero estremecimiento.

—¿Deseas que me detenga? Porque yo no quiero hacerlo.

—Tenemos que hablar de esto —murmuró él, aunque ella sospechó que más para sí que para ella.

—Existen otras formas de hablar, además de las palabras —contestó ella con voz ronca.

Jake tembló y un extraño sonido salió de sus labios.

Caitlin volvió a echarle los brazos al cuello y escondió el rostro contra la sólida fuerza de su hombro, pues de súbito se sintió incapaz de mirarlo a los ojos, ya que, bajo el creciente calor de este hermoso y mágico deseo, supo que lo que quería de él estaba muy lejos de ser aconsejable. Era demasiado pronto y quedaban muchas cosas por resolver.

Jake, con una mano la asió por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza, mientras con el dedo pulgar le hacía pequeñas y tiernas caricias circulares sobre la mejilla. Esa boca, de una incomparable dulzura, la obligó a abrir la suya para él.

Caitlin, demasiado abrumada por la sensación, emitió un gemido. No deseaba pensar en el futuro, al menos durante esa noche. Vagamente, se dio cuenta de que el disco colocado en la consola había terminado. En ese momento Jake la llevó hacia el diván, sentándose ahí y colocándola a ella sobre su regazo.

Pero no permaneció quieta. Con una sonrisa en en los labios, se deslizó y retorció, con lo que interrumpió el beso. Al sentir el contacto de ella en la parte inferior de su cuerpo, la respiración de Jake se aceleró y del fondo de su garganta surgió un sonido estrangulado. Entonces Caitlin bajó hasta el suelo y se puso de rodillas, con un brazo a lo largo de los muslos de él. La joven volvió a mirar hacia arriba y vio que la tenue luz de las lámparas provocaba sombras en la habitación. A Jake le latía el pulso en una de sus sienes y en sus ojos apareció un extraño brillo.

—Vayámonos a la otra habitación —dijo Caitlin poniéndose de pie y dándole la mano a él, para conducirlo después por el vestíbulo.

Ya en su dormitorio, le soltó la mano. Jake permaneció en la puerta, mientras ella encendía la lámpara de la mesita de noche.

La habitación era su paraíso, con sus brillantes colores en las paredes y su sencillo mobiliario. Caitlin quitó con gran cuidado de la cama la manta india que la cubría y pensó que ésa sería la primera noche que se metería con alguien más entre aquellas sábanas. Sobre el lecho, en la pared, colgaba una apreciada pintura Earl Biss, que representaba una tribu india que cabalgaba bajo una fuerte tormenta.

Caitlin se volvió de nuevo hacia Jake, quien se sentó en la mecedora cercana a la puerta, la cual rechinó. La mirada de Caitlin permanecía fija en la de él. La joven se despojó de su suéter, y luego, lenta, pero firmemente, se quitó la blusa y los pantalones. Su ropa la dobló para depositarla sobre la silla que tenía a los pies de la cama. Entonces se incorporó y se enfrentó a Jake con orgullo, sin la menor timidez.

El recorrió su cuerpo con una ardiente mirada y luego volvió al rostro. Caitlin se sentó en el borde de la cama mientras, hipnotizada, lo observaba quitarse las botas y los calcetines.

Jake volvió a ponerse de pie. Tras él la mecedora chirrió una vez más. Jake cruzó los brazos y se quitó su suéter tirando de él por los laterales.

Al notar que no llevaba ninguna prenda de ropa bajo aquel suéter, Caitlin sintió un estremecimiento en la boca del estómago. Pero cuando Jake empezó a desabrochar los botones de sus vaqueros, la sensación erótica fue increíble y Caitlin sintió que el piso se hundía a sus pies. Cuando quedó solo en calzoncillos, a ella se le secó la garganta y tuvo que tragar saliva.

El dejó de desnudarse y la observó a ella con una intensa mirada en la que se reflejaba un franco deseo. Pero también algo más. ¿Qué sería?, se preguntó Caitlin. ¿Una duda? ¿Quizá la evidencia de que ella aún no estaba preparada para enfrentarse a la situación en que se encontraba? Fuera lo que fuere, Caitlin se estremeció y se retorció poniéndose tensa, como una persona que es despertada con brusquedad y al darse cuenta de que se encuentra en un lecho

desconocido, se pregunta cómo ha llegado allí.

—Ven aquí, Caitlin.

Ella enderezó los hombros y cruzó sus esbeltas piernas.

—¿Sabes? Me pasa algo muy extraño. Yo… Unas veces me siento muy segura de mí misma, de esto, de… ti. Y otras…

—Te he dicho que vengas aquí.

Algo temblorosa, lo más que logró Caitlin fue ponerse de pie.

—Cinco pasos, Caitlin. Aquí, conmigo.

Ella los dio, tan cuidadosamente como un gato nervioso.

El extendió un dedo y lo deslizó sobre de su cuerpo, dejando una senda ardiente a su paso, lo cual provocó en Caitlin un intenso temblor; luego permaneció quieta, mientras Jake la despojaba de la camiseta.

Al sentirse observada, Caitlin levantó los brazos para cubrirse.

—No, no cruces los brazos. Permíteme mirarte, Caitlin. Déjame ver todos los lugares que voy a tocar.

El parecía muy relajado y, fueran cuales fueran sus dudas, no iba a dejarse dominar por ella.

Y ella… ella lo había conducido con atrevimiento a su dormitorio y se había quedado en ropa interior con tanta desfachatez como si desvestirse frente a Jake fuese algo muy natural. Volvió la vista hacia sus pequeños senos.

—No soy muy voluptuosa que digamos, ¿verdad? —Al darse cuenta de que esas palabras habían salido de su boca, sintió una profunda vergüenza. Jake extendió una mano hacia ella—. ¡No! Por favor, yo… Oh, ¿qué es lo que hago? —Evitó mirarlo a los ojos y deseó que en ese momento se la tragara la tierra—. No sé cómo hacer esto —confesó. ¿A quién creía que engañaba?—. Hace años que no lo hago. Y cuando sucedió… ¡no fue nada bueno!

Entonces se obligó a sí misma a mirarlo directamente a los ojos y descubrió que su expresión era tan inescrutable como siempre. De súbito, en los ojos sintió una cálida y ardiente presión y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Se sentía completamente humillada.

Sin hacer ningún sonido, Jake se movió con increíble rapidez, sin que ella percibiera lo que sucedía. Sin apenas darse cuenta, la joven se encontró en los brazos de él, que estaba sentado en la orilla de la cama.

—Yo… nunca lloro. No sé qué me está ocurriendo.

Jake le acarició la espalda desnuda y la meció con delicadeza, como si se tratara de un niño, musitando a su oído palabras tranquilizadoras.

—Está bien. No te preocupes. Deja que todo salga a flote.

—Todo iba bien. Maravilloso. Como debía ser… hasta que me percaté de que te darías cuenta.

—¿De qué?

—Pa… pañuelos de papel por favor —dijo entre hipos, haciendo un ademán hacia la pequeña caja que se encontraba sobre la mesita de noche. El le entregó un puñado—. No soy buena para llorar —añadió al tiempo que se limpiaba.

—Sí, lo eres —gruñó él—. ¡Eres una llorona de la mejor clase! ¡Sí, señor!

—¿Yo?

—Sí, tú —con una mano le dio un masaje en el cuello. Con la otra, le enjugó una lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—Dices eso porque eres muy bondadoso. Mi… —Se sonó una vez más y se frotó la nariz—… mi nariz se me pone tan roja como un tomate maduro, los ojos se me hinchan y… el ruido que hago parece el graznido de un pato. ¡No te atrevas a reírte!

Pero él lanzó una carcajada cayendo sobre la cama, junto con Caitlin. De pronto, ella también empezó a reír y se incorporó con la intención de manifestar un semblante compungido, pues se dieron cuenta de que estaban desnudos de la cintura para arriba, con sus cuerpos muy juntos.

—Señorita Caitlin
O'Neill,
es usted muy hermosa. Y la deseo más que a nadie en el mundo.

—Ah, ¿sí? —dijo ella cayendo por completo sobre él.

—Pero antes vas a decirme… —Ella se sobresaltó y él se detuvo y la estrechó con más fuerza—. Vas a decirme qué era lo que temías que yo averiguara.

—Jake, por favor.

—No. Quédate donde estás. Muy cerca. Tocándome, así.

—Detente.

—Entonces dime.

—No he hecho esto desde…

—Spencer.

—Sí, desde que estuve casada con Spencer. Y con él, al final fue como si yo estuviera muerta.

—¿Fue siempre así?

—Jake, ¿realmente es necesario pasar por todo esto?

—Creo que conoces la respuesta.

El pareció comprender entonces que la extrema intimidad de sus cuerpos sería ahora demasiado para ella. Con gran cuidado la acomodó a su lado para que quedaran uno frente al otro y entonces le dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Te sientes mejor?

—Mmm…

El esperó. Durante un momento a Caitlin no se le ocurrió qué decir, pero ese instante pasó y descubrió que necesitaba hablar de aquella dolorosa época.

—No —dijo por fin—, no siempre fue como si yo estuviese muerta. Al principio estuvo… bien. Quizá no todo lo que yo había soñado. Algo formal. Pensé que eso mejoraría y que lo que pasaba era causa de nuestra timidez —lanzó una risa burlona—. Creía que haríamos el esfuerzo juntos. No me di cuenta de que Spencer Thomas no lucharía por el sexo. ¿Por qué iba a hacerlo, si con un solo movimiento de dedo podía tener a casi cualquier mujer que deseara?

Caitlin hizo una pausa y luego añadió:

—He llegado a pensar que a él casi le gustaba la idea de que las relaciones conmigo no fueran bien. Después de todo, si no era buena esposa en la cama, podía justificar el hecho de buscar satisfacción en otro lado. Podía tener todas las mujerzuelas que quisiera y, al mismo tiempo usarme a mí como pretexto si alguna de sus amantes con quienes se acostaba exigía algo más que atención por una noche.

Un ronco gemido escapó de su garganta, se volvió boca abajo y se incorporó, apoyada en los codos, para quedar con la vista fija hacia el frente.

—Es muy buena la pintura que tienes colgada encima de la cama —hizo notar Jake con calma—. Pero sería mejor que la contemplaras después. Desearía que ahora me miraras a mí.

—No puedo. Es demasiado humillante.

Con ternura, él la asió por la barbilla para obligarla a mirarlo.

—No fue culpa tuya, Caitlin. ¿Me escuchas? Tú no fuiste mujer a medias. El fue quien no supo ser un hombre completo.

En los labios de ella empezó a formarse una trémula sonrisa. La firme convicción en la voz de Jake y la tranquilidad con que le sostenía la mirada la indujeron a seguir hablando acerca de aquella vieja herida.

—El… él acostumbraba decir a todas aquellas mujeres que nosotros estábamos separados. Ése era su estilo.

Tragó saliva e hizo el esfuerzo de seguir adelante.

—De todo esto me enteré, porque una noche en que fuimos a una fiesta, una de esas mujerzuelas casi se atrevió a insultarme por haber asistido en compañía de Spencer, pues él le había dicho que estábamos separados. Todo el mundo oyó lo que ella decía. Yo permanecí callada, limitándome a mirarla hasta que se fue. Cuando pude hablar con Spencer, lo interrogué acerca de ello, pero él lo negó todo. Desde entonces, no sentí nada cuando me tocaba. Al terminar la obra en que yo trabajaba entonces, me vine aquí, a Los Ángeles con mi hermana. Después pensé que había sido injusta con él y volví sin avisarle para sorprenderlo.

—Y lo encontraste acostado con otra mujer —terminó Jake por ella—. No fue culpa tuya.

Ella se sentó, con las piernas dobladas bajo su cuerpo.

—Mi error estuvo en no darme cuenta desde el principio de la clase de hombre que es él. Vano y complaciente, pagado de sí mismo. Sólo lo vi como un genio al que admiraban todas las mujeres, y me emocioné cuando empezó a cortejarme. Creí que mi sueño se había hecho realidad, Jake. Desde que era una niña pequeña y realizaba producciones con mis compañeros y compañeras de juegos, supe a qué quería dedicar mi vida. Compartida con el hombre perfecto. El llegaría algún día y sería apuesto e inteligente y nuestra felicidad perduraría siempre, al lado de los hijos que tuviéramos.

—¿Y qué tiene de malo ese anhelo? —Jake no desvió la mirada de ella ni un solo momento.

Caitlin emitió un gruñido.

—¡Es una chiquillada! Es un tonto e imposible sueño infantil color de rosa. Las cosas no suceden así en la vida real.

—Tu sueño no tiene nada de malo, Caitlin. Sólo que escogiste

mal al individuo con quien compartirlo. Te diste cuenta de tu error y te divorciaste. Así de sencillo.

Caitlin advirtió que todo lo que decía Jake tenía sentido, pero para ella prevalecía el hecho de que había confiado en un hombre que no era merecedor de su confianza. Desvió la mirada, a la vez que pensaba en lo que él acababa de decirle. De pronto, sintió que la cama se movía, por lo que levantó la cabeza y miró a Jake, que estaba agarrando su suéter.

—¿Te vas? —En la pregunta había una nota suplicante, que ella no tuvo ningún deseo de disimular.

—Creo que es lo mejor —sacudió el suéter.

—Por favor. No te vayas —se acercó al borde de la cama, le quitó el suéter y lo arrojó sobre una silla. Entonces tomó a Jake de una mano y lo hizo recostarse a su lado.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Caitlin? —preguntó él con voz cavernosa.

—Debería ser obvio —respondió ella en un tono ligero—. Te he atraído hacia mi alcoba para aprovecharme de ti.

Jake sonrió al recordar aquella noche en
Rusty's
cuando él se comportó de forma semejante. Se acercó la mano de Caitlin a la boca y le besó los dedos, uno por uno, a la vez que la obligaba a abrirla.

—Necesitas más tiempo, Caitlin. Por la mañana tú también opinarás lo mismo. Sin importar lo que ocurra en esta cama esta noche, mañana empezarás a pensar que vas a dirigir una obra en la que el actor estrella es tu ex esposo y que ha sido escrita por un hombre que no parece dejarte en paz. Es necesario que me aleje de ti de momento. Por eso vine aquí esta noche. Para decirte que sé lo que necesitas y que quiero dártelo. Hasta que las cosas se estabilicen en los ensayos, podemos ser sólo la directora y el escritor. Esperaré hasta que estés segura de lo que deseas respecto a mí.

Caitlin permaneció en silencio, un poco asombrada de que él la hubiera llegado a conocer tan bien en tan corto espacio de tiempo.

El le soltó la mano y se puso de nuevo de pie.

—Así que ya te darás cuenta del motivo por el que es mejor que me vaya ahora.

Caitlin sentía que él tenía razón, pero… ¿no podrían tener por lo menos esta noche? —Es verdad, Jake— dijo con cautela—. Es necesario que nos separemos. Pero si me dejas ahora, yo… por favor, Jake, dame esta noche. Ya sé que no es justo pedírtelo, pero te lo pido. Yo…

Perdió la voz en un débil gemido, pero en seguida volvió a recuperarla.

—Porque ahora podemos tenemos el uno al otro. Y siento verdadero anhelo de estar junto a ti. Ahora no podría soportar perderte… —Sus palabras se esfumaron y ella sintió que se ruborizaba.

Caitlin reconoció que ya se había comportado como una tonta al invitarlo a su dormitorio, para luego estallar en llanto. No había la menor duda de que cualquier deseo que él hubiese podido sentir, ya había sido sofocado y todo lo que quería era salir de esa vergonzosa situación. ¡Y ella le estaba rogando que se quedara!

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la cabecera de la cama.

—Tienes razón —murmuró al fin—. Debes irte. No tengo ningún derecho a retenerte.

Entonces oyó el sonido de la ropa al deslizarse contra la piel y abrió los ojos.

—¿Qué es lo que haces?

La mecedora crujió al recibir de golpe el peso de los pantalones vaqueros.

—¿Y tú qué crees? —preguntó él, y ella sintió que se le ponía la carne de gallina—. Quítate los calcetines —le dijo él con una sonrisa maligna.

—¿Mis calcetines? —preguntó Caitlin con una risa nerviosa.

—Tendremos esta noche —explicó él con ternura—, porque yo lo deseo tanto como tú.

Ella desvió la mirada desde el rostro de él hasta sus pies.

—¿Quieres que te los quite yo? —Sus ojos parecían contener una carga eléctrica.

Ella extendió las piernas hacia él.

Jake se acercó con lentitud y, con pausados movimientos, apoyó una rodilla sobre la cama y después la otra, con lo que quedó de hinojos ante ella. Le quitó los calcetines, uno por uno, los cuales arrojó por encima de su hombro. Entonces, aún sin soltarle uno de

sus tobillos, se enfrentó de nuevo a la mirada de Caitlin y empezó un nuevo masaje.

La intimidad de aquel contacto fue demasiada para ser soportada, por lo que ella dio un violento tirón a su pie para liberarlo.

-¿Caitlin?

Por su tono, Caitlin se dio cuenta de que él también estaba inseguro.

Aquella revelación de la vulnerabilidad de Jake, tan profunda y pura como la suya, la alivió e hizo que, de inmediato, todo fuera tan radiante como ella lo había soñado.

—Sí —musitó con un hondo suspiro—. Puedo. Lo haremos. ¿Estará bien?

Y fue ella quien tomó la iniciativa. Le envolvió el cuerpo con el suyo y con sus piernas le rodeó la cintura. Jake lanzó un sordo gemido de reconocimiento cuando se unieron como si fueran una sola persona. Con un grito sollozante, ella encontró aquella boca masculina, enredó los dedos en el pelo de él y lo besó con asombrosa pasión.

Lo que sintió fue algo maravilloso y aquel beso había sido más que correcto. ¿Cómo había podido dudarlo? Quiso seguir explorando cada parte de él, sin dejar nada en secreto. Tan fuerte era su deseo que lo expresó en voz alta:

—Nada en secreto.

—Caitlin —había un atisbo de preocupación en el modo en que Jake pronunció su nombre con los labios entreabiertos, mas apenas si fue registrado. Poco a poco se dio cuenta de que él se quedaba rígido bajo sus acariciantes manos—. Caitlin.

La hizo levantar la barbilla y, a través de una sensual niebla, se encontraron sus miradas.

—Escucha, Caitlin. No he venido preparado para esto y no tengo nada para protegerte. ¿Usas algo tú?

Ella lo miró sin comprender.

-¿Algo?

—Anticonceptivos, Caitlin —replicó él con crudeza—. ¿Tomas la píldora o sigues algún otro método?

—Yo…, —a Caitlin sólo le importaba en ese momento el placer que él le proporcionaba y no quería interrumpir la experiencia más

agradable de su vida—. Está bien, no te preocupes… —De nuevo buscó su boca, para recorrer después todo su cuerpo con excitante lentitud.

—Cait… —Ese sonido fue la última señal de sensatez.

—No… no te reprimas…

Durante un momento él no se movió. Entonces la razón cedió ante la fuerza del deseo.

Una vez más la atrajo hacia él y Caitlin lanzó un grito de satisfacción al sentir las manos de Jake sobre su piel y sus turgentes senos.

—Oh, Jake… por favor…, —suplicó ella.

Caitlin permitió que su cuerpo cayera sobre el colchón, atrayéndolo también a él, quien de inmediato se colocó sobre ella y se rindió sin protesta a la urgente orden. Cuando los dos se despojaron incluso de sus prendas más intimas, se entregaron de inmediato el uno al otro.

Después de un espacio de tiempo, Jake se incorporó un poco y dirigió la mirada hacia ella.

—¿Estás bien, Caitlin? .

—¡Sí, Jake! ¡Claro que sí!

Con mucha mucha lentitud, él empezó a moverse. Ella lo siguió, y levantó las piernas para rodearle su cuerpo.

Fue un hechizo, una danza sagrada. Fue una gloriosa tempestad que se apoderó de ellos con creciente poder y seguridad en un increíble éxtasis. En el interior de aquella tormenta de sensaciones, ellos se perdieron y encontraron en un espacio sin límites.

Alguien lanzó un grito; alguien más gimió. La tierra quedó a la vista…

Instantes después, ambos yacían uno junto al otro, estrechada Caitlin por la seguridad de aquellos fuertes brazos. Sus labios encontraron el cuello de él donde depositó un fugaz beso, antes de apoyar la cabeza en sus hombros.

En el exterior, la lluvia no había dejado de caer. Jake extendió la mano hacia la sábana y le dio un tirón para que quedaran cubiertos y después volvió a estrecharla.

En cierto momento de aquella húmeda noche, ambos despertaron. Volvieron a amarse, esta vez con mayor lentitud, mientras musitaban las palabras suaves y secretas que siempre

dicen los amantes. Para Caitlin, lo que compartieron fue el atisbo de un don maravilloso. El le permitió descubrir una nueva y mágica faceta de sí misma, haciéndola sentirse una verdadera mujer.

Por la mañana, Jake se fue antes de desayunar. La joven casi le pidió que se quedara, pero se contuvo. Vestido por completo, se inclinó sobre ella, que aún se encontraba acostada en la revuelta cama.

—Ven a mí cuando estés lista —musitó contra sus labios—. Tómate el tiempo que necesites. Yo te esperaré.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Será muy poco tiempo.

El se separó de ella con cuidado, y Caitlin lo dejó irse.

—El siguiente movimiento es tuyo —dijo—. Hablo en serio, Caitlin. Mientras no vayas a mí, te dejaré sola. Realizaremos el trabajo que acordamos y seremos compañeros de trabajo. Pero creo que es hora de que decidas tú si quieres que seamos algo más que eso.

—Lo sé —musitó ella.

Y Jake se fue sin decir una palabra más. Caitlin se cubrió con las mantas hasta la barbilla y miró hacia el techo, llorando desconsoladamente. Mientras se secaba las lágrimas en la almohada, recordó que tenía que llamar a su ex esposo para informarle de que él había obtenido el papel de Eddie en la nueva obra de Jake Strand.

Capítulo 6

—La lectura no va a resultar muy completa si «Eddie» no aparece —declaró Erica, quien se encontraba sentada frente a Caitlin en la oficina de esta última.

—Ya se le dejó el mensaje en el contestador automático de su casa y también se le informó a su agente. Spencer ya hubiera avisado si no pudiese aceptar, pues es muy serio en sus compromisos. Pero no ha podido resistir provocar un poco de suspenso.

Justo en ese momento, el objeto de sus conjeturas apareció en el umbral de la puerta.

—Ah, aquí estás —dijo Spencer, con aquella sonrisa que volvía locas a todas las amas de casa de América, dirigida ahora hacía Erica. Cuando estuvo seguro de tenerla a sus pies, miró hacia Caitlin —. ¿Me puedes dedicar unos minutos?

Erica se puso de inmediato de pie. La chica llevaba zapatos de tacón alto y unos vaqueros tan ajustados a su cuerpo, que parecían una segunda piel.

—Nos veremos más tarde —declaró al salir de la habitación, sin que Spencer dejara de observarla de manera apreciativa.

—Ese panorama —expresó—, es suficiente para hacerle olvidar su parlamento a cualquier hombre.

—Pues sucede que «el panorama» es una mujer muy inteligente a quien no le agradará enterarse de que hablas así de ella.

—No puedo evitarlo, Caitlin —dijo él y entró en la pequeña oficina, con una expresión sarcástica—. Soy débil, pero no te

pongas celosa.

Cuando ella no dijo nada y sólo esperó que él explicara el motivo por el cual la buscaba, el sarcasmo de Spencer se convirtió en asombro.

—No lo estás, ¿verdad? No estás celosa en absoluto —parecía algo herido.

—¿Querías hablar conmigo? —le preguntó Caitlin.

El hizo a un lado la silla en la que Erica había estado sentada y se apoyó en el borde del escritorio, con la mirada fija al otro extremo de la habitación. Caitlin tardó unos instantes en darse cuenta de que la puerta de su armario metálico se encontraba abierta y que Spencer admiraba su propia imagen, reflejada en el espejo que ella tenía allí.

—Spencer, ¿a qué has venido? —Tuvo que insistir ella.

El miró de nuevo a su alrededor.

—Ya veo que este lugar tiene la misma decoración que acostumbrabas en tus oficinas. Papeles y papeles por todas partes.

—Bien, ya sabes que no soy la mejor de las amas de casa.

—La revolución del teatro en América ocupa todo tu tiempo.

—Spencer, el ensayo empieza dentro de diez minutos.

—¿Cómo van las cosas entre el gran Jake Strand y tú?

—No hemos tenido problemas en el desarrollo de la obra.

—¿Sabes? En aquella ocasión no tuve oportunidad de decirte quién era el ocupante del dormitorio para huéspedes.

—Spencer, eso pertenece al pasado. ¿No crees que es hora de olvidarlo? —Ella sintió una vaga sorpresa al pronunciar aquellas palabras con tantas facilidad, y se quedó aún más asombrada al darse cuanta de que hablaba en serio.

—¿Sabías que el hombre tenía entonces un serio problema con la bebida? Parece que ya se ha controlado, pero ten cuidado. Un alcohólico nunca deja de serlo —se encogió de hombros de manera significativa.

Caitlin se sintió menos que indulgente hacia Spencer. No había vuelto a ver a Jake desde que dejó su cama. Tampoco había hablado con él. Tal vez cuando los ensayos estuvieran encarrilados volverían a salir juntos. No sabía lo que le deparaba el destino, mas ella siempre sentiría un respeto sin límites por la forma en que él había reestructurado su vida. Y nadie iba a menospreciarlo en su

presencia.

—Spencer, ahora faltan siete minutos para que empiece el ensayo ¿tienes algo que decir, aparte de difamar a otro hombre?

—Lo sabía. Te has entusiasmado con él. Me di cuenta desde que vine a la audición.

—¿De verdad crees que eso es de tu incumbencia?

—Está bien, está bien. Lamento haberlo preguntado. —Spencer suspiró dolido—. En realidad, he venido aquí para tratar de hacer las paces contigo. Por el bien de la obra.

—Qué generoso eres. —Caitlin tomó una hoja que tenía sobre el escritorio, la arrugó y la tiró al cesto de los papeles.

Fue una acción para afirmar su autocontrol, pero Spencer lo interpretó como un rechazo a lo que obviamente consideraba una magnánima oferta de paz. Se puso de pie y adoptó una expresión compungida.

—Oh, vamos, Spencer, siéntate.

Fue sorprendente, pero él lo hizo así, aunque esta vez en la silla. Se pasó una mano por el pelo y dirigió una mirada de soslayo hacia el espejo.

—¿Qué has venido a decirme? —preguntó Caitlin con voz más calmada sintiendo cierta lástima por él.

—Sabías que tenías que contratarme. Con la lectura que hice en mi audición, barrí a todos los tontos esos que…

—No eran tontos, Spencer. Pero sí, tu lectura fue la mejor.

—Y sabía que tu maldita integridad te haría darme a mí el papel. Dices que vives del teatro, pero a mí no me engañas, pues sé que tu hermana mayor y tu padre te ayudan.

Caitlin recordó que la acaudalada madre de Spencer, que vivía en Colorado, le enviaba varios cheques mensuales, por lo menos durante la época en que ellos estuvieron casados; sin embargo, por una extraña razón, se abstuvo de mencionarlo.

—He sido muy afortunada —declaró tajante.

—Integridad —repitió Spencer—. Quizá haya llegado el momento de que me pases una poca.

Caitlin, en lugar de molestarse, sintió lástima, pues se dio cuenta de que él no había madurado en el transcurso de esos cinco largos años.

—Spencer, la integridad no la puedes obtener de nadie; depende

de ti mismo.

—Caitlin, a mi modo yo te amaba —declaró él en tono íntimo—. Y nunca he dejado de recordar lo dulce que fuiste y lo bien que trabajábamos juntos. ¡Y ahora vamos a hacerlo de nuevo!

—Spencer, han pasado cinco años. Lo nuestro terminó para siempre, y tú lo sabes muy bien. Si lo que buscas es un pequeño romance para pasar el tiempo mientras dure la obra, te ruego que no cuentes conmigo.

—¿Por qué? —preguntó mirándola fríamente—. ¿Ya tienes tu tiempo ocupado?

Ella se puso de pie.

—¡Espera! —se apresuró a indicar Spencer—. Perdóname por lo que dije —también él se puso de pie—. Quiero que sepas que aprecio el valor que has demostrado al contratarme a mí. Te juro que no te arrepentirás. Voy a ser el mejor Eddie que puedas haber imaginado. Me limitaré a mi trabajo y no causaré problemas de ningún tipo. Y tú, Caitlin, como directora de la obra, vas a ser implacable conmigo, ¿de acuerdo?

Caitlin sabía que él era sincero. Siempre había dado vida a sus personajes. El error de ella fue pensar que aquella gran pasión y honestidad también se trasladarían a la vida real. ¡Cuan inocente había sido! Pero aquella mañana en Nueva York, cuando perdió la inocencia había quedado muy atrás en el tiempo. Y aún ahora, lo que más recordaba eran los ojos de Jake, a quien echaba de menos, a pesar de tratarse aún de un extraño. Deseaba estar cerca de él, pero no debía ser impaciente. A lo largo de las Siguientes semanas se verían constantemente, trabajarían juntos; quizá lo mejor sería dejar que las cosas tomaran solas su curso.

—¡Caitlin! ¿Me has escuchado?

¡Spencer! Ella se había olvidado de su presencia. ¿De qué hablaban? Ah, sí. De una tregua. Spencer deseaba una tregua.

Caitlin asumió un tono de diplomacia y habló sin ironía.

—Spencer, tú eres un buen actor.

—Lo sé —comentó él, malhumorado.

—Y creo que en esta situación lo que tú deseas de mí y lo que yo deseo de ti es exactamente lo mismo.

—Pues… sí.

—¿Vamos? Estaría mal visto que la directora llegara tarde al

primer ensayo.

Caitlin llegó al escenario del brazo de Spencer. Jake, que se encontraba sentado ante la larga mesa dispuesta por Erica en ese lugar, levantó la mirada, y la joven imaginó que iba a acercarse a ella.

Entonces Spencer le musitó una tontería al oído. Ella se volvió con rapidez y, cuando miró de nuevo hacia Jake, el rostro de éste parecía una máscara inexpresiva. Caitlin deseó pedirle que hablaran a solas durante un momento al terminar el trabajo del día. Mas no lo hizo. Aunque no podía saberlo, se sentó un precedente.

La siguiente semana vio el fin de septiembre y los primeros días de octubre. Jake estuvo ausente de varios ensayos, debido a asuntos que tenía que atender para televisión y cine. El jueves, Caitlin le pidió que fuera a comer con ella para que pudieran hablar de algunos cambios necesarios en la obra.

La noche anterior, antes de quedarse dormida, Caitlin estuvo pensando en cómo llevar la conversación de manera sutil a las relaciones personales entre ellos. Desafortunadamente, resultó que el tenía mucha prisa y apenas si pudieron hablar de la obra.

En la segunda semana de octubre, ella estuvo segura de que las cosas cambiarían. De los cinco ensayos que tuvieron, Jake asistió sólo a uno. Se reunieron tres veces para discutir los últimos cambios, y, más de una vez, Caitlin notó que él la miraba. Podía sentir que la observaba… que esperaba, aunque advirtió que, cuando levantaba la vista, él desviaba la suya de inmediato.

La siguiente semana, que era la tercera de octubre, ella dejó de preocuparse por lo que él pudiera pensar, ya que tenía otras preocupaciones, pues empezó a sospechar que su única y mágica noche acarrearía trascendentes consecuencias.

El viernes de aquella tercera semana de octubre, Caitlin acudió a una pequeña farmacia. Debía saber si estaba o no embarazada, para afrontar la situación en caso de que la prueba fuera positiva. La época en que una mujer tenía que esperar meses para asegurarse completamente de su estado había quedado atrás.

Existía una gran variedad de productos que servían para ese objeto. Caitlin no sabía cuál escoger, así que se armó de valor y fue a consultar con el empleado del mostrador, quien le dijo que todos eran aceptables. Ella por fin compró el que le pareció que tenía el

envase más atractivo. A primera hora de la mañana del siguiente día, que era sábado, Caitlin procedió según las instrucciones contenidas en el interior de la caja. Mientras esperaba el resultado, se sentó a tomar un vaso de jugo. De modo inevitable sus pensamientos se centraron en Jake Strand. Imágenes, sonidos y sensaciones la invadieron de inmediato. Vio unos ojos verdes que de pronto eran tan fríos como el invierno y luego tan cálidos como el verano. Percibió aquella risa rasposa y sintió su abrazo que tanto la consoló. Recordó su olor y la sensualidad de sus labios, que le proporcionó un exquisito placer.

Caitlin acarició a Tartuffe detrás de la oreja y se puso de pie. Llevó su taza al fregadero, la lavó, la enjuagó y la colocó en el escurridor. Entonces se encaminó por el vestíbulo hacia el cuarto de baño, donde había dejado el tubo de ensayo. Miró con cautela al reflejo bajo el tubo. La solución se había vuelto de color rojo brillante alrededor de los bordes. El resultado era positivo. Caitlin se miró en el espejo que estaba colocado sobre el lavabo y de pronto empezó a reír y a sollozar al mismo tiempo.

Lo posible, lo irónico había sucedido. Una mujer de treinta y dos años, responsable y madura se había dejado arrastrar por la pasión de unos ardientes ojos azules. Se dirigió hacia el dormitorio y se recostó sobre la cama, donde intentó relajarse. Respiró hondo varias veces, hasta que una especie de calma se apoderó de ella. La prueba realizada por ella misma podría estar equivocada. Dentro de unos días la repetiría, y hasta entonces pensaría en qué hacer en seguida.

Al día siguiente, Caitlin asistió por la noche a la fiesta ofrecida con motivo de la terminación de la obra empezada en septiembre. Jake no estaba allí, no tenía por qué estar. En el transcurso de la fiesta, uno de los actores bebió demasiado; cuando Caitlin le llevó café, el olor del fuerte y oscuro brebaje le revolvió el estómago de la forma más alarmante.

La semana siguiente la pasó en una especie de limbo. Cumplía con sus tarea, daba órdenes, charlaba y reía pero de manera automática. Matthew le preguntó que en qué planeta vivía ahora, y Jake no dejaba de observarla. El sábado efectuó la prueba de nuevo, y otra vez apareció el círculo rojo.

La última semana de octubre fue una temporada muy tensa en el teatro, con dos obras a punto de ser estrenadas, y Caitlin a veces

sentía que vivía en medio de una tormenta. Un día antes de la noche de brujas, Jake le entregó a Caitlin su octava revisión de la escena final. Ella tuvo que disimular su frustración, pues aunque reconocía que la escena no funcionaba, ansiaba que él dejara de escribirla una y otra vez, aunque el escritor tenía todo el derecho a hacer los cambios que quisiera o considerase necesarios para mejorar su obra.

A las siete, después de comer, Caitlin dirigió a Spencer y a Angie en la nueva escena, mientras Jake observaba en silencio. Trabajaron durante más de dos horas, con frecuentes interrupciones de los actores para hacer alguna objeción. Spencer parecía a punto de explotar.

—Enfrentémonos a ello —dijo por fin—. Este final no es mejor que el anterior. O que los seis que hubo antes. ¿Qué sentido tiene cambiarlo cada cinco minutos si resulta lo mismo?

—No sé, Spencer —expresó Angie, quien obviamente lo admiraba—. Creo que podríamos lograr algo bueno si…

Spencer la miró como si le sorprendiera encontrarla ahí.

—Mira, Dorotea, la cruda realidad es que esto no funciona, y si no lo comprendes, quizá sería mejor que regresaras a Kansas, donde tal vez pertenezcas.

Caitlin reprimió la urgencia de exigirle a Spencer que se disculpara ante aquella joven y volvió su atención al asunto que tenía entre manos.

—¿Alguien tiene una idea concreta acerca del motivo por el cual no funciona este final? —preguntó con aparente tranquilidad, aunque la realidad era que ya estaba harta de sugerencias y sentía el estómago vacío por no haber comido nada cuando lo hicieron los demás.

—Insisto en que lo mejor sería qué nos decidiéramos por un final —dijo Spencer, al tiempo que miraba hacia Jake—. Así no puedo inspirarme.

—Spencer, sabes muy bien que aquí la obra es lo primero —le dijo Caitlin, en tanto se frotaba las sienes con los dedos índice y medio—. Tu «inspiración» viene en segundo término.

—No me hables así. Yo tengo el derecho de saber lo que se hace —de nuevo dirigió la mirada hacia Jake—. ¡Y no voy a quedar como un tonto sólo porque un escritor idiota no sabe qué hacer con

los personajes que ha creado!

Caitlin miró preocupada hacia Jake, a quien no parecía haberle afectado el insulto. —Creo que no necesitas ninguna ayuda de mi parte para parecer un tonto, Spencer— declaró Jake con calma.

Los ojos de Spencer se entrecerraron.

—Ten cuidado, Jake. Estoy tras de ti. No creas que vas a poder servirte una rebanada del pastel que yo no puedo tener.

—Lo que yo quiero, Spencer, es algo sobre lo cual tú no tienes ningún derecho —replicó Jake con tranquilidad absoluta—. Y si tienes un ápice de amor propio, tienes que reconocer que no te importa. Lo que no puedes soportar es que alguno de nosotros pase algunos días sin pensar en ti. Dentro de tu pequeña y retorcida mente, todos los demás somos una especie de personajes secundarios de un drama en el que Spencer Thomas es siempre la figura central.

—Creo que… —empezó a decir Caitlin con debilidad, pues sabía que su voz carecía de convicción.

En lo que pensaba en ese momento era en la luz de esperanza que surgió en su pecho al oír que Jake pronunciaba esas palabras. Con toda seguridad se había referido a ella. ¿Por qué habría tardado tanto en insinuar, aunque fuera de modo indirecto, que aún la deseaba?

—¡Beodo escritorzuelo, no vas a volverme a arruinar otra obra! —clamó Spencer con furia, y en los labios de Jake apareció una sonrisa irónica.

—Estoy tan sobrio como una piedra, Spencer —extendió las manos con los dedos separados para demostrarle que no temblaba —. Y si los autores como yo dejáramos de escribir, los actores como tú tendrían menos oportunidades de decir cosas inteligentes y ganarse la vida —se alzó de hombros—. Piénsalo, Spencer. Ya que en toda tu vida no has tenido ni un solo pensamiento original, idear tu propio diálogo podría presentar un problema.

—¡No soportaré esto! —Spencer se enfureció y dirigió la vista hacia su ex esposa.

Caitlin sabía exactamente lo que su ex marido haría: recurrir a ella para que lo sacara del atolladero en el que él mismo se había metido. A pesar de que sentía que Spencer había conseguido sólo lo que se merecía, la joven consideraba que su obligación era evitar

los enfrentamientos, no sentarse a observarlos.

—Creo que todos estamos demasiado tensos —declaró.

Erica permanecía con la vista fija en su cuaderno. Angie apretaba su manuscrito entre las manos. Jake guardó silencio.

—¡Lo que pido es que se me respete! —exclamó Spencer.

—¡Entonces trata de ganarte ese respeto! —replicó Caitlin, perdiendo la paciencia.

Todo lo que deseaba era irse a su casa.

Al ver la expresión asombrada de Spencer, sintió ganas de reír.

—Y ahora —continuó con calma—, ¿les importaría que volviéramos al motivo original de esta reunión?

Erica hizo un ruido de asentimiento. Angie tragó saliva, Spencer gruñó, pero Jake permaneció en silencio. Y Caitlin pensó que no era conveniente mirarlo en ese momento.

—Llévate el manuscrito a casa —le indicó a Spencer—. Y estúdialo para ver qué se te ocurre —dirigió la vista hacia Angie—. Tú también haz lo mismo. El sábado volveremos a reunimos y veremos qué resulta.

—Caitlin —dijo Jake después que los demás salieron del teatro —, ¿te sucede algo malo?

—¿Malo? —Caitlin sintió un nuevo vuelco en el estómago—. ¿A qué te refieres?

—Durante el ensayo perdiste el control. Nunca te sucede eso. Algo te preocupa, y mucho.

—No me has ayudado mucho en tu discusión con Spencer. Pero olvídalo.

—Hace dos semanas que te veo muy cambiada. Algo te sucede.

—Nada malo —se apresuró a declarar ella—. Lo que me pasa es que ese final me preocupa mucho —dijo tratando de ocultar la terrible verdad.

El se puso de pie y se arregló su chaqueta de color gris. Luego insistió en el aspecto de Caitlin, a quien se aproximó cuidadosamente.

—El color de tu tez no es bueno.

Caitlin casi rió en voz alta. Ella pensaba en el color de la ropa de él, y Jake miraba del color de su tez.

—¿Quieres que hablemos de ello ahora? —preguntó Caitlin con resignación.

—¿Qué?

—Del final —aclaró ella, rogando que él se negara.

—Podemos empezar con ese final, si eso es tan importante para ti en este momento.

—De acuerdo —expresó Caitlin, quien se apresuró a dar unos pasos hacia delante para poner cierta distancia entre ellos, sentándose en la silla que Eddie usaba en la obra. Se quitó los zapatos y dobló las piernas.

El mobiliario que la rodeaba había sido seleccionado para sugerir la sala y la cocina de una casa pequeña. Y cerca de la silla donde ella se encontraba había un diván que podía ser convertido en cama.

—¿Estás enferma?

Caitlin apretó las piernas con mayor fuerza. Jake se acomodó en el diván.

—No, de ninguna manera. Pero necesitamos tomar una decisión.

El frunció el ceño.

—Últimamente es muy difícil comprenderte. ¿Una decisión acerca de qué?

—No funciona. El final.

—Dime algo que en realidad no sepa.

—Por favor no seas sarcástico.

—Respóndeme. ¿Estás enferma?

—No te preocupes de eso —apoyó un codo en el brazo de la silla —. Creo que tenemos que examinar lo que tratas de lograr aquí. — Caitlin intentó adoptar un tono de estricto profesionalismo, no obstante pareció desolada.

—Lo que voy a hacer ahora es averiguar por qué tus pecas han perdido color y tu cutis tiene un tono verdoso.

—Es a causa de la luz —dijo ella—. Creo que estás exagerando.

—Yo no opino lo mismo. Es evidente que te sientes agotada por la presión a la que has estado sometida.

—No, yo siempre he soportado bien la presión y no me impide trabajar. Si dejas de presionarme, estaré bien.

—Algo te preocupa. Creo que es hora de que lo compartas con alguien.

Tendría muchas cosas que decirle. Cosas sobre las que había reflexionado durante las tristes y lentas horas del amanecer, cuando

su única realidad era lo grande que parecía haberse vuelto su cama desde la noche que él había pasado allí.

«Te extraño. Quiero que estés conmigo. ¿Por qué hasta ahora no me has dado ni la más mínima indicación de que aún te importo?», se dijo mentalmente.

¿Pero cómo podría decir esas cosas ahora, si ya había dejado pasar tanto tiempo? Si hubiese hablado antes de saber que estaba embarazada, otra cosa sería. Mas todo había cambiado. Si dijera algo, él pensaría que lo quería atrapar. Sin importar lo maravilloso que resultó lo que habían compartido, ella había sido la instigadora, la que lo había llevado a su cama y más tarde le rogó que no se fuera. Jake trató de ser responsable, pues le preguntó si estaba protegida.

Ella era la única culpable y tendría que afrontar sola las consecuencias.

—Habla, Caitlin —era obvio que Jake estaba impacientándose por el silencio de ella.

Caitlin levantó la barbilla. Reconocía que ella había evitado acercarse a él, pero Jake tampoco había hecho nada por cruzar el puente. Al menos hasta ese momento. De algún modo, su cambio de actitud empeoraba las cosas. ¿Sospecharía algo? El era de la clase de hombre que nunca trataría de escapar al cumplimiento de su deber y que se sentiría obligado a casarse con ella cuando se enterara de que estaba embarazada y que él era el padre de ese niño, deseara o no el matrimonio.

—¿Por qué? Tú parecías muy a gusto lejos de mí.

Jake se puso de pie y se aproximó a ella.

—Creo que podría estrangularte.

Caitlin se movió incómoda en su silla.

—Por favor, ¿podríamos volver al asunto de la obra? Tenemos trabajo pendiente, ¿recuerdas?

El la observó fijamente durante un momento, pero luego se dio la vuelta y se dirigió hacia el otro extremo del escenario, donde apoyó la espalda y las manos contra uno de los muebles.

—Correcto. La obra —dijo por fin con aparente calma—. Volvamos a hablar de la obra.

—Sí. Creo que lo que deberíamos…

—Te diré qué… —La interrumpió él—. El final lo dejaremos

como está por un tiempo. Así, nuestro viejo amigo Spencer podrá «inspirarse», y permanecerá calmado.

—Sí, eso ayuda.

—Cielos, sí. Lo último que querría sería que un gran artista como Spencer Thomas se convirtiera en un tonto. Creo que ahora ya hemos solucionado todo lo importante, ¿o es que falta algo?

Caitlin tragó saliva.

—Me doy cuenta de que no tengo derecho a pedirte eso, ya que Spencer es un pesado. Sin embargo, me gustaría que no hubiera ningún problema, por eso te pido, Jake, que trates de llevarte bien con él, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Te prometo que me esforzaré al máximo. ¿Alguna otra cosa?

—No —bajó los pies y los metió dentro de los zapatos—. Tal vez Angie tenga razón y el final que has traído hoy sí nos sirva.

—¿Acaso ya te vas? —preguntó él, con una fingida falta de interés.

—Sí, tengo que irme. —Caitlin lanzó una sonrisa forzada—. Se ha añadido una escena al espectáculo de Basil Jardinaire, y ésta se desarrolla en un calabozo, por lo que hace falta decoración con hongos fosforescentes en los muros.

—Los hongos pueden esperar.

Al ver que Jake se dirigía hacia ella, Caitlin se levantó rápidamente, tambaleándose un poco.

—¿Qué demonios te sucede?

Ella se puso rígida al verlo aproximarse.

—Estoy bien. No es nada. Lo que pasa es que estos últimos días no he comido bien. Tal vez esté a punto de sucederme algo —una leve sonrisa asomó a sus labios.

Jake la asió por los hombros y la obligó a volver a sentarse. El se puso de rodillas ante ella y le tomó las manos.

—Tienes las manos heladas.

Parecía realmente preocupado y ella sintió que se quedaba sin defensas.

—Necesitas tranquilizarte.

—Es una reacción exagerada la mía. En unas cuantas semanas me adaptaré a la idea y las cosas se estabilizarán —liberó sus manos y se las puso en el pecho.

—¿Adaptarte a qué?

—A todo —dijo pesarosa, casi con odio hacia sí misma. Una cuantas palabras de él y se derretía como mantequilla. Estaba segura de que no tardaría en decírselo todo—. No te preocupes. No te atañe a ti —insistió con más fuerza—. Yo puedo cuidarme sola. Lo he hecho durante años enteros.

—Caitlin…

—Déjame sola… Por favor —trató de ponerse de pie, mas él se lo impidió asiendo cada uno de los brazos de la silla y aprisionándola ahí. Las agitadas emociones dentro de ella llegaron al punto de ebullición—. No me mires. ¡Parece como si de verdad te importara lo que me sucede! ¿Por qué no me dejas en paz? Hace varias semanas que te has comportado como un extraño respecto a mí. Prefiero que sigas así. No quiero que cambies sólo porque te sientas responsable.

—¿Estás embarazada? —preguntó Jake con demasiada suavidad. Ella estuvo a punto de negarlo, pero se arrepintió. Había llegado el momento de la verdad. Se hundió de nuevo en la silla—. ¿Desde hace cuánto tiempo lo sabes?

—¿Te preocupa que sea tuyo? Fue solo una noche.

—Con eso basta, y sé que es mío, Caitlin. ¿Durante cuánto tiempo me lo has ocultado? ¿Cuándo lo sospechaste por primera vez?

—Hace dos semanas.

—¡Dos semanas! ¿Y has seguido con los ensayos y las discusiones sabiendo durante todo ese maldito tiempo que estabas embarazada? —la contempló con expresión amenazadora—. Nunca dejas de asombrarme. Haces del engaño un arte, Caitlin. Para ti la confianza en tus semejantes no existe.

—Confianza —expresó ella con desdén—. ¿Cómo te atreves a usar esa palabra? Viniste por la noche y… me hiciste sentir una mujer completa por primera vez en mi vida. Y a la mañana siguiente me dijiste que si quería más, tenía que ir a rogarte… * —Sabes que eso no fue lo que yo dije— gruñó Jake.

—Es lo mismo. Te fuiste sin mirar atrás y durante semanas enteras te comportaste como si yo no te importara en lo más mínimo. ¿Qué querías que pensara? Yo no sé leer la mente, Jake —luchó por levantarse, pero de nuevo se lo impidió él; esta vez le

puso una mano en el hombro—. ¿Que piensas hacer?

—Tenerlo —respondió ella sin asomo de duda, expresando en voz alta que en realidad ya había decidido de manera subconsciente.

Los ojos de él brillaron profundamente y en su rostro apareció una expresión muy parecida al triunfo. Ella tuvo que cerrar los ojos ante la abrumadora intensidad de su mirada; cuando volvió a abrirlos, Jake le daba la espalda.

—Te casarás conmigo —aseguró él con absoluta certeza, de la misma forma que un rey medieval se dirigiría a uno de sus siervos.

—Estás loco.

—Ésa es la mejor solución. Tú me vas a necesitar. Y todo niño tiene derecho de contar con ambos progenitores.

—No.

—¿Qué quieres decir con ese «no»? —Jake parecía algo sorprendido.

—Lo opuesto a un sí. Lo que mi hijo merece es amor. Y yo me voy a encargar de que no le falte. En esta época no es extraño que una mujer críe a su hijo. Sería un terrible error que nos casáramos sólo porque tú te sientes responsable. Terminaría en desastre. Y eso sería peor para el niño que estar sin ti desde el principio.

—No digas disparates —su voz era apaciguadora, tal como la de un adulto maduro que trata de calmar a un niño que no entiende las cosas—. Es justificable que ahora estés alterada, pero cuando reflexiones, te darás cuenta que…

—Jake, he dicho que no. —Caitlin se puso de pie—. Ya una vez cometí un error y no quiero volver a equivocarme.

—No dejes que el orgullo te domine, Caitlin. Me doy cuenta de que ni ti misma quieres reconocer que ahora me necesitas. Pero sabes perfectamente que es así, pues de otro modo, nunca me habrías dicho lo del niño. Y te cosa te advierto, Caitlin, que nos casemos o no, mi hijo no se va a quedar sin padre —extendió una mano hacia ella.

—¡No te atrevas a tocarme!

—Muy bien, de acuerdo. Durante un tiempo podrás estar convencida que no me necesitas, pero muy pronto te darás cuenta de que mi punto vista es el correcto. Y te aseguro que cuando nos casemos será para siempre.

—Tenías que ser tú quien hiciera que una propuesta de matrimonio sonara como una amenaza —aclaró ella con mordaz desdén.

—Es la primera vez que lo hago. No tengo experiencia.

—Desde ahora puedes darte por vencido, pues no voy a cambiar de opinión.

—Ya lo veremos.

Capítulo 7

Caitlin dejó abierta la puerta de su oficina. El aroma mezclado de las rosas, madreselvas y otras flores resultaba demasiado fuerte. Era medianoche, y hacía dos horas que había bajado el telón después de terminado el ensayo final de la obra de Jake. Todo salió bien, sin ningún tropiezo, y la respuesta de los invitados fue muy positiva.

Caitlin se sentía muy cansada, y sólo ansiaba irse a casa y darse un baño caliente. Al apagar la luz percibió de nuevo la fragancia de las flores que le habían llegado al teatro y a la oficina, por lo menos dos veces diarias durante toda la semana. Se agachó para levantar su portafolios y, al incorporarse de nuevo, ante ella vio a Jake Strand.

—La buscaba a usted, señora.

Con las manos en los bolsillos de su chaqueta gris, él se encontraba de pie en el umbral de la puerta.

Durante esos días siempre se lo encontraba en el umbral, o apoyado contra uno de los coches del estacionamiento, o aparecía de súbito en el vestíbulo, o con la mirada fija en ella desde el otro extremo de una habitación. Desde el día en que se enteró de que Caitlin estaba embarazada, hizo todo lo posible para no perderla de vista, a pesar de que ella lo evitara.

Aunque Caitlin sabía que era una tontería permitir que la esperanza surgiera, le resultaba difícil fingir inmunidad ante el ardiente asedio de Jake.

—Esto es ridículo —manifestó ella haciendo un esfuerzo por

parecer exasperada.

—Bonitas flores —comentó él, apoyado contra el quicio.

—Ya han empezado las murmuraciones —le dijo Caitlin, con la esperanza de expresar desaprobación por tal extravagancia—. Hasta Pauline, a quien nunca le importan los asuntos de los demás, me mira con extrañeza. Ya debes dejar de enviar tantas flores.

—La empleada de la florería piensa que es un gesto muy romántico.

—Apuesto a que sí; sobre todo si obtiene comisión. A este paso, dentro de un año habrá ganado lo suficiente y podrá dejar de trabajar.

—Ella suspira cuando lee las notas que pongo en las tarjetas. Y a mí me gusta que lo haga, ya que me imagino que se trata de ti, de tu suspiro.

Caitlin respiró hondo y tuvo que realizar un gran esfuerzo por no suspirar.

—Odio las citas, como ésta —tomó una de las tarjetas—: «Dulce y lejana Caitlin. La mañana me dice, ¿no es hora de que en la iglesia estéis?». Si algún día voy a la iglesia, no será contigo, pues no…

—No te casarás conmigo —concluyó él, con indulgente afecto.

—¿Será posible que por fin lo hayas comprendido?

—Si ahora te confieso que te amo, ¿te echarás a mis brazos?

—No seas absurdo —lo amonestó ella, a pesar de que aquellas palabras dichas en broma la hicieron sentirse reconfortada—. Por favor, no me mandes más flores —dijo en tono mucho más suave.

—¿Es que no te gustan? —En los ojos de él se reflejaba un profundo dolor.

—Sí me gustan, pero es que… ¿no crees que te excedes un poco?

—La moderación no es una de mis características.

La atestada habitación pareció encogerse aún más al entrar él y acercarse al escritorio de ella.

—¿Cómo te has sentido? —preguntó Jake.

—Bien. Ahora que ya ha pasado la impresión inicial, he vuelto a ser la misma —no quiso confesar que empezó a sentirse mejor desde el momento en que se dio cuenta de que iba a tener a su hijo, porque entonces él podría deducir que en realidad deseaba acorralarlo.

—¿Ya has consultado a algún médico?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El lunes.

—¿Qué te dijo?

—Que soy una saludable mujer de treinta y dos años y que el niño nacerá en un plazo aproximado de siete meses y medio —ella rió con nerviosismo, pues le resultó divertido el modo en que Jake parecía preocuparse—. Y aunque apenas estoy embarazada de siete semanas, ya he descubierto dos cosas —añadió con cierta timidez—. ¿Qué?

—Una, que se me antojan mucho los emparedados de mantequilla de cacahuate y pepinillos; la otra, que el olor del café hace que se me revuelva el estómago. —Fascinante— comentó él con voz ronca.

Caitlin sentía que a cada momento se esfumaba su resolución de mantener la distancia. El podía ser un hombre muy agradable y atento cuando se lo proponía.

—Cásate conmigo, Caitlin.

—Deja de enviarme flores.

—¿Hacemos un trato acerca de las flores?

—Ya te he dicho que no me casaré contigo.

—Olvídalo por ahora.

—¿A qué trato te refieres? —preguntó ella con cautela.

—Podría reducir los envíos a, digamos, dos veces a la semana. Siempre y cuando tú aceptes ir conmigo a la playa este domingo. Pasaremos un buen rato y llevaremos algo de comer.

—¿Qué sentido tiene convivir conmigo, si nunca te voy a decir que sí?

—Caitlin, una vez más te digo que ese niño es también mío, y que de ninguna manera voy a ser un padre ausente. Y nosotros vamos a tener que llevarnos bien si no queremos que nuestro hijo sufra.

—Ya habrá tiempo de…

—Eso es lo que siempre dice la gente, y de pronto se da cuenta de que ya es demasiado tarde —se inclinó hacia ella, quien se hizo para atrás. Fue un movimiento muy ligero, mas a él no le pasó inadvertido—. ¿Qué es lo que temes, Caitlin?

—¡Nada!

—Quizá que si pasas algún tiempo conmigo a solas, descubras que yo tengo razón. O que no soy peor que la muerte —hizo una pausa y luego añadió—: Recuerda lo mucho que te gustó estar entre mis brazos.

Caitlin sintió que se ruborizaba. Por supuesto que siempre recordaría lo que sintió entonces. Nunca olvidarla que creyó morir de puro placer.

—Una vez que seas mi esposa —musitó Jake, con voz dulce—, te encontrarás muchas veces entre mis brazos.

—Jake, por favor. Deja de atormentarme. Deja de ser maravilloso y de abrumarme con flores. No seas cruel burlándote con tus comentarios acerca de lo maravillosas que serían las cosas para mí si accediera a algo que arruinaría las vidas de ambos. ¿Por qué no me dejas en paz?

El apretó los puños, mas habló con calma.

—Ya lo he hecho —entonces metió las manos en los bolsillos para que ella no notara la tensión—. Y mira lo que ha sucedido por dejarte —dijo, al tiempo que movía la cabeza con tanta tristeza, que Caitlin sintió que toda su indignación se esfumaba milagrosamente.

—La culpa no es sólo tuya, sino de los dos.

—Y la situación nos atañe a los tres —comentó Jake con suavidad, mirándola a los ojos—. No podemos ignorar ese hecho. Podemos pasar algún tiempo conociéndonos bien para que sepamos con seguridad si nuestra unión en realidad funcionaría. ¿No crees que por lo menos le debes eso a nuestro hijo? Cuando después, él o ella, te pregunte por qué no vivimos juntos, honestamente podrás decirle que probamos, pero que éramos incompatibles. Dos meses, Caitlin.

Caitlin se frotó los ojos. ¿Sabía él lo que pedía? ¿Cómo podría ella soportar dos meses de su ternura, dos meses de su buen humor y de su irresistible masculinidad? ¿Cómo soportar continuamente el reproche de que si ella no estuviera embarazada nada de eso hubiera tenido que ocurrir? A pesar de todo, la petición de él era razonable. Ella también deseaba que en el futuro su hijo supiera que sus padres habían hecho todo lo posible para formar una familia. Y quizá las cosas sí salieran bien. Jake parecía deseoso de hacer el esfuerzo, ¡y ella también lo haría aunque terminara de nuevo con el

corazón hecho pedazos!

Caitlin puso las manos sobre su regazo y levantó la cabeza para mirarlo a él.

—Me has colocado en una encrucijada —dijo.

—Ya deberías estar acostumbrada.

—¿Qué puedo decir?

—Trata de decir que sí.

A las once de la mañana del siguiente domingo, Caitlin se encontraba sentada en el asiento del copiloto del deslumbrante coche negro de Jake, quien lo conducía hacia Will Rogers State Beach, aunque el nebuloso cielo amenazaba lluvia. Tendrían mucha suerte si por lo menos lograran llegar a la playa y comer, antes del inminente diluvio, lo que Jake llevaba en la cesta.

—Qué gran día para ir a la playa, ¿verdad? —comentó Caitlin.

El la miró y luego volvió la vista de nuevo hacia la carretera.

—No va a llover —replicó, como si el mismo clima estuviese sujeto a su voluntad.

—Sí, Jake —dijo ella con fingida timidez.

—Me gusta cuando dices que sí —señaló él—. Deberías hacerlo más a menudo.

El estacionamiento que había cerca de la playa se encontraba casi vacío, lo que era muy raro para ser domingo, pero al sentir la fuerza del viento cuando bajó del coche, Caitlin se dio cuenta del motivo. De cualquier manera, era muy divertido encontrarse ahí. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que ella había corrido descalza por la playa?

Al ver que Jake se inclinaba a sacar del asiento trasero el cesto de la comida, Caitlin sugirió que dejara eso para después, ya que era mejor que disfrutaran de la playa. Mientras él se reponía de la sorpresa, ella echó a correr a través de la superficie de asfalto hasta llegar a la arena donde se despojó de sus zapatos. La sensación de suavidad contra las plantas de sus pies era deliciosa, y Caitlin lanzó algunas exclamaciones de júbilo. Contemplaba el color gris verdoso de las olas cuando sintió que unos fuertes brazos la rodeaban por la cintura para obligarla a volverse.

—Te he atrapado —le dijo Jake entre risas, y ella trató de escapar.

—¡Detente, Jake! ¡Te digo que me sueltes! —Ella también reía,

al tiempo que se retorcía.

Cuando él la soltó, ambos se sentaron sobre la arena.

—¿Sabes? —comentó ella una vez que se normalizó su respiración—. No me importaría que lloviera. ¡Es tan agradable salir de vez en cuando! A veces las únicas salidas las hago al patio posterior de mi casa.

—Pasas demasiado tiempo encerrada en habitaciones oscuras iluminadas por luz artificial. Te hace falta contar con alguien que te obligue a divertirte.

—¿Que me obligue a divertirme? Es una idea muy graciosa. Tú sabías que disfrutaría una vez que llegáramos aquí, ¿verdad?

—A eso voy a contestarte. Ésa es una pregunta capciosa. Si digo que sí, me dirás que trato de manipularte. Si digo que no, me acusarás de mentiroso —se recostó sobre la arena y entrelazó las manos tras la cabeza—. Pero tienes razón. Aquí se está muy bien. Y sí me alegro de haberte traído.

Jake cerró los ojos y Caitlin aprovechó para contemplarlo a su gusto por un momento; en seguida desvió la vista hacia las olas. El viento le alborotaba el pelo, le enrojecía la nariz y las orejas, y parecía soplar a su alrededor. Oyó el graznido de una gaviota y vio, a varios cientos de metros de distancia, que un osado joven se deslizaba por las olas. Caitlin cerró los ojos, respiró profundamente y luego volvió a abrirlos para contemplar de nuevo a Jake, con una mirada llena de ternura, pues al fin y al cabo él no la veía. En ese momento una palabra le vino a la mente. Amor. Amaba a Jake más que a nadie en el mundo y deseaba poder decírselo, pero estaba convencida de que no debía hacerlo. Porque entonces se sentiría obligado a decirle que él también la quería.

Jake abrió los ojos.

—¿Un centavo por tus pensamientos?

Caitlin rió con suavidad.

—¿No sabes que ni siquiera un pensamiento se puede conseguir a cambio de un centavo? ¿No has oído hablar de la inflación?

—¿Entonces un peso?

Caitlin movió la cabeza.

—¿Cuánto? —Jake hizo una mueca en broma.

—Pensaba en que Maggie se jubila este año en la compañía telefónica —en realidad, dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Qué? —Él parecía intrigado—. ¿Maggie? ¿Quién es Maggie?

—La esposa de Cliff.

—Oh, Cliff. ¿El director técnico?

—El y Maggie son como una especie de segundos padres para mí. Tal vez porque ellos nunca tuvieron hijos. Ella dice que lo que más le duele es no tener nietos que mimar en su vejez. —Jake le dirigió una mirada de sospecha, pero ella continuó imperturbable —. Pues a mí se me ha ocurrido que, ahora que Maggie va a contar con tanto tiempo libre, quizá se quiera dedicar a mimar a un nieto honorario.

—¿Te refieres a que se haga cargo del niño mientras tú estás en el teatro?

—Es una buena idea, ¿no crees?

El se puso de pie rápidamente y se sacudió la arena de la ropa.

—Ya empezó a llover.

Al pronunciar él esas palabras, Caitlin sintió las primeras gotas.

—También he pensado en que el niño nazca en mi propia casa. Sally Yates, la encargada de la oficina de Neworks, me lo ha recomendado. Yo podría pedirle a mi hermana que viniera a ayudarme. También me podrían ayudar Maggie y mi madre…

—Muy bien. ¿Por qué no invitar a todas las mujeres que conozcas?

—¿Qué es lo que te molesta? Tarde o temprano tendré que pensar en las opciones con las que cuento.

—¿Y no crees que el padre también tiene algo que decir sobre estas opciones tuyas?

—Jake, el bebé nacerá en junio. Nadie sabe dónde te encontrarás tú entonces. —Contigo.

Caitlin trató de pensar en algo que decir. Sus planes para el futuro le habían molestado, como era lógico. Jake deseaba casarse con ella, y a ella lo que se le ocurría era delinear un futuro en el cual él no tenía parte.

—Disculpa, Jake. Estaba pensando en voz alta. Pero aún no podemos saber como van a resultar las cosas entre tú y yo.

El dirigió la vista hacia las olas, como si necesitara un momento para aclarar sus ideas. Cuando volvió a mirarla, su expresión era gentil.

—Yo soy quien debe disculparse. Has hecho lo que debías —

extendió una mano y le quitó un mechón de la cara—. Por favor, puedes seguir hablando, no me ocultes nada.

La lluvia empezó a caer con mayor fuerza, y él levantó la mirada hacia el cielo.

—Si mal no recuerdo, he ordenado un día soleado y sin lluvia.

Caitlin discretamente le tomó una mano.

—¿Sabes? Siempre he deseado comer en el interior de un Porsche. Es una de mis fantasías secretas.

—Es eso o nos ahogamos en el diluvio.

Ya dentro del coche, Caitlin desenvolvió uno de los paquetes y se sintió conmovida al darse cuenta de que era de mantequilla de cacahuate con pepinillos.

—¡Jake, te has acordado! —exclamó feliz, aunque con cierto tono de broma para disimular su emoción. Mientras comía, no se atrevió a desviar la vista hacia Jake, por lo que prefirió mirar por la ventanilla hacia el mar y la desierta playa. Cuando se volvió para depositar la arrugada envoltura en la cesta, Jake se inclinó hacia ella y la asió por la barbilla y con el dedo pulgar le metió en la boca un poco de crema de cacahuate.

—Si te casas conmigo —le dijo— te compraré toda la crema de cacahuate que quieras y una granja para cultivar pepinillos.

Olvidándose de decir un no tajante, Caitlin permaneció pensativa por el momento, el cual Jake aprovechó para besarla suavemente en los labios.

—Di que sí.

Caitlin se estremeció mientras los labios de él se deslizaban de un lado a otro de su boca.

—Jake…

—Ése es mi hombre. Di que sí.

Al sentir que todo su cuerpo temblaba, ella se dio cuenta de que no sólo quería, sino que necesitaba a ese hombre, al menos para satisfacer físicamente su amor.

—Jake, por favor.

El se retiró a su asiento y dirigió la vista hacia la ventanilla.

—Jake —añadió Caitlin con cuidado, después de un interminable espacio de tiempo—, nos encontramos en un periodo de prueba para conocemos mejor. Pero es difícil para mí creer eso si estás seduciéndome para que diga que sí me casaré contigo.

Jake asió el volante con fuerza.

—Tienes razón. No espero que me creas; no obstante, te aseguro que no volverá a suceder.

Caitlin con expresión triste fijó la vista en la guantera del coche. Jake había hablado con firmeza y no era precisamente lo que ella había pretendido. Lo amaba y lo deseaba, sólo que necesitaba más tiempo. Se sentía en una encrucijada, sin saber qué camino tomar.

Jake era un hombre maravilloso, pero… ¿lo sería en el matrimonio? ¿No le parecería un estilo muy aburrido de vida?

—Jake, estoy tan confusa. Quizá sea mejor que no…

Él no la dejó terminar.

—Quiero mis dos meses, Caitlin. Y por el bien de nuestro hijo, vas a dármelos. Y no tendrás que preocuparte por más intentos de seducción. Esperaré hasta que estés segura, te lo juro. Y ahora —continuó en un tono más ligero—, ¿qué tal si tomamos algo de chocolate caliente? Sonrió y sacó del cesto un enorme termo.

—Sabía que llovería —confesó al verter el humeante y dulce líquido en dos tazas antes de cambiar de tema—. ¿Qué tal si hablamos acerca de los buenos libros que hemos leído últimamente, de la contaminación, del ecosistema, de toque nuestros padres hacían para ganarse la vida y de cuando nos preguntábamos si habríamos sido adoptados?

Ella tomó la taza que él le entregó agradeciéndole en silencio el hecho de que hubiera cambiado de tema.

—Cuando tengo tiempo de leer, que no es muy a menudo, me encanta John D. McDonald. En especial, los libros Travis McGee. Me preocupa más el gran terremoto que mucha gente ha pronosticado, que la contaminación. Nunca me he preguntado si habría sido adoptada. Tengo los ojos de mi padre y la barbilla de mi madre. Aunque sí llegué a preguntarme si mi hermana Siobhan era una hija adoptiva, pues ella no se parece a ninguno de los miembros de la familia. ¿Y tú? ¿Alguna vez te preguntaste si habías sido adoptado?

—Nunca —respondió él de manera enfática.

—¿Porqué?

—Mis padres no querían tener ningún hijo.

Caitlin lo miró con incredulidad.

—¿Hablas en serio?

—Por completo.

—Pero Jake… —Caitlin reconoció que en realidad no sabía nada de la niñez de él—. ¿Cómo eran tus padres?

—Sucedió hace mucho tiempo, Caitlin —repuso Jake, evitando una respuesta—. No tanto. Y quiero saber —le urgió ella.

—Acerca de ellos no existe ningún profundo y oscuro secreto. No eran monstruos, si eso es lo que piensas.

—¿Cómo se ganaba tu padre la vida? Podemos empezar con eso —insistió Caitlin.

—Era profesor de historia en una preparatoria de Charleston.

—¿En Carolina del Sur?

—No, en el sur de Illinois.

—¿Y tu madre?

—Mi madre nunca tuvo lo que se llama un empleo. Se dedicaba a escribir poesía, deseaba haber sido Emily Dickinson y nunca dejó de hacer investigaciones para una novela histórica sobre la familia Lincoln, aunque jamás llegó a escribir ese libro.

—¿Y no planearon tener hijos?

—Eso es lo que me decían cuando yo hacía algo molesto para llamar su atención. Mi madre se quedó embarazada de mí cuando tenía cuarenta y tres años, y, por alguna oscura razón que creo que ni siquiera ella comprendía, decidió seguir adelante y tenerme. Creo que mi padre se sorprendió aún más que ella cuando se enteró de la noticia. Durante mi niñez apenas me dejaban moverme, me regañaban por cualquier cosa que hacía. Los dos eran personas tranquilas y se amaban platónicamente.

—¿Eran? ¿Amaban?

—Murieron hace siete años, con tres meses de diferencia entre uno y otro fallecimiento. El misterio de mi concepción murió con ellos, aunque deduzco que por lo menos una vez disfrutaron del sexo, tal vez por curiosidad. —Caitlin sintió un profundo dolor al oírle hablar con tanto cinismo de sus padres.

—¿Y no te sentías unido a ellos?

—Ellos estaban unidos entre sí, no necesitaban a nadie y los dos formaban una familia. Yo era una especie de extraño que vivía en su casa.

Caitlin envolvió con las manos la taza, sintiendo con agrado el calor que desprendía mientras pensaba en lo que Jake le acababa de

decir.

—Es una agradable sensación ese calor, ¿verdad? —comentó él con una sonrisa—. ¿Hace que las cosas sean mejores? Apuesto a que tu madre te hacía caso cuando tú eras niña. —Caitlin asintió—. Y te abrazaba y besaba y te decía palabras cariñosas de aliento cuando conseguías algo que significaba para ti.

Tomó un sorbo de chocolate y sintió un agradable calor en la garganta.

—¿Careciste tú de esas cosas de niño? Jake se encogió de hombros.

—Supongo que ellos me querían, pero a su manera. Hay personas a quienes no les gusta el contacto físico. Recuerdo que de niño deseaba estar enfermo para que me estrecharan entre sus brazos y me mimaran. Mi madre solamente me tocaba para revisar mi ropa y limpieza. Mi comportamiento era terrible… gritaba mucho, rompía mis juguetes… sólo para tratar de hacerla reaccionar, pero todo lo que lograba era que ella adoptara una expresión dolida y no me hiciera ningún caso. Con el paso del tiempo aprendí que era inútil manifestar mis verdaderos sentimientos.

—¿Tuviste que ocultar tus sentimientos? —dijo Caitlin con delicadeza. El la miró a los ojos y luego desvió la vista.

—Debía fingir que no me importaban sus desprecios y sufrirlos en silencio aunque no es algo de lo que me enorgullezca; y los hábitos de toda una vida son los más difíciles de romper. Cuando te dije que te daría tiempo para reflexionar acerca de nosotros, tenía la determinación de no presionarte de ningún modo para dejarte decidir por ti misma. Ni siquiera se me ocurrió pensar que mi silencio te podría dar la impresión de que tú no me importabas.

—¿Pero te importaba? —preguntó ella con una vocecita—. ¿Aún te importo?

—Si, mucho.

Clidin anheló en ese momento acercarse a él y besarlo en los labios. Pero si lo hacía, empeoraría la situación. Si lo besaba, el deseo volvería a brotar y, Jake tenía razón, era mejor olvidarse de eso por el momento. Prefirio mencionar de nuevo el tema de la niñez, pues quería saber de él tanto como él le quisiera revelar.

—Pero seguramente tus padres te demostraban alguna clase de

afecto. Aun cuando no fuera a base de besos y abrazos.

El tomó un poco de chocolate y luego depositó la taza en el cesto.

—Me alababan cuando lograba algo —declaró, y ella pudo darse cuenta de que él hacía un esfuerzo por ser justo con ellos—. Quizá me querían, pero a mí no me enseñaron a amar, por lo que pasé largos años huyendo de la horripilante idea de aprender solo. Tal vez pensé que si encontraba a alguien que me ayudara a aprender, lo más probable sería que yo no supiera manejar la situación.

Caitlin lo miraba en el rostro y pensó que quizá él estaba tratando de decirle que la amaba. ¿Por qué no se lo permitiría ella? Mas sí sabía el motivo. La maravillosa chica que con tan ingenuo goce escuchó las declaraciones de amor indisoluble de Spencer Thomas, aún no e] capaz de disponerse a escuchar las mismas palabras pronunciadas por el hombre que estaba sentado a su lado.

Era evidente que él se sentía responsable del niño que ella llevaba en entrañas y estaba obligado a decirle que la amaba. Caitlin no lo olvidaría.

—Bien —dijo por fin la joven—, si buscas a alguien que te enseñe a ama sería mejor que antes te aseguraras de si ella está capacitada, porque quizá sea tan mala para eso como tú crees serlo.

—Entonces tendríamos que aprender juntos, ¿no opinas lo mismo?

Cuando ella se atrevió a mirarlo a los ojos, supo que podría confiar plenamente en ese hombre. Pero lanzarse a ciegas hacia un compromiso total no lo volvería a hacer nunca.

—Hablábamos acerca de tus padres —le recordó a él, con la esperanza que captara la indirecta y abandonaran aquel espinoso tema.

El lo hizo así, pero no pudo resistir pasarle un dedo por el cuello de su suéter.

—Aprobaban mis logros literarios, y eso fue una ventaja. Al darme cuenta que mis berrinches no me iban a llevar a ningún lado, decidí que ellos enorgullecieran de mí convirtiéndome en un niño genio. Desde que tenía cinco años de edad metí las narices en los libros y entonces descubrí que entre portadas existían mundos donde la gente hacía mucho ruido, eso me sirvió para refrenarme. Después, bueno, ya sabes cómo me desquité por el tiempo perdido.

—Por lo menos supiste que no eras hijo adoptivo.

—Ajá —él parecía estar con la mirada perdida—. Siempre supe que no podría serlo. Por lo general, cuando una pareja adopta un niño, es porque lo desea. Mis padres me toleraban. Fueron razonables y justos conmigo y nunca me causaron daño físico, pero lo cierto fue que nunca desearon tenerme —el semblante de Jake adoptó uña expresión traviesa—. Sin embargo, sí llegué a tener fantasías sobre mis orígenes.

-¿Cuáles?

—Prométeme no reírte.

—Lo juro solemnemente.

—Bien —se aclaró la garganta—. Que el hombre que yo llamaba padre, en realidad era mi tío. Su hermano, mi verdadero padre, había sido un tahúr, cuyo centro de operación eran los barcos de río y que falleció durante un trágico duelo en Natchez. Aquel tahúr se enamoró de la reina de los piratas, quien se había tomado unos días de vacaciones en sus rondas por el Golfo para rendirse a la pasión con su amante. Yo fui el resultado.

Respiró hondo y luego prosiguió:

—Después de mi nacimiento, ella contrajo tuberculosis y cabalgó en su negro semental árabe hasta Illinois para dejarme en el umbral de la puerta de mi tío. Debilitada por su enfermedad, las inclemencias del tiempo y por el cansancio del largo viaje, ella estrechó el pequeño bulto que traía entre los brazos, y que era yo, y se dejó caer sobre el porche de la casa para morir ahí mismo. A la siguiente mañana, fuimos encontrados por mi tía y mi tío, quienes le hicieron un gran funeral a mi madre y, después de hacer jurar al pueblo entero que guardarían el secreto para siempre, se quedaron conmigo. ¿Pero qué otra cosa podían hacer si no sofocar en mí cualquier asomo de carácter pendenciero heredado por mis peligrosos progenitores?

Al dar el último sorbo a su chocolate, Caitlin aprovechó para hacer desaparecer el nudo que se le había formado en la garganta, y no pudo menos que compadecer al chiquillo que parecía haber inventado aquella historia tan extraña y conmovedora y que no había tenido a nadie a quien relatársela.

—Pero ahora te toca a ti el turno de hablarme de tu propia familia y de los celos que sentías hacia tu hermosa hermana mayor.

También dime cuál es la ocupación de tu padre.

—Más bien, era —corrigió ella—. Era dueño de un floreciente negocio de lavado en seco en Hancock Park, pero lo vendió hace pocos años. Ahora papá y mamá viven en una comunidad de jubilados en Phoenix, no lejos de donde vive Siobhan.

—Vas a tener que decírmelo todo —anunció Jake—. Es lo justo ahora que vamos a tener un hijo. Pasarás conmigo todo el tiempo posible hasta enero, y me hablarás acerca de ti y de tu familia.

—¿También vas a estar conmigo durante los días festivos? —Caitlin adoptó en broma una expresión compungida—. Creo que debo tener libres por lo menos esos días.

—No. También los días festivos son míos —el tono de él no dejaba lugar a argumentaciones—. Y a propósito, ¿qué vamos a hacer el día de Acción de Gracias?

Durante el transcurso de las siguientes semanas, Jake se encargó de que él y Caitlin pasaran cualquier momento disponible juntos. Pasearon por Griffith Park, cenaron en el Burton del recién reconstruido Hollywood Roosevelt Hotel, acudieron a escuchar un concierto en el Palace. El dejó de enviarle tantas flores, como había prometido, pero más de una vez llegó a visitarla por la mañana, llevándole una rosa amarilla e insistiendo en que se arreglara inmediatamente para llevarla a
Cantor's
a comer salmón ahumado.

En los ensayos cumplían con su respectivo trabajo, aunque sin titubear respecto a la demostración de su creciente intimidad en todos los pequeños detalles: una sonrisa, una mirada, una discreta caricia y el tono en que se hablaban el uno al otro.

Para el día de Acción de Gracias, ella lo llevó a la casa de Cliff Jacobs; y Jake no pudo menos que sonreír ante la presencia de la mujer que los saludó en la puerta. Maggie Jacobs era la mujer más pequeña que él había visto. A su lado, hasta Caitlin parecía alta.

Jake y Caitlin esperaron en la sala mientras Cliff y Maggie terminaban de preparar la cena, tomando una soda, puesto que Caitlin no quiso café, aunque no explicó el motivo.

—Pensé que a estas alturas ya se lo habrías dicho —comentó Jake una vez que estuvieron solos y sentados muy cómodos ante el fuego, sobre el suelo y apoyados en los cojines del diván.

—Todavía es pronto.

—Ya llegará el momento en que alguien se dé cuenta.

—Lo sé —con la vista fija en la llama, Caitlin bebió un sorbo de su soda—. Pero prefiero que esto quede entre nosotros por el momento —volvió la mirar hacia él.

—¿No te molestaría si guardo el secreto hasta que terminen los ensayos?

Jake sabía que la petición que ella le hacía era más que justa. Si se supiera lo del niño, Caitlin lo pasaría mal, pues surgirían habladurías y su autoridad como directora se vería socavada en más de una ocasión.

—Si así lo quieres tú —dijo él en un tono no demasiado convincente, ya que a pesar de las válidas objeciones de ella, sentía ganas de anunciar a gritos que iban a tener un hijo.

—Gracias —expresó Caitlin con una ternura que lo conmovió.

—De nada —dijo Jake, sin poder resistir hacerle una caricia en el pelo. Su boca era suave e incitante, y él pensó que no sería tan mala idea probarla. No obstante, trataba de manifestar lo menos posible el afecto hacia ella por miedo a incumplir su promesa. Constituía la más dulce de las torturas el estar cerca de ella tanto tiempo y no poder acariciarla. Pero había tomado la determinación de lograr que ella admitiera que entre ellos había algo más que deseo físico. Caitlin necesitaba pensar que la risa, el hecho de compartir muchas cosas y la semejanza de caracteres, son cosas que ayudan a cimentar una buena relación en los momentos difíciles. Desgraciadamente, había ocasiones en que Jake se rebelaba contra sus nobles intenciones con una fuerza que casi llegaba a avergonzarlo. No podía dejar de pensar en las piernas de ella aferradas alrededor de su cuerpo y la agradable sensación de tener a aquella mujer entre sus brazos durante esa sola noche. Mas ya se había equivocado muchas veces en su forma de tratar a Caitlin. Así que disimuladamente, se bajó el borde de su suéter para tratar de cubrir la señal de su evidente e inapropiada excitación.

De pronto, ella colocó su cojín al lado de él, para quien sentirla tan cerca, fue una peligrosa tentación.

—Me gusta estar contigo, Jake —declaró Caitlin con un encantador titubeo—. Estas últimas semanas, desde nuestro lluvioso día de campo, han sido muy especiales para mí.

—También para mí —aseguró él, mientras se preguntaba a dónde querría llegar ella.

—¿Sientes algunas veces que trato de atraparte?

—¿Por qué lo dices? —La pregunta de Caitlin lo había sorprendido.

—Creo que aquella noche fue como si yo te sedujera a ti. Cuando me preguntaste que si estaba protegida, yo ignoré la pregunta porque no quería que te detuvieras.

—Caitlin —la voz de Jake era firme—. Si hubo seducción, ésta fue mutua. Yo fui tan responsable como tú. Es cierto que te pregunté si tomabas anticonceptivos, pero creo que si tú me hubieras dicho que no debíamos hacerlo, lo más probable es que yo hubiera insistido para que siguiéramos adelante.

—¿En serio? —Los ojos de Caitlin brillaban esperanzados. ¡Ansiaba tanto creerle!—. ¿Nunca pensaste que yo intentaba atraparte?

—Nunca —respondió él con sinceridad.

—Me alegro —respondió ella en un susurro.

Antes de tomar la deliciosa cena, Maggie pronunció unas breves palabras de acción de gracias. Mientras Jake inclinaba la cabeza con cortesía, pensó en que sus padres en muy raras ocasiones recordaban a Dios, ni siquiera en Navidad o Pascua, pues decían que ésas eran festividades para niños y para gente corta de entendimiento. Perdido en su euforia sentimental, Jake apenas si se dio cuenta de que Cliff llenaba para él una copa de vino, pero Caitlin se apresuró a intervenir.

—Gracias, Cliff, pero Jake no bebe.

Al oír esas palabras, Jake no pudo menos que pensar que aún no se había ganado completamente la confianza de ella. ¿Acaso temía que él como su ex marido, también llegara a traicionarla si bebía unas cuantas copas?

Caitlin lo observaba, y Jake se preguntó si lo estaría poniendo a prueba, esperando que él se encogiera de hombros y se tomara el vino.

—Lo siento —dijo ella, con aparente seguridad en sí misma—. Acabo de hablar por ti, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Y tú en realidad preferirías responder por ti mismo.

Una lenta sonrisa apareció en los labios de él.

—Gracias, Cliff, pero Caitlin tiene razón, yo no bebo.

Durante el trayecto de regreso a casa, los dos permanecieron en silencio. Para Caitlin, la velada había resultado muy agradable sobre todo aquel momento tan especial cuando estaban sentados ante el fuego y él le había dicho con tanta firmeza que nunca se había sentido atrapado.

Cuando llegaron a la puerta de ella y Jake se inclinó para darle el habitual beso de despedida, Caitlin le tomó el rostro entre las manos y alargó el beso. Para su deleite, la suave y hambrienta boca de Jake se abrió de inmediato. Musitó su nombre y la estrechó entre sus brazos con mayor fuerza.

El corazón de Caitlin empezó a latir con fuerza al experimentar de nuevo aquel surgimiento de goce mágico y sensual. Interrumpió el beso con renuencia y miró a Jake a los ojos.

—Te deseo, Jake —confesó—. Sé que te has reprimido, y también sé que no todo ha sido aclarado, pero… —Sentía el aliento de él en su rostro y la rigidez de su cuerpo contra el de ella.

—Tú puedes hacer que todo se aclare si en este mismo instante me dices que sí.

—No puedo. Al menos no a todo, porque no quiero actuar de nuevo impulsivamente y que todo salga mal. Necesito estar muy segura de que contigo será diferente que con Spencer. Necesito saber que seguiremos sintiendo lo mismo cuando la obra que ahora ensayamos se haya terminado y tú te encuentres en sabe Dios qué lugar del mundo.

—¿Es que no puedes darte cuenta de que así será?

—Empiezo a pensar que sí —dio un tirón a una hebra de lana del suéter de Jake.

—¿Sabes cuánto te amo? —preguntó él, con tanta calma y sencillez, que ella por fin creyó en la verdad de esas palabras.

—¿Pero cuánto tiempo perdurará ese amor?

—¡Maldición, Caitlin! ¿Cuánto más tardarás en darte cuenta de que yo no soy Spencer Thomas? —La soltó, pero con tanto pesar como si sufriera una gran pérdida.

—¡No! —Aquel grito escapó de los labios de Caitlin por voluntad propia—. No te alejes de mí. Sé que no eres igual que él, por favor, Jake, créeme. Yo te…

—No lo digas —pidió, sin dejarla terminar—. No, no hasta que signifique sí a todo. Sí, tanto al presente como al futuro.

Ella permaneció con la mirada fija en sus zapatos.

—Supongo que ahora te irás.

—¿Quieres tú que me vaya?

Sin dejar de mirar sus zapatos, Caitlin negó con la cabeza.

—Mírame.

Ella levantó la cabeza para hacer lo que él le pedía.

—¿Quieres que te diga lo que yo deseo?

—Sí —susurró Caitlin—. Dímelo.

—De acuerdo —ahora fue él quien empezó a darle tirones a su suéter—. Cada vez que respiro siento el aroma a limones. En cuanto cierro los ojos, veo pecas. Te deseo a ti, Caitlin, con desesperación. Por esta noche, si eso es todo lo que puedes prometerme. Deseo…

—Basta —intervino ella, ruborizada. Entonces se volvió hacia la puerta y metió la llave en la cerradura.

—¿Es que no quieres escuchar el resto? —preguntó Jake con voz ronca.

Caitlin se volvió hacia él y le indicó que pasara al interior de la rasa.

—Sí, quiero escucharlo todo, pero en privado —ambos entraron en la casa y ella cerró la puerta.

—¿En dónde me quedé? —inquirió Jake levantando a Caitlin en brazos.

—No importa —ella le echó los brazos al cuello—. Sólo improvisa.

—¿Improvisar? ¿Quieres decir… así?

—Umm. Sí.

—¿Y… así?

—Sí…

—¿Y?…

—Oh, Jake. Te a…

—Shh. No lo digas. Reserva esas palabras para otra ocasión. Pero dame esta noche. Entrégate a mí por completo. Demuestra que estás conmigo. En cuerpo, alma y mente.

Capítulo 8

La luz de la mañana llamó la atención de Caitlin, pero ella no quiso hacerle caso, pues tenía un sueño maravilloso en el que Jake la rodeaba con su cuerpo. Y sus manos que tan bien sabían la manera de producir placer, se deslizaban en una lenta y deliciosa caricia desde la curva de sus caderas hacia su cintura y después hasta su vientre, donde una diminuta vida dormía en su interior. El le mordía el lóbulo de la oreja, bajo los finos mechones de su pelo alborotado, mientras le acariciaba los senos de forma suave y sensual. Con un suspiro de satisfacción, Caitlin se acomodó para quedar frente a Jake. Oveja Negra.

—Creí que soñaba —explicó en un murmullo, rodeándole el cuello con un brazo para atraerlo hacia ella.

—No —la boca de Jake casi tocó la de ella y sus alientos se mezclaron—. Es algo real. Muy real —capturó su labio inferior entre los suyos y lo besó con sorprendente urgencia.

—Umm —al incorporarse apoyada en un hombro, Caitlin le dio un beso en la punta de la nariz.

El le hizo una caricia en el hombro y frunció el ceño.

—¿Cómo te sientes?

Ella reflexionó durante un momento antes de responder.

—Satisfecha. Quizá un poco nerviosa, pero eso se debe a tantos pensamientos eróticos.

—Eres insaciable —expresó él, con una risilla socarrona—. ¡Y yo que pensé que por las mañanas te encontrarías mal!

Caitlin rió.

—¿Te refieres a las náuseas matinales? —Se alzó de hombros—. Me imagino que no a todas la mujeres les ocurre lo mismo. Para mi, las mañanas no son tan malas; el peor momento del día es después de la comida, pero apenas me entero si como poco.

El le puso de nuevo la mano en el estómago y le dio un leve masaje.

—Entonces si ahora…

—¿Y quién es el que me llamaba insaciable? —Sintió que el calor la invadía cuando Jake la tocó de una manera muy íntima; entonces le tomó la mano y besó uno por uno sus nudillos—. ¿Jake?

-¿Sí?

—Deseo…

—Dímelo.

—Tocarte. En todas las partes de tu cuerpo. ¿Es… estarías de acuerdo? —Vio cómo las pupilas de él se agrandaban y sintió que se quedaba sin aliento—. ¿Quieres?

—Sí, Caitlin. Sí quiero, y estoy más que de acuerdo.

—Bueno, entonces… —lo presionó con las manos para que se colocara sobre la cama y entrelazó los dedos en el vello de su pecho —… no te muevas. ¿Me lo prometes?

El emitió un sonido que fue risa y gemido al mismo tiempo.

—Lo prometo. Excepto por…

Ella lo miró.

—Sí, comprendo a qué te refieres. Es lo único que te permito. Lo demás tiene que permanecer quieto.

—Cielos, Caitlin.

—No digas nada. No se vale usar palabras.

Le selló los labios con el dedo pulgar, regocijándose al ver el agitado sube y baja de su respiración y el profundo brillo de sus ojos. Y, con una sensual y excitante lentitud, empezó a tocarlo, a recorrer cada parte de su cuerpo con verdadero deleite, lo cual le hacía sentir algo que jamás había experimentado al acariciar a otros hombres, ni siquiera a su ex marido. En ese momento se consideraba la mujer más feliz del mundo.

Aquel cuerpo excitaba todos sus sentidos. Y ella lo exploró detenidamente, impidiéndole el menor movimiento que pudiera hacerla detenerse. El intentó permanecer quieto y casi lo logró, sin embargo, ella le tocó de manera tan íntima, que le resultó

completamente imposible mantenerse inmóvil ante el contacto de aquellas manos femeninas.

Caitlin levantó la vista hasta su rostro; y al contemplar su expresión pensó que ése era el hombre más maravilloso del mundo. La negrura de su pelo resaltaba contra el tenue gris de las almohadas. Jake tenía los ojos cerrados y las mandíbulas apretadas, pero no pudo contener durante más tiempo los roncos gemidos que emitía su garganta.

—Lo siento, Caitlin —se lamentó—. No puedo… no puedo soportarlo.

—Está bien —dijo Caitlin—. Por favor… acariciame ahora.

El extendió una mano hacia ella, y tocó la parte más íntima del cuerpo femenino.

Con desesperada urgencia, Jake se colocó encima de ella y, en ese momento, ambos gimieron al mismo tiempo, mientras experimentaban la dulce agonía de la unión. Inmersos en sus sensaciones, ambos rodaron por la cama y ninguno de los dos pudo evitar un gemido de placer cuando sus cuerpos se convirtieron en uno solo.

Cuando disminuyó la excitación que los invadía, ella se apoyó contra el cuerpo de Jake, quien la estrechó contra sus brazos y permitió que se apoyara en su pecho.

—Ah —dijo ella un poco jadeante después de un rato—, no te había dado los buenos días.

—Tartuffe nos observa desde el umbral de la puerta —observó Jake con indolencia, en tanto le acariciaba a ella el pelo—. Si las miradas pudieran matar…

Caitlin rió, con un sonido gutural de satisfacción.

—No está acostumbrado a tanto entusiasmo a esta hora. Estoy segura de lo encuentra completamente indigno.

—¿Y tú? —Él trazó el contorno del lóbulo de su oreja.

—A mí me entusiasma. Al amanecer, durante el día o durante la noche.

Jake rió.

—Nuestras mañanas juntos mejoran.

—Sin duda.

—¿Entonces tenemos aún esperanza?

La pregunta permaneció en el aire, pues Caitlin titubeó al

contestar.

—No te preocupes. No contestes. Está bien. Por ahora, es suficiente.

Durante las semanas anteriores a Navidad, aunque los días eran cada vez más cortos, a Caitlin le parecieron más que suficientes. Los ensayos de la obra de Jake iban muy bien, y tanto él como ella pensaban que sí podría estar lista para su exhibición ante el público después de Año Nuevo, como habían planeado.

Aparte del trabajo que compartían, ambos tenían sus propias ocupaciones. Jake escribía un nuevo guion cinematográfico y no podía estar presente en todos los ensayos. Caitlin tenía a su cargo las audiciones abiertas bianuales del teatro; y cada vez que decía «muchas gracias» a alguno de los muchos actores que desfilaron ante ella, lo hacía con simpatía y sinceridad, pues tenía una razón para estar de verdad agradecida, porque al terminar el día de trabajo, Jake llenaba sus noches.

Lo que era más, a Caitlin continuamente le sorprendía lo bien que se compenetraban. Jake le confesó que su apartamento no le gustaba por ser demasiado impersonal y, por lo tanto, la mayoría de las noches iban a la casa de ella. El llevó su procesador de datos y se instaló en el estudio, el cual ella casi no usaba, ya que la mayor parte de su trabajo lo realizaba en su oficina en Neworks.

A Caitlin no le molestaba cocinar, a él no le molestaba lavar los platos. Con la limpieza de la casa tampoco tenían ningún problema, pues se turnaban. Si bien, Jake le advirtió que cuando se casaran, él contrataría una empleada para el hogar. Caitlin no discutió, y se limitó a pasarle la escoba.

La vida al lado de Jake podría convertirse en un hábito muy satisfactorio, pensó Caitlin. En especial, después de descubrir que a él le gustaba que hubiera ruido cuando trabajaba. Abría las ventanas para que por ellas penetrara el sonido de los cantos de las aves, así como el zumbido de las segadoras de césped; o llamaba a Caitlin para que encendiera el estéreo. Ella empezó a darse cuenta de que podría haber muchas maneras mutuas de compartir las responsabilidades de una familia con un hombre que trabajaba en casa y sabía realizar cualquiera de las tareas hogareñas.

En el teatro, Caitlin comunicó a todos que en Navidad no habría ensayo y que podrían contar con el día libre, lo cual sería

conveniente para la obra que estaba a punto de estrenarse.

Con nerviosismo, Caitlin voló con Jake a Phoenix aquella misma tarde. Aunque aún no parecía muy convencida de su decisión de casarse, Caitlin quiso que él conociera a su familia y que sus padres y sus hermanos lo conocieran a él.

Fueran cuales fuesen sus vagos temores sobre el hecho de llevar de nuevo un hombre a casa, éstos desaparecieron con rapidez. Sus progenitores le dieron a Jake la bienvenida a su hogar y Siobhan y su esposo lo aceptaron inmediatamente.

El regalo de Navidad que Jake le entregó a Caitlin fue una maravillosa pulsera de oro con hermosos topacios amarillos engarzados. El obsequio de ella consistió en un juego de pluma y bolígrafo de oro, y él le dio las gracias con un cariñoso beso.

El día transcurrió con suma rapidez. En una o dos ocasiones Siobhan le dirigió una mirada especulativa, pero Caitlin se las arregló para evitar una conversación a solas con su hermana.

Caitlin y Jake regresaron a Los Ángeles la mañana del día veintiséis. Tomaron un taxi para ir a la casa de ella, dejaron sus maletas en el vestíbulo, renovaron la comida del gato y se fueron en el coche de ella al teatro.

Durante la semana anterior al Año Nuevo hubo demasiado trabajo y el día no parecía tener suficientes horas, por lo que casi nunca se acostaban antes de la medianoche, pues ya tenían lugar los ensayos con vestuario completo y toda la iluminación y sonido en funciones. Un problema que se suscitó fue que los impresores omitieron la «h» del apellido de Spencer, y entonces hubo que devolver todos los programas. Eso y otras cosas que surgieron eran detalles que no tenían mucha importancia, y el estreno se llevaría a cabo el ocho de enero como estaba planeado.

Caitlin trataba de no pensar en que cada vez se aproximaba más la partida de Jake, quien tendría que ir a Londres. Y hasta la última noche del año no tuvieron tiempo de hablar de ello.

La velada la pasaron juntos en el apartamento de Jake, compartiendo un tazón de palomitas de maíz y mirando los programas especiales en la TV.

Unos cuantos minutos antes de la medianoche, Jake hizo a un lado las palomitas y colocó una mano en la barbilla de Caitlin para obligarla a levantar la mirada hacia él.

—Quiero que nos casemos antes que yo me vaya —le dijo, y, sin permitir que ella manifestara su opinión, él volvió a hablar—. De muchas maneras te he demostrado lo que siento por ti, Caitlin, y ya es hora de que tú me demuestres que crees en lo que tenemos juntos y que sabes que puedes contar conmigo, en lugar de hacerme pasar por una prueba tras otra.

—Yo no te hago pasar por ninguna prueba —protestó Caitlin, a la vez que retiraba su rostro, para que el calor de aquel dedo contra su piel no la distrajera. Tenía que hacerle comprender que lo mejor sería una separación temporal—. Si lo que tenemos es real… —empezó a decir, con la esperanza de pronunciar las palabras adecuadas.

—Lo es —interpuso Jake con sequedad:

—Soportará un tiempo de separación —terminó ella y se apresuró a continuar antes que él volviera a interrumpirla—. Con un par de meses no basta para tomar una decisión tan importante. No es que diga que no, Jake. Te digo que sí, pero no ahora.

Jake se puso de pie y empezó a recorrer la habitación a grandes zancadas.

—Esto es una locura. Sé que me amas. Y tú sabes lo que yo siento por ti. Quiero al niño casi tanto como a su madre. Y tú te obstinas en decir que lo nuestro no durará.

—¡Yo no he dicho que no vaya a durar! —exclamó ella al tiempo que se incorporaba.

—No —él se quedó quieto—. Pero es evidente que lo piensas cada momento del día. ¿No te das cuenta de que si te llegara a suceder algo, por ejemplo que te atropellara un camión, mientras yo me encuentro al otro lado del mundo, a nadie se le ocurriría avisarme a mí? —Le dio la espalda a Caitlin y se dirigió al otro extremo de la habitación.

Caitlin se puso de pie y se acercó a él, estrechándolo entre sus brazos desde atrás. Ese hombre tenía razón, pensó al reconocer que ella sentía lo mismo. ¿Y si llegara a sucederle algo? Sin estar casados, nadie le avisaría a ella. Apoyó la cabeza en la espalda de Jake, quien se mantenía rígido, sin rechazar su cercanía, mas también sin aceptarla.

—Tienes razón —asintió Caitlin—. Si quieres, nos casaremos ahora.

Jake se dio la vuelta con sorprendente rapidez y la asió con fuerza por los hombros.

—Si yo quiero. ¡Pues no! No quiero que te ofrezcas en sacrificio. No digas que sí solo porque te sientes culpable o presionada. Esta plácida aceptación no me sirve de nada, ¿entendido?

—Pero yo creí que…

—Piénsalo, Caitlin. Antes de irme, volveré a pedírtelo. Y debes comprender que los tres nos merecemos un sí totalmente incondicional.

En la oscuridad del fondo del teatro, donde se encontraba solo, Jake exhaló un suspiro de alivio. La obra había gustado y el triunfo de El secreto del mundo parecía asegurado. Al terminar la representación, tendrían una fiesta en la casa de los Jacobs, por lo que hasta el día siguiente no podría hablar con Caitlin a solas para preguntarle una vez más que si se quería casar con él. Deseaba profundamente que esta vez ella le diera un sí incondicional. Dentro de menos de una semana él se iría y volvería a mediados o fines de febrero. Si no se casaban antes de su partida, a su regreso ella tendría nuevas dudas.

La fiesta ya se encontraba en todo su apogeo cuando Caitlin y Jake llegaron. El lugar estaba lleno de gente y se oía los ruidosos acordes de un *rock and roll*. Angie Downs, más pálida que de costumbre, se acercó a ellos al verlos, ambos vestidos de azul, aunque en diferentes tonos.

—¡Qué buena pareja hacen! —exclamó con una risa forzada más alta de lo necesario—. ¿No les parece que Spencer y yo nos hemos compenetrado muy bien? —exigió saber con una beligerancia no característica en ella.

—Ha sido una actuación mágica —opinó Caitlin.

—¿Ah, sí? —La chica pareció de súbito tan herida como quizá se sentía—. ¿Entonces por qué no se lo dices a Spencer? Tal vez te escuche.

Caitlin movió la cabeza.

—Si él no la ha visto por sí mismo, creo que sería inútil que yo se lo dijera.

—De todas maneras, gracias. —Angie le dio la espalda de un modo brusco y se alejó.

Jake se inclinó hacia Caitlin y le habló al oído.

—Ése no es problema tuyo.

—Lo sé, lo sé. Sólo que uno piensa que si sobrevive a la noche de estreno todo va a salir bien, pero falta la fiesta, en la que todo el mundo libera sus tensiones y se suelta el pelo.

El la obligó a que lo tomara del brazo.

—Apóyate en mí. Yo te defenderé.

—Estaré siempre en deuda contigo.

—Muy bien. ¿Quieres saber cómo puedes pagar tu deuda?

—Ahora no.

—Temía que fueras a decirme eso —murmuró él, luego sonrió—. Ven. ¿Qué te parece si tomamos un ginger ale doble?

Se dirigieron al comedor, donde Cliff preparaba las bebidas en la barra.

—Dos ginger ales —ordenó Jake—. Y que sea rápido, cantinero. Los dos estamos sedientos.

Cliff sonrió y colocó dos vasos frente a él.

—Un momento —dijo una voz tras Jake.

Caitlin se volvió y vio que Spencer se encontraba al otro extremo de la barra, con un codo apoyado sobre el mueble y con un vaso en la mano.

—Clifford, viejo amigo, dale una verdadera bebida al famoso dramaturgo. —Spencer extendió su vaso—. De la botella que he traído yo. Johnnie Walker, etiqueta negra. Es tu preferida, ¿verdad, Jake?

Caitlin mantuvo la boca cerrada con firmeza. Una de las muchas cosas que había aprendido al lado de Jake era respetar su derecho a decir él mismo que no. Aunque ansiaba darle una buena lección a Spencer.

—Aprecio tu gesto, Spencer —expresó Jake—. Ésa era una de mis bebidas predilectas, pero debes saber que ya no bebo —le dio la espalda e hizo un gesto hacia Cliff para que sirviera el ginger ale.

Spencer murmuró algo que Jake no pudo entender bien. De pronto, se puso de pie, tomó su vaso en una mano, la botella en la otra, y se dirigió hacia la sala.

—Un gran talento —comentó Cliff, al tiempo que encendía un cigarrillo—. Lástima que también sea un asno sin esperanzas.

Caitlin le dirigió a Jake una mirada de soslayo, mas el semblante de él era impenetrable.

—¿En dónde está Maggie? —le preguntó Caitlin a Cliff.

—En el patio posterior, lo más lejos que puede de la «música».

Ella y Jake se dirigieron hacia allá, donde charlaron un rato en compañía de Maggie, y después se encaminaron hacia la cocina para encargarse de preparar, o terminar de preparar, los emparedados entre los dos.

Una vez terminados los toques finales de los emparedados, Jake salió a distribuir las bandejas, mientras Caitlin preparaba otras. Pero en una ocasión en que él tardó en volver más tiempo del normal, ella llevó dos de las bandejas. El corazón se le hundió cuando vio lo que sucedía.

Spencer agitaba la botella medio vaciá de *whisky* frente a Jake y hablaba en voz baja. Jake, tan quieto como una estatua, lo escuchaba sin decir nada, hasta que el actor perdió el brío. Entonces le dio la espalda y se alejó. Spencer dio la impresión de querer seguirlo, pero se detuvo cuando Angie llegó a su lado y le echó los brazos al cuello. La chica lo contempló con adoración y musitó algunas palabras que Caitlin no pudo oír. El la miró, apartó los brazos de su cuello y salió de la habitación. Angie quedó a solas, retorciéndose las manos.

—¿Qué te decía ese hombre? —preguntó Caitlin a Jake una vez que ambos se encontraron de nuevo en la cocina.

—Dice que quiere hacer las paces conmigo, y sellar el pacto con una botella de *whisky*.

Caitlin trató de abrir una bolsa de frituras, sin éxito.

—¿Y cuál es el problema según él? —Rompió la bolsa con sus impacientes dedos.

—Vamos, Caitlin. Tú sabes cuál es el problema. Hace cinco años él estaba casado contigo y yo era un alcohólico. Ahora nos encontramos juntos de nuevo. El borracho se ha vuelto sobrio, y la esposa que lo dejó porque su marido no podía resistir la tentación de acostarse con otras mujeres pasa las noches con el ex borracho. Todo esto lo ha afectado mucho y pretendía hacerte creer no soy mejor que él. No obstante, no pudo lograrlo y eso lo ha frustrado —abrió con facilidad otra bolsa de frituras y las colocó sobre una fuente. Caitlin puso salsa en un tazón especial. Lo que Jake decía tenía mucho sentido, cerró de golpe el frasco vacío y trató de recordar el mantener baja la voz.

—¡Cómo quisiera no odiarlo! —exclamó golpeando con un puño la superficie de la mesa—. Y no desperdiciar mis emociones en un bastardo como él. Jake se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Tranquilízate —le dio un poco de masaje en la nuca. Caitlin suspiró. ¡El sabía tan bien en qué sitio exacto frotar!

Jake le rodeó la cintura con los brazos e inclinó la cabeza hacia el oído de ella.

—Podríamos excusarnos y salir de aquí.

La idea de irse a casa casi le hizo temblar, pues no deseaba volver a discutir el tema que a él tanto parecía preocuparle.

—Hemos estado aquí tan sólo una hora —hizo un ademán en dirección a Cliff—. Cliff y Maggie se ofenderían si nos fuéramos ahora —por supuesto que no sucedería así, pero cualquier pretexto era bueno. Tomó una de las bandejas de frituras y la colocó en las manos de Jake—. Lleva esto al patio —le indicó.

—Si así lo quieres —expresó con voz apagada y se dio la vuelta.

Caitlin sabía que había hablado de un modo demasiado brusco.

—Jake, espera…

—¿Qué deseas?

—Nos quedaremos solo un momento más, ¿de acuerdo? —Como él no respondió, ella lo detuvo de la manga—. Y si te mantuvieras lejos de Spencer —susurró ella con debilidad—, yo te lo agradecería.

—Ah, ¿sí? —replicó él, con una voz tan fría que hizo que ella sintiera un escalofrío.

—Por favor, Jake, si logras evitarlo esta noche, quizá no vuelvas a verlo nunca.

—Pensamiento muy reconfortante —murmuró él con ironía, y entonces se alejó de ella, quien pensaba que había logrado impedir lo inevitable, no sin pagar un precio.

Cuando terminó de ordenar la cocina, Caitlin se dirigió a la sala, pero no vio a Jake. En el estudio, alguien interpretaba antiguas melodías al piano, acompañado por un coro de voces de variados registros.

Quizá Jake se encontraba ahí. Caitlin deseaba ir a buscarlo, pero fue detenida por Matthew, quien empezó a hablarle de una proyectada entrevista que el Tunes le haría a Jake. Después, fue

interrumpida por Sol Spicer, quien empezó a hablarle acerca de un robot que llegaría a ser presidente de Estados Unidos de América. Caitlin rió cuando tuvo que hacerlo y después le dijo a Sol que iba por otro ginger ale. En realidad, tenía que ir al cuarto de baño con urgencia. De nuevo fue detenida. Esta vez por un atractivo actor, a quien ella había contratado para una obra hacía un año. Éste le dijo que su traje azul le quedaba muy bien. También reconocía el triunfo de la obra y el talento que Jake y ella habían demostrado en la producción. Le preguntó acerca de su siguiente proyecto y le pidió un papel para él.

Cuando por fin Caitlin pudo llegar al baño, se encontró con que éste estaba ocupado. Y cuando pudo entrar, se retorcía desesperadamente.

Cuando salió del cuarto de baño, pensó que quizá lo mejor sería buscar a Jake en otro lado, por lo que fue a la cocina para recoger su bolso. Al volverse para regresar al vestíbulo, lo vio junto a la barra del bar, y frente a él se encontraba Spencer.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no? —preguntó Jake.

—Oh, vamos, Jake. Tú no vas a engañar a tu viejo camarada Spencer. Tómate una copita conmigo. Sólo una. ¡Te digo que bebas!

Mientras Caitlin observaba desolada, Spencer levantó su vaso y arrojo el líquido contra el rostro de Jake.

—Dios mío —se oyó decir Caitlin.

En la barra, Cliff apretó un puño; Angie Downs gimió como un cachorrillo extraviado; y Matthew sofocó una protesta.

Con mucha calma, Jake se llevó al rostro una de las manos y se limpió la humedad.

—Jake —lo llamó Caitlin.

—¿Ya te quieres ir? —le preguntó él volviéndose hacia ella.

Ella afirmó con la cabeza, aunque sintió que se odiaba a sí misma por poner al hombre que amaba en esa situación. Deseaba gritarle que no se quedara así, que le diera a su adversario lo que merecía. Pero ¿qué resolvería con eso?

—¡No te vayas! —le espetó Spencer a Jake cuando vio que éste le daba la espalda—. ¡No he terminado contigo!

Asió a Jake por el hombro. Eso fue la gota que colmó el vaso para Jake. Éste perdió el control y, sin poder dominarse, agarró la mano del actor y se la retorció hasta hacerlo gemir de dolor. Como

en los viejos tiempos, sintió que la adrenalina corría por sus venas con creciente furia.

—¡Oh, no! —gritó Caitlin.

—Cálmate, Jake —dijo Matthew Mortenson cuando se acercaba.

—¡Animal! —chilló Angie—. ¡Déjalo, no vayas a lastimarlo!

Jake volvió la mirada hacia Caitlin, y la mezcla de miedo y disgusto que vio en sus ojos hizo que se calmara.

—Por favor —jadeó Spencer, como si hubiera perdido todo el valor que le había proporcionado el alcohol—. Lo siento. Me puse un poco nervioso.

—Caitlin. —Jake se dirigió hacia Caitlin—, ¿quieres que lo suelte?

Ella lo miró sorprendida como si él fuera un perro perdiguero que de pronto pidiera permiso, en perfecto inglés, para morder. Con los ojos muy abierto, Caitlin asintió.

—Sólo tenías que pedírmelo —explicó Jake con seria lógica. Atrajo a Spencer hacia él y de pronto lo soltó, por lo que el actor se golpeó contra la barra.

Mientras se incorporaba Spencer balbuceó algo entre dientes y se frotó el hombro. Angie se apresuró a acudir a su lado y a estrecharlo entre sus brazos, al tiempo que le murmuraba al oído palabras de consuelo.

Jake extendió el brazo hacia Caitlin, seguro de que ella lo rechazaría; para su sorpresa no fue así, pues la joven se aproximó a él sin ningún titubeo.

Tomados de la mano salieron de la fiesta.

Capítulo 9

Durante el trayecto a su casa en el coche de Jake, Caitlin se sentía muy desgraciada. ¿Cómo había podido suceder algo así? ¿Hasta qué punto había perdido ella el control? Quizá hizo mal en pedirle al escritor que evitara discutir con Spencer, pero fue lo único que se le ocurrió en ese momento. Caitlin consideraba que ella era la culpable de lo sucedido, por no haberse marchado cuando Jake se lo pidió, y no dejaba de lamentarse. Oveja Negra.

Durante un instante se atrevió a mirarlo, mas él tenía la vista fija en el camino.

—Jake…

—No digas nada hasta que lleguemos a tu casa.

Caitlin así lo hizo, pues en realidad no tenía ni idea de lo que iba a decir. Desde que había conocido a ese hombre, con frecuencia tenía dificultad para expresarse y eso la ponía nerviosa.

Al llegar frente a la casa de Caitlin, Jake detuvo el coche, pero ni siquiera apagó el motor. Caitlin deseaba que él dijera algo, lo que fuera, para romper aquel horrible silencio que reinaba en el coche impregnado del olor a la bebida arrojada por Spencer. Jake no decía nada y permanecía muy quieto en su asiento tras el volante. De manera gradual, Caitlin comprendió lo que él esperaba, por lo que se volvió para mirarlo.

—Jake, no voy a salir de este coche, hasta estar segura de que no vas a irte en el momento en que yo descienda. Tenemos que hablar.

—¿De qué? Debía haber cedido y tomado la maldita bebida para

que tú me dejaras partir a Inglaterra, después de haberte convencido de que soy tan débil como el hombre ese que esta noche has arrojado sobre mí.

—Yo no lo he echado sobre ti —protestó Caitlin cuando empezó a darse cuenta de que la furia de Jake no estaba dirigida contra ella, sino que aquella crueldad iba contra sí mismo—. De lo que sí soy culpable, es de rehuir el compromiso. Así como de una completa idiotez al no darme cuenta de lo lejos que podía ir Spencer para atraerte a su nivel, pero nunca, nunca he deseado que tú volvieras a beber.

La única respuesta de Jake fue otra irónica sonrisa.

—Jake, honestamente te digo que no creí que Spencer llegara tan lejos —repitió ella con urgencia.

—¿No? Vamos, Caitlin. El estaba borracho. Tú sabes lo que hace la gente que se encuentra en esas condiciones, y tienes que admitir que era la oportunidad perfecta para otra de tus pequeñas pruebas. Y yo he fallado, ¿no es cierto? Perdí el control por completo. Ahora te encuentras ahí sentada, toda temblorosa, mientras te preguntas qué te voy a hacer ahora que estás a solas conmigo —se acercó a Caitlin, quien al notar su furia, se inclinó sobre la puerta del vehículo.

Pero lo que hizo él fue accionar la palanca para que esa puerta se abriera; lo cual sucedió de manera tan brusca, que Caitlin tuvo que detenerse para no caer fuera.

—Terminaré con esto antes que mueras de miedo —prosiguió Jake con voz baja y regresó a su propio asiento—. Anda —añadió mientras mantenía la vista fija hacia adelante—. No voy a estrangularte. Ni a preguntarte lo que has temido durante toda la velada. Mañana vendré por mis cosas a eso del mediodía, para que no te sientas obligada a hablar conmigo. Mi llave la dejaré debajo del tapete de la entrada. Cuando yo vuelva de Londres, podremos determinar lo de mis derechos a visitar a mi hijo, así como fijar los detalles financieros —le dirigió a ella una mirada con la que pareció preguntarle por que no se había movido—. ¿Qué sucede? ¿Es que no has escuchado? He dicho podías irte.

Caitlin negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que esperas? —repitió Jake con cierta exigencia.

—A ti.

—¿Qué?

—Que no voy a salir de este coche hasta que esté segura de que entrarás en la casa conmigo.

El le dirigió otra fría mirada. Esta vez ella creyó percibir en ella un brillo de esperanza.

—Hablo en serio, Jake —dijo Caitlin con firmeza—. Si es necesario, me quedaré aquí sentada toda la noche.

—Ya es demasiado tarde para hablar.

—Eso lo dices tú —le tocó el brazo y sintió la tensión en sus músculos al intentar separarse, lo cual ella impidió sujetándolo con fuerza—. Por favor no me ignores, Jake. Reconozco que he sido egoísta y obstinada, pero por favor hazme caso —los tendones bajo la manga de la chaqueta de Jake se relajaron por un momento, y luego se volvieron a poner tensos.

—Quizá tú tenías razón al ser obstinada. Maldición, ¿no te das cuenta? Más de una vez durante esta noche he estado a punto de ceder y aceptar esa bebida. Sí la quería, Caitlin. ¡Casi podía percibir su sabor!

Ella le dio un ligero apretón en el brazo y luego habló con calma.

—¿Me prometes que si salgo del coche me acompañarás a la casa? ¿Que no te irás en cuanto yo me encuentre de pie en la acera?

—He podido romperle el brazo al estúpido ése.

—Pero no lo hiciste —dijo Caitlin en una sonrisa fugaz—. Aunque sí se lo habría merecido.

—Si eso era lo que sentías, ¿por qué esa sonrisa irónica que aún está grabada en mi mente?

—Lo que tú viste reflejado en mi rostro no era lo que yo sentía. Si a alguien debo reprochar algo, es a mí misma. —Caitlin lo soltó, aunque con renuencia, y abrió la puerta—. Ven conmigo, Jake. Si existe una prueba, no es precisamente lo que ha sucedido esta noche. Y no eres sólo tú quien debe estar a prueba, sino ambos.

Caitlin salió del coche y se dirigió hacia la puerta delantera de su casa, sin mirar atrás.

Ahora Jake estaba convencido de que Caitlin no deseaba que él se marchara y eso le hacía sentirse mejor. Apagó el motor y guardó las llaves. Sin dudar un solo momento, se encaminó hacia la casa. Ella había entrado, pero dejó la puerta entreabierta. Al llegar él a

los escalones de entrada, vio a Tartuffe, que salía a recibirlo. Jake se inclinó y levantó en brazos al animal para pasar juntos al interior. En la sala, Jake dejó al gato en el suelo, sin desviar la mirada de la mujer que estaba sentada en el diván.

Ella tenía los pies debajo de su cuerpo, como siempre acostumbraba a acomodarse. Sus elegantes sandalias se encontraban bajo la mesa de centro. Caitlin se había quitado el cinturón del vestido y con aire ausente recorría las cuentas de la pulsera que él le regaló en Navidad. Jake reconoció que era la mujer más inocente y vulnerable que había conocido y el hecho de contemplarla era un verdadero privilegio para él.

Al levantar ella la mirada, Jake descubrió que tenía los ojos húmedos.

—Me oprimía demasiado —dijo señalando su cinturón—. Creo que voy a tener que empezar a comprarme ropa más apropiada para mi estado.

—¿Y es eso tan malo?

Ella sonrió débilmente.

—No, lo que ocurre es que me asusta un poco la situación, ya que no tengo experiencia.

—Es mejor que tomes el embarazo con filosofía —ansiaba tocarla, pero había algo que debía aclarar antes.

—Para un hombre es muy fácil decir eso.

—Quizá; mas debes ver las cosas positivamente. Podrías pensar que eres una mujer afortunada, ya que… —Jake tenía tanto que decir, que se quedó sin palabras. Y ella tuvo que acudir al rescate.

—¿Voy a tener un hijo tuyo?

—No te burles de mí, de cualquier modo, creo que el hecho de tener un hijo es algo maravilloso, de lo que una mujer debe enorgullecerse.

—Tienes razón. Reconozco que me estoy comportando como una colegiaba.

El permaneció en silencio, aunque sintió la tentación de responder algo ingenioso.

—Jake, me doy cuenta de que tratas de decir algo. Habla. No puede ser tan malo.

—Es una estupidez. Ahora voy a darme una ducha.

—Lo que te molesta es que aún perdura el olor del Johnnie

Walker, ¿verdad?

—Ajá.

—Se irá con el agua, ya lo verás.

—Ya te he dicho que es una estupidez.

—No lo es. En absoluto. Yo he estado ciega respecto a muchas cosas. Sin embargo, poco a poco he empezado a comprender.

En ese momento apareció en los labios de él una maligna sonrisa.

—¿Recuerdas? Aquella mañana, hace cinco años, antes de echarme dijiste que lo primero que harías sería tomar un largo baño caliente.

—Lo recuerdo. Y así fue como lo hice.

—¿Te sirvió de algo?

—Era necesario.

—Aquella mañana pensé que por una mujer como tú valdría la pena volverse abstemio.

Ella sonrió una vez más.

—Creo que muchas veces he dado la impresión de ser el tipo de mujer que obliga a un hombre a beber.

El permaneció en silencio, ya que en cierta manera, estaba de acuerdo con ella. —Pero en tu caso— continuó Caitlin—, no tengo que preocuparme por ello. Ya que nunca pruebas la bebida —le sostuvo la mirada con tanta firmeza, que él se obligó a reprimir de nuevo el deseo de tocarla.

Ella se puso de pie, con tanta agilidad como siempre, pero mentalmente Jake se imaginó cómo se moverla cuando su vientre creciera.

Caitlin se acercó de puntillas a él y colocó las palmas de sus manos en su barbilla.

—¿En qué piensas, Jake?

—Soñaba.

El pulgar de ella se posó en el labio inferior de él y Jake le dio un delicado mordisco.

—Me alegro —dijo Caitlin—. Los sueños son un buen principio.

—No obstante, en ocasiones nos impiden vivir.

—Pero sin ellos no existiríamos.

El deseaba estrecharla, mas se contuvo.

—Ve a darte tu ducha —le dijo, alejándose de él.

Jake se dirigió al baño.

Mientras tanto, Caitlin se acercó a la lámpara para apagarla. Puso la cadena de seguridad en la puerta y la cerró con llave. Después de servir la comida al gato, pensó poner un disco, pero decidió que la música podía esperar.

Entonces atravesó el vestíbulo para dirigirse hacia su dormitorio, el mismo camino que había recorrido Jake. Se puso una camiseta larga y guardó su pulsera en el joyero. Sacó un viejo par de pantalones azul marino de los que solía vestir para correr, los dobló cuidadosamente y se sentó en la cama a esperar.

Jake salió del cuarto de baño con el pelo mojado y una toalla envuelta alrededor de las caderas. Sin decir nada, ella le entregó los pantalones.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor.

Sin estar muy segura sobre qué hacer con las manos ahora que ya le había entregado a él la prenda, Caitlin cruzó los brazos sobre su regazo. Exhaló un profundo suspiro y se decidió a hablar.

—Durante todo este tiempo has temido que la verdadera razón de mi rechazo fuera la bebida. Me imagino que creías que yo quería ver si tú volverías a empezar, si te sentías tan presionado como para eso.

El se quitó la toalla y se sentó en la mecedora, la cual chirrió al recibir su peso.

—La verdad es que yo dudaba de mí mismo.

Caitlin se puso de pie y se acercó a él, haciéndole una titubeante caricia en la cabeza.

—Jake, tú no aceptaste esa bebida. Y de ninguna manera la habrías ingerido, pues eres un buen hombre, que sabe mucho de sí mismo. Y, aun cuando yo hubiese sido tan idiota como para cortar nuestras relaciones, aun cuando Spencer te hubiera echado encima la botella completa, de todos modos habrías dicho que no. Jake, te tienes demasiado respeto a ti mismo, has trabajado tanto para conseguirlo, que no vas a permitir que ningún hombre, o ni siquiera la mujer que amas, vaya a destruir lo que eres.

Caitlin se sentó al lado de él y empezó a darle masaje en los hombros.

—Estás demasiado tenso.

—Sí, ése es mi problema —él cedió ante la ternura que le trasmitían las manos femeninas.

—Jake, te hace falta alguien que te obligue a relajarte. Alguien que sea un poco exigente y un poco autoritario. Alguien que no te permita volver a ocultar lo que sientes, sin importarle lo intimidante que puedes ser a veces. Y necesitas saber que tú representas todo lo que soñé en un hombre. Quizá incluso más. Le pido a Dios que no sea demasiado tarde para decirlo.

El sonido emitido por Jake pudo haber sido un sordo ronroneo… o gruñido.

—¿Aún no sabes que es imposible hacerme vacilar?

—Empiezo a aprender. Jake, tú me has enseñado mucho. Si no hubiera sido por ti, nunca habría creído que los sueños sí se pueden hacer realidad si se escoge a la persona adecuada para compartirlos. —Caitlin lo rodeó con los brazos y apoyó su suave mejilla contra la de él—. Jake, lo siento. Esta noche te he colocado en una situación verdaderamente molesta. Debía haber permitido que desde el principio pusieras en claro tu situación con Spencer, y no exponerte a que te arrojara aquella bebida. Me he sentido muy avergonzada de mí misma. Y tú has sido muy valiente, al controlarte así en esas circunstancias —le dio un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja.

—Eres una criatura muy apasionada. ¿Por qué me mordiste tan fuerte?

—Soy apasionada. Como tú, Jake —de pronto se puso rígida y permaneció pensativa durante un breve instante—. Jake, se me acaba de ocurrir algo —dijo con entusiasmo.

—¿Qué cosa?

Las manos de Caitlin empezaron a jugar con el vello del pecho masculino y luego se apoyaron en sus hombros.

—Quizá pueda conseguir vacaciones y me sea posible acompañarte en tu viaje a Londres. Tal vez no durante todo el tiempo en que tú permanezcas allí, pero sí una o dos semanas.

Jake le tomó una mano y la miró fijamente a los ojos.

—¿Como que?

Ella comprendió. Lo que él deseaba saber era si iría como amante o como esposa.

—¿Como alguien que pronto se va a convertir en el albaricoque

más grande del mundo?

—Deja de bromear. Ya sabes a lo que me refiero.

Ella se inclinó hacia él y le dio un breve beso en la barbilla.

—También he pensado que sería conveniente que, cuando regreses, nos inscribamos juntos en algún curso de preparación para el parto. Me gustaría que, si estás de acuerdo, estés conmigo cuando nazca el bebé.

—Por favor, ponte de pie.

Ella obedeció, extendiendo las manos hacia él. Durante un rato se contemplaron el uno al otro en absoluto silencio.

Jake la levantó, la asió con la manos por la cintura, y la colocó sobre sus rodillas. Ella se acurrucó al instante contra él, con las piernas sobre uno de los brazos de la silla. Durante unos segundos, sin hablar, Caitlin y Jake se mecieron, muy contentos de estar juntos.

Finalmente, Jake rompió el silencio con voz ronca.

—Estoy decidido a escucharlo, Caitlin. ¿Estás tú lista para decirlo?

—Yo… —A Caitlin se le formó un nudo en la garganta y en sus ojos apareció un profundo brillo—. Oh, Jake ¡Te amo! ¡Te amo tanto! Por favor cásate conmigo. ¡En seguida!

Caitlin oía los maravillosos y fuertes latidos del corazón de Jake, y sentía el sordo resonar de su gozosa risa, convertida en un entrecortado gemido cuando la besó en el pelo y presionó con las manos su espalda para fundir sus cuerpos separados en uno solo.

Caitlin gemía y reía a la vez, mientras levantaba la boca hacia la de él y probaba la humedad de sus propias lágrimas.

La mecedora, que no estaba construida para esa actividad, produjo un fuerte crujido, pero ni Jake ni Caitlin lo notaron.

La mano de Jake se introdujo bajo la amplia camiseta, y empezaba a ejecutar mágicas maniobras en el vientre de Caitlin, cuando ella recordó que él en relidad no le había dicho que sí. Se apoyó en los hombros masculinos y trató de incorporarse. En seguida se limpió la nariz y se enjugó de los ojos los restos de humedad.

—¿No vas a… —Trató de controlar su jadeo de placer al sentir que un atrevido dedo se deslizaba bajo el elástico de sus bragas—… decírmelo? Creo que olvidas algo.

—¿Decir? ¿Olvidar? —La lengua de Jake trazó una suave y cálida senda a lo largo del cuello de ella hasta llegar al escote—. Para actuar, prefiero el silencio. Y no, no olvidaba nada. Ya le toca su turno a tu camisa —tomó la tela de la camiseta entre los dientes y le dio un tirón a la prenda—. Quítatela.

—Jason Strand —dijo ella con sequedad y expresión amenazadora.

—Llámame Jake.

Con asombrosa habilidad, le subió la camiseta hasta el cuello; aunque ella, obstinada, se negó a alzar los brazos. La camisa se quedó enrollada, como una arrugada banda, justo encima de los senos.

—Así está mejor —aclaró él cent satisfacción mientras le acariciaba los pezones.

Ella agarró un mechón de su pelo y le dio un ligero tirón.

—¡Aay! —se quejó Jake, a la vez que la miraba desafiante—. ¿Qué es lo que pasa?

—Aún no me has dicho si te casarás conmigo.

El sonrió.

—¿Quieres decir que deseas un compromiso formal antes de llegar a la culminación?

Caitlin trató de adoptar un tono de seriedad, lo cual no era nada fácil al ver la promesa que se reflejaba en los ojos de Jake.

—Me parece que ya es hora, ¿no crees? Yo diría que los tres nos merecemos. —Renunció a todo esfuerzo de seriedad y esa voz se convirtió en un ronroneo al acariciarle la mejilla—…, un sí sin condiciones.

Jake volvió la cabeza hacia la mano de ella para tocar las puntas de sus dedos con la lengua.

—¿Así que usted desea un sí, señora? —preguntó él, lanzando una suave carcajada—. ¿Quiere que yo le dé el sí?

Antes que Caitlin pudiera responder, él inclinó la cabeza y sus labios se cerraron sobre el erecto pezón de uno de sus senos, Caitlin produjo un gemido de placer y lo atrajo aún más hacia ella.

—Lo deseo, Jake. Deseo un sí. ¡Deseo que tú me des el sí!

Había unos cuantos pasos hasta la cama, y Jake, sin soltar a Caitlin, se levantó de la mecedora, y la depositó en ella, despojándola de la camiseta; todo eso en una fracción de minuto.

—¡Entonces sí! —declaró estrechándola entre sus brazos—. Sí, Caitlin. Sin ninguna reserva. Sin condiciones. ¿Me oyes, Caitlin? ¿Te entregarás a mí en cuerpo y alma?

—Oh, Jake, me entregaré a ti, si tú te entregas a mí.

—Es lo que más deseo en el mundo, amor mío —la abrazó como jamás en su vida había estrechado a una mujer.

FIN

Christine Rimmer nació en California. Primero deseaba ser actriz, consiguiendo su licenciatura en teatro del Estado de California, Sacramento y luego se fue a Nueva York para estudiar actuación. Más tarde, se mudó al sur de California, donde comenzó su carrera como escritora de relatos cortos, obras de teatro y poemas. Sus poemas y cuentos fueron publicados en una serie de pequeñas revistas literarias. Sus obras fueron producidas por teatros del Grupo en el sur de California y han sido publicadas por dramaturgos de la Costa Oeste. Ha escrito más de setenta y cinco novelas contemporáneas de Silhouette y Harlequin Libros. Las historias de Christine siempre aparecen en las listas de *Best-seller*, incluida la Waldenbooks y las listas de EE. UU.

Vive en Oregon con su familia.